



PABLO PALACIO

---

# Un hombre muerto a puntapiés

---

Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1982

© Pablo Palacio

© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2006

Av. Panteón, Foro Libertador, Edif. Archivo General  
de la Nación, P.B. Caracas-Venezuela 1010

TELEFS.: (58-0212) 5642469 - TELEFAX: 5641411

CORREO ELECTRÓNICO:

mcu@ministerio de lacultura.gov.ve

elperroylaranaediciones@gmail.com

DISEÑO DE PORTADA

Carlos Zerpa

IMAGEN DE PORTADA

*Hermetic philosopher and surveyor of two worlds.*

Robert Fludd. Boulder, 1979.

ISBN 980-396-247-7

LF 40220068002806

La *Colección Los Ríos Profundos*, haciendo homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas, supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en esa fuerza mágica que lleva al hombre a perpetuar sus historias y dejar huella de su imaginario, compartiéndolo con sus iguales. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza. Esta colección abre su espacio a los grandes representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales, y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar. Esta colección se bifurca en dos cauces: la serie *Clásicos* concentra las obras que al pasar del tiempo se han mantenido como íconos claros de la narrativa universal, y *Contemporáneos* reúne las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.

Fundación Editorial



elperroylarana



## Un hombre muerto a puntapiés

9

*¿Cómo echar al canasto los palpitantes  
acontecimientos callejeros?*

*Esclarecer la verdad es acción moralizadora.*

EL COMERCIO, DE QUITO

«Anoche, a las doce y media aproximadamente, el Celador de Policía N° 451, que hacía el servicio de esa zona, encontró, entre las calles Escobedo y García, a un individuo de apellido Ramírez casi en completo estado de postración. El desgraciado sangraba abundantemente por la nariz, e interrogado que fue por el señor Celador dijo haber sido víctima de una agresión de parte de unos individuos a quienes no conocía, sólo por haberles pedido un cigarrillo. El Celador invitó al agredido a que le acompañara a la Comisaría de turno con el objeto de que prestara las declaraciones necesarias para el esclarecimiento del hecho, a lo que Ramírez se negó rotundamente. Entonces, el primero, en cumplimiento de su deber, solicitó ayuda de uno de los *chaufferes* de la estación más cercana de autos y condujo al herido a la Policía, donde, a pesar de las atenciones del médico, doctor Ciro Benavides, falleció después de pocas horas.

»Esta mañana, el señor Comisario de la 6ª ha practicado las diligencias convenientes; pero no ha logrado descubrirse nada acerca de los asesinos ni de la procedencia de Ramírez. Lo único que pudo saberse, por un dato accidental, es que el difunto era vicioso.

»Procuraremos tener a nuestros lectores al corriente de cuanto se sepa a propósito de este misterio hecho.»

No decía más la crónica roja del *Diario de la Tarde*.

Yo no sé en qué estado de ánimo me encontraba entonces. Lo cierto es que reí a satisfacción. ¡Un hombre muerto a puntapiés! Era lo más gracioso, lo más hilarante de cuanto para mí podía suceder.

Esperé hasta el otro día en que hojeé anhelosamente el *Diario*, pero acerca de mi hombre no había una sola línea. Al  
10 siguiente tampoco. Creo que después de diez días nadie se acordaba de lo ocurrido entre Escobedo y García.

Pero a mí llegó a obsesionarme. Me perseguía por todas partes la frase hilarante: ¡Un hombre muerto a puntapiés! Y todas las letras danzaban ante mis ojos tan alegremente que resolví al fin reconstruir la escena callejera o penetrar, por lo menos, en el misterio de *por qué* se mataba a un ciudadano de manera tan ridícula.

Caramba, yo hubiera querido hacer un estudio experimental; pero he visto en los libros que tales estudios tratan sólo de investigar el *cómo* de las cosas; y entre mi primera idea, que era ésta, de reconstrucción, y la que averigua las razones que movieron a *unos individuos* a atacar a otro a puntapiés, mas original y beneficiosa para la especie humana me pareció la segunda. Bueno, el *porqué* de las cosas dicen que es algo incumbente a la filosofía, y en verdad nunca supe qué de filosófico iban a tener mis investigaciones, además de que todo lo que lleva humos de aquella palabra me anonada. Con todo esto, entre miedoso y desalentado, encendí mi pipa. —Esto es esencial, muy esencial.

La primera cuestión que surge ante los que se enlodan en estos trabajitos es la del método. Esto lo saben al dedillo los estudiantes de la Universidad, los de los Normales, los de los Colegios y en general todos los que van para personas de provecho. Hay dos métodos: la deducción y la inducción (Véase Aristóteles y Bacon).

El primero, la deducción me pareció que no me interesaría. Me han dicho que la deducción es un modo de investigar que parte de lo más conocido a lo menos conocido. Buen método: lo confieso. Pero yo sabía muy poco del asunto y había que pasar la hoja.

La inducción es algo maravilloso. Parte de lo menos conocido a lo más conocido... (¿Cómo es? No lo recuerdo bien... En fin, ¿quién es el que sabe de estas cosas?). Si he dicho bien, éste es el método por excelencia. Cuando se sabe poco, hay que inducir. Induzca, joven.

Ya resuelto, encendida la pipa y con la formidable arma de la inducción en la mano, me quedé irresoluto sin saber qué hacer.

—Bueno, ¿y cómo aplico este método maravilloso? —me pregunté. 11

¡Lo que tiene no haber estudiado a fondo la lógica! Me iba a quedar ignorante en el famoso asunto de las calles Escobedo y García sólo por la maldita ociosidad de los primeros años.

Desalentado, tomé el *Diario de la Tarde*, de fecha 13 de enero —no había apartado nunca de mi mesa el aciago *Diario*— y dando vigorosos chupetones a mi encendida y bien culotada pipa, volví a leer la crónica roja arriba copiada. Hube de fruncir el ceño como todo hombre de estudio —¡una honda línea en el entrecejo es señal inequívoca de atención!

Leyendo, leyendo, hubo un momento en que me quedé casi deslumbrado.

Especialmente en el penúltimo párrafo, aquello de «Esta mañana, el señor Comisario de la 6ª...» fue lo que más me maravilló. La frase última hizo brillar mis ojos: «*Lo único que pudo saberse, por un dato accidental, es que el difunto era vicioso.*» Y yo, por una fuerza secreta de intuición que usted no puede comprender, leí así: ERA VICIOSO, con letras prodigiosamente grandes.

Creo que fue una revelación Astartea. El único punto que me importó desde entonces fue comprobar qué clase de *vicio* tenía el difunto Ramírez. Intuitivamente había descubierto que era... No, no lo digo para no enemistar su memoria con las señoras...

Y lo que sabía intuitivamente era preciso lo verificara con razonamientos, y si era posible, con pruebas.

Para esto, me dirigí donde el señor Comisario de la 6ª quien podía darme los datos reveladores. La autoridad policial no

había logrado aclarar nada. Casi no acierta a comprender lo que yo quería. Después de largas explicaciones me dijo, rascándose la frente:

—¡Ah!, sí... El asunto ese de un tal Ramírez... Mire que ya nos habíamos desalentado... ¡Estaba tan oscura la cosa! Pero, tome asiento; por qué no se sienta señor... Como usted tal vez sepa ya, lo trajeron a eso de la una y después de unas dos horas falleció... el pobre. Se le hizo tomar dos fotografías, por un caso... algún deudo... ¿Es usted pariente del señor Ramírez? Le doy el pésame... mi más sincero...

No, señor —dije yo indignado—, ni siquiera lo he conocido. Soy un hombre que se interesa por la justicia y nada más...

Y me sonreí por lo bajo. ¡Qué frase tan intencionada! ¿Ah? «Soy un hombre que se interesa por la justicia» ¡Cómo se atormentaría el señor Comisario! Para no cohibirle más, apresureme:

—Ha dicho usted que tenía dos fotografías. Si pudiera verlas...

El digno funcionario tiró de un cajón de su escritorio y revolvió algunos papeles. Luego abrió otro, y revolvió otros papeles.

En un tercero, ya muy acalorado, encontró al fin.

Y se portó muy culto:

—Usted se interesa por el asunto. Lléveselas no más caballero... Eso sí, con cargo de devolución —me dijo, moviendo de arriba a abajo la cabeza al pronunciar las últimas palabras y enseñándome gozosamente sus dientes amarillos.

Agradecí infinitamente, guardándome las fotografías.

—Y dígame usted, señor Comisario, ¿No podría recordar alguna seña particular del difunto, algún dato que pudiera revelar algo?

—Una seña particular... un dato... No, no. Pues, era un hombre completamente vulgar. Así más o menos de mi estatura —el Comisario era un poco alto—; grueso y de carnes flojas. Pero una seña particular... no... al menos que yo recuerde...

Como el señor Comisario no sabía decirme más, salí, agradeciéndole de nuevo.

Me dirigí presuroso a mi casa; me encerré en el estudio; encendí mi pipa y saqué las fotografías, que con aquel dato del periódico eran preciosos documentos.

Estaba seguro de no poder conseguir otros y mi resolución fue trabajar con lo que la fortuna había puesto a mi alcance.

Lo primero es estudiar al hombre, me dije. Y puse manos a la obra.

Miré y remiré las fotografías, una por una, haciendo de ellas un estudio completo. Las acercaba a mis ojos; las separaba, alargando la mano; procuraba descubrir sus misterios. 13

Hasta que al fin, tanto tenerlas ante mí, llegué a aprenderme de memoria el más escondido rasgo.

Esa protuberancia fuera de la frente; esa larga y extraña nariz ¡que se parece tanto a un tapón de cristal que cubre la poma de agua de *mi* fonda!, esos bigotes largos y caídos, esa barbilla en punta; ese cabello lacio y alborotado.

Cogí un papel, tracé las líneas que componen la cara del difunto Ramírez. Luego, cuando el dibujo estuvo concluido, noté que faltaba algo; que lo que tenía ante mis ojos no era él; que se me había ido un detalle complementario e indispensable... ¡Ya! Tomé de nuevo la pluma y completé el busto, un magnífico busto que de ser de yeso figuraría sin desentono en alguna Academia. Busto cuyo pecho tiene algo de mujer.

Después... después me ensañé contra él. ¡Le puse una aureola! Aureola que se pega al cráneo con un clavito, así como en las iglesias se las pegan a las efigies de los santos.

¡Magnífica figura hacía el difunto Ramírez!

Mas, ¿a qué viene esto? Yo trataba... trataba de saber por qué lo mataron; si, *por qué* lo mataron...

Entonces confeccioné las siguientes lógicas conclusiones.

El difunto Ramírez se llamaba Octavio Ramírez (un individuo con la nariz del difunto no puede llamarse de otra manera);

Octavio Ramírez tenía cuarenta y dos años;

Octavio Ramírez andaba escaso de dinero;

Octavio Ramírez iba mal vestido; y por último, nuestro difunto era extranjero.

Con estos preciosos datos, quedaba reconstruida totalmente su personalidad.

Sólo faltaba, pues, aquello del motivo que para mí iba teniendo cada vez más caracteres de evidencia. La intuición me lo revelaba todo. Lo único que tenía que hacer era, por un puntillo de honradez, descartar todas las demás *posibilidades*. Lo primero, lo declarado por él, la cuestión del cigarrillo, no se debía siquiera meditar. Es absolutamente absurdo que se vic-  
 14 time de manera tan infame a un individuo por una futilidad tal. Había mentido, había disfrazado la verdad; más aún, asesinado la verdad, y lo había dicho porque lo *otro* no quería, no podía decirlo.

¿Estaría beodo el difunto Ramírez? No, esto no puede ser, porque lo habrían advertido enseguida en la Policía y el dato del periódico habría sido terminante, como para no tener dudas, o, si no constó por descuido del repórter, el señor Comisario me lo habría revelado, sin vacilación alguna.

¿Qué otro vicio podía tener el infeliz victimado? Porque de ser vicioso, lo fue; esto nadie podrá negármelo. Lo prueba su empecinamiento en no querer declarar las razones de la agresión. Cualquier otra causa podría ser expuesta sin sonrojo. Por ejemplo, ¿qué de vergonzoso tendrían estas confesiones:

«Un individuo engaña a mi hija; lo encontré esta noche en la calle; me cegué de ira; le traté de canalla, me le lancé al cuello, y él, ayudado por *sus amigos*, me ha puesto en este estado» o

«Mi mujer me traicionó con un hombre a quien traté de matar, pero él, más fuerte que yo, la emprendió a furiosos puntapiés contra mí » o

«Tuve unos líos con una comadre y su marido, por venganza, me atacó cobardemente con *sus amigos*»?

Si algo de esto hubiera dicho a nadie extrañaría el suceso.

También era muy fácil declarar:

«Tuvimos una reyerta».

Pero estoy perdiendo el tiempo, que estas hipótesis las tengo por insostenibles: en los dos primeros casos, hubieran dicho algo ya los deudos del desgraciado; en el tercero su confesión habría

sido inevitable, porque aquello resultaba demasiado honroso; en el cuarto, también lo habríamos sabido ya, pues animado por la venganza habría delatado hasta los nombres de *los agresores*.

Nada, que lo que a mí se me había metido por la honda línea del entrecejo era lo evidente. Ya no caben más razonamientos. En consecuencia, reuniendo todas las conclusiones hechas, he reconstruido, en resumen, la aventura trágica ocurrida entre Escobedo y García, en estos términos:

15

Octavio Ramírez, un individuo de nacionalidad desconocida, de cuarenta y dos años de edad y apariencia mediocre, habitaba en un modesto hotel de arrabal hasta el día 12 de enero de este año.

Parece que el tal Ramírez vivía de sus rentas, muy escasas por cierto, no permitiéndose gastos excesivos, ni aun extraordinarios, especialmente con mujeres. Había tenido desde pequeño una desviación de sus instintos, que lo depravaron en lo sucesivo, hasta que, por un impulso fatal, hubo de terminar con el trágico fin que lamentamos.

Para mayor claridad se hace constar que este individuo había llegado sólo unos días antes a la ciudad teatro del suceso.

La noche del 12 de enero mientras comía en una oscura fonducha, sintió una ya conocida desazón que fue molestándolo más y más. A las ocho, cuando salía, le agitaban todos los tormentos del deseo. En una ciudad extraña para él, la dificultad de satisfacerlo, por el desconocimiento que de ella tenía, le azuzaba poderosamente. Anduvo casi desesperado, durante dos horas, por las calles céntricas, fijando anhelosamente sus ojos brillantes sobre las espaldas de los hombres que encontraba; los seguía de cerca, procurando aprovechar cualquier oportunidad, aunque receloso de sufrir un desaire.

Hacia las once sintió una inmensa tortura. Le temblaba el cuerpo y sentía en los ojos un vacío doloroso.

Considerando inútil el trotar por las calles concurridas, se desvió lentamente hacia los arrabales, siempre regresando a ver a los transeúntes, saludando con voz temblorosa, deteniéndose a trechos sin saber qué hacer, como los mendigos.

Al llegar a la calle Escobedo ya no podía más. Le daban deseos de arrojarle sobre el primer hombre que pasara. Lloriquear, quejarse lastimeramente, hablarle de sus torturas...

Oyó, a lo lejos, pasos acompasados: el corazón le palpitó con violencia; arrimóse al muro de una casa y esperó. A los pocos instantes el recio cuerpo de un obrero llenaba casi la acera. Ramírez se había puesto pálido; con todo, cuando aquél estuvo  
 16 cerca, extendió el brazo y le tocó el codo. El obrero se regresó bruscamente y lo miró. Ramírez intentó una sonrisa melosa, de proxeneta hambrienta abandonada en el arroyo. El otro soltó una carcajada y una palabra sucia; después siguió andando lentamente, haciendo sonar fuerte sobre las piedras los tacos anchos de sus zapatos. Después de una media hora apareció otro hombre. El desgraciado, todo tembloroso, se atrevió a dirigirle una galantería que contestó el transeúnte con un vigoroso empujón. Ramírez tuvo miedo y se alejó rápidamente.

Entonces, después de andar dos cuadras, se encontró en la calle García. Desfalleciente, con la boca seca, miró a uno y otro lado. A poca distancia y con paso apresurado iba un muchacho de catorce años. Lo siguió.

—¡Pst! ¡Pst!

El muchacho se detuvo.

—Hola rico... ¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Me voy a mi casa... ¿Qué quiere?

—Nada, nada... Pero no te vayas tan pronto, hermoso...

Y lo cogió del brazo.

El muchacho hizo un esfuerzo para separarse.

—¡Déjeme! Ya le digo que me voy a mi casa.

Y quiso correr. Pero Ramírez dio un salto y lo abrazó. Entonces el galopín, asustado, llamó gritando:

—¡Papá! ¡Papá!

Casi en el mismo instante, y a pocos metros de distancia, se abrió bruscamente una claridad sobre la calle. Apareció un hombre de alta estatura. Era el obrero que había pasado antes por Escobedo.

Al ver a Ramírez se arrojó sobre él. Nuestro pobre hombre se quedó mirándolo, con ojos tan grandes y fijos como platos, tembloroso y mudo.

—¿Qué quiere usted, so sucio?

Y le asestó un furioso puntapié en el estómago. Octavio Ramírez se desplomó, con un largo hipo doloroso.

Epaminondas, así debió llamarse el obrero, al ver en tierra a aquel pícaro, consideró que era muy poco castigo un puntapié, y le propinó dos más, espléndidos y maravillosos en el género, sobre la larga nariz que le provocaba como una salchicha. 17

¡Cómo debieron sonar esos maravillosos puntapiés!

Como el aplastarse de una naranja, arrojada vigorosamente sobre un muro, como el caer de un paraguas cuyas varillas chocan estremeciéndose; como el romperse de una nuez entre los dedos; ¡o mejor como el encuentro de otra recia suela de zapato contra otra nariz!

Así:

¡Chaf!

{

con un gran espacio sabroso

¡Chaf!

Y después: ¡Cómo se encarnizaría Epaminondas, agitado por el instinto de perversidad que hace que los asesinos acribillen sus víctimas a puñaladas! ¡Ese instinto que presiona algunos dedos inocentes cada vez más, por puro juego, sobre los cuellos de los amigos hasta que quedan amoratados y con los ojos encendidos!

¡Cómo batiría la suela del zapato de Epaminondas sobre la nariz de Octavio Ramírez!

¡Chaf!

¡Chaf!

¡Chaf!

{

vertiginosamente,

en tanto que mil lucecitas, como agujas cosían las tinieblas.



## El antropófago

19

Allí está, en la Penitenciaría, asomado por entre las rejas su cabeza grande y oscilante, el antropófago.

Todos lo conocen. Las gentes caen allí como llovidas por ver el antropófago. Dicen que en estos tiempos es un fenómeno. Le tienen recelo. Van de tres en tres por lo menos, armados de cuchillas, y cuando divisan su cabeza grande se quedan temblando, estremeciéndose al sentir el imaginario mordisco que les hace poner carne de gallina. Después le van teniendo confianza; los más valientes han llegado hasta provocarle, introduciendo por un instante un dedo tembloroso por entre los hierros. Así repetidas veces como se hace con las aves enjauladas que dan picotazos.

Pero el antropófago se está quieto, mirando con sus ojos vacíos.

Algunos creen que se ha vuelto un perfecto idiota; que aquello fue sólo un momento de locura.

Pero no les oiga; tenga mucho cuidado frente al antropófago: estará esperando un momento oportuno para saltar contra un curioso y arrebatarse la nariz de una sola dentellada.

Medite usted en la figura que haría si el antropófago se almorzaba su nariz.

¡Ya lo veo con su aspecto de calavera!

¡Ya lo veo con su miserable cara de Lázaro, de sifilítico o de canceroso! ¡Con el unguis asomando por entre la mucosa amoratada! ¡Con los pliegues de la boca hondos, cerrados como un ángulo!

Va usted a dar un magnífico espectáculo.

Vea que hasta los mismos carceleros, hombres siniestros, le tienen miedo.

La comida se la arrojan desde lejos.

El antropófago se inclina, husmea, escoge la carne —que se la dan cruda—, y la masca sabrosamente, lleno de placer, mientras la sanguaza le chorrea por los labios.

Al principio le prescribieron dieta: legumbres y nada más  
 20 que legumbres; pero había sido de ver la gresca armada. Los vigilantes creyeron que iba a romper los hierros y comérselos a toditos. ¡Y se lo merecían los muy crueles! ¡Ponérseles en la cabeza el martirizar de tal manera a un hombre habituado a servirse de viandas sabrosas! No, esto no le cabe a nadie. Carne habían de darle, sin remedio, y cruda.

¿No ha comido usted alguna vez carne cruda? ¿Por qué no ensaya?

Pero no, que pudiera habituarse, y esto no estaría bien. No estaría bien porque los periódicos, cuando usted menos lo piense, le van a llamar fiera, y no teniendo nada de fiera, molesta.

No comprenderían los pobres que el suyo sería un placer como cualquier otro; como comer la fruta en el mismo árbol, alargando los labios y mordiendo hasta que la miel corra por la barba.

Pero ¡qué cosas! No creáis en la sinceridad de mis disquisiciones. No quiero que nadie se forme de mí un mal concepto; de mí, una persona tan inofensiva.

Lo del antropófago sí es cierto, inevitablemente cierto.

El lunes último estuvimos a verle los estudiantes de Criminología.

Lo tienen encerrado en una jaula como de guardar fieras.

¡Y qué cara de tipo! Bien me lo he dicho siempre: no hay como los pícaros para disfrazar lo que son.

Los estudiantes reíamos de buena gana y nos acercamos mucho para mirarlo. Creo que ni yo ni ellos lo olvidaremos. Estábamos admirados, y ¡cómo gozábamos al mismo tiempo de su aspecto casi infantil y del fracaso completo de las doctrinas de nuestro profesor!

Véanlo, véanlo como parece un niño —dijo uno.

—Sí, un niño visto con una lente.

—Ha de tener las piernas llenas de roscas.

—Y deberán ponerle talco en las axilas para evitar las escaldaduras.

—Y lo bañarán con jabón de Reuter.

—Ha de vomitar blanco.

—Y ha de oler a senos.

Así se burlaban los infames de aquel pobre hombre que miraba vagamente y cuya gran cabeza oscilaba como una aguja imantada. 21

Yo le tenía compasión. A la verdad, la culpa no era de él. ¡Qué culpa va a tener un antropófago! Menos si es hijo de un carnicero y una comadrona, como quien dice del escultor Sofronisco y de la partera Fenareta. Eso de ser antropófago es como ser fumador, o pederasta, o sabio.

Pero los jueces le van a condenar irremediablemente, sin hacerse estas consideraciones. Van a castigar una inclinación naturalísima: esto me rebela. Yo no quiero que se proceda de ninguna manera en mengua de la justicia. Por esto quiero dejar aquí constancia, en unas pocas líneas, de mi adhesión al antropófago. Y creo que sostengo una causa justa. Me refiero a la irresponsabilidad que existe de parte de un ciudadano cualquiera, al dar satisfacción a un deseo que desequilibra atormentadoramente su organismo.

Hay que olvidar por completo toda palabra hiriente que yo haya escrito en contra de ese pobre irresponsable. Yo, arrepentido, le pido perdón.

Sí, sí, creo sinceramente que el antropófago está en lo justo; que no hay razón para que los jueces, representantes de la vindicta pública...

Pero qué trance tan duro... Bueno... lo que voy a hacer es referir con sencillez lo ocurrido... No quiero que ningún malintencionado diga después que yo soy pariente de mi defendido, como ya me lo dijo un Comisario a propósito de aquel asunto de Octavio Ramírez.

Así sucedió la cosa, con antecedentes y todo:

En un pequeño pueblo del Sur, hace más o menos treinta años, contrajeron matrimonio dos conocidos habitantes de la localidad: Nicanor Tiberio, dado al oficio de matarife, y Dolores Orellana, comadrona y abacera.

A los once meses justos de casados les nació un muchacho, Nico, el pequeño Nico, que después se hizo grande y ha dado tanto que hacer.

22

La señora de Tiberio tenía razones indiscutibles para creer que el niño era oncemestino, cosa rara y de peligros. De peligros porque quien se nutre por tanto tiempo de sustancias humanas es lógico que sienta más tarde la necesidad de ellas.

Yo desearía que los lectores fijen bien su atención en este detalle, que es a mi ver justificativo para Nicanor Tiberio y para mí, que he tomado cartas en el asunto.

Bien. La primera lucha que suscitó el chico en el seno del matrimonio fue a los cinco años, cuando ya vagabundeaba y comenzó a tomársele en serio. Era a propósito de la profesión. Una divergencia tan vulgar y usual entre los padres, que casi, al parecer, no vale la pena darle ningún valor. Sin embargo, para mí lo tiene.

Nicanor quería que el muchacho fuera carnicero, como él. Dolores opinaba que debía seguir una carrera honrosa, la Medicina. Decía que Nico era inteligente y que no había que desperdiciarlo. Alegaba con lo de las aspiraciones —las mujeres son especialistas en lo de las aspiraciones.

Discutieron el asunto tan acremente y tan largo que a los diez años no lo resolvían todavía. El uno: que carnicero ha de ser; la otra: que ha de llegar a médico. A los diez años Nico tenía el mismo aspecto de un niño; aspecto que creo olvidé de describir. Tenía el pobre muchacho una carne tan suave que le daba ternura a su madre, carne de pan mojado con leche, como que había pasado tanto tiempo curtiéndose en las entrañas de Dolores.

Pero pasa que el infeliz había tomádole serias aficiones a la carne. Tan serias que ya no hubo qué discutir: era un excelente carnicero. Vendía y despostaba que era de admirarlo.

Dolores, despechada, murió el 15 de mayo de 906 (¿será también este un dato esencial?). Tiberio, Nicanor Tiberio, creyó conveniente emborracharse seis días seguidos y el séptimo, que en rigor era de descanso, descansó eternamente (Uf, esta va resultando tragedia de cepa).

Tenemos, pues al pequeño Nico en absoluta libertad para vivir a su manera, sólo a la edad de diez años.

Aquí hay un lago en la vida de nuestro hombre. Por más que he hecho, no he podido recoger los datos suficientes para reconstruirla. Parece, sin embargo, que no sucedió en ella circunstancia alguna capaz de llamar la atención de sus compatriotas.

Una que otra aventurilla y nada más.

Lo que se sabe a punto fijo es que se casó, a los veinticinco, con una muchacha de regulares proporciones y medio simpática. Vivieron más o menos bien. A los dos años les nació un hijo, Nico, de nuevo Nico.

De este niño se dice que creció tanto en saber y en virtudes, que a los tres años, por esta época, leía, escribía, y era un tipo correcto: uno de esos niños serios y pálidos en cuyas caras aparece congelado el espanto.

La señora de Nico Tiberio (del padre, no vaya a creerse que del niño) le había echado ya el ojo a la abogacía, carrera magnífica para el chiquitín. Y algunas veces había intentado decírselo a su marido. Pero este no daba oídos, refunfuñando. ¡Esas mujeres que andan siempre metidas en lo que no les importa!

Bueno, esto no le interesa a usted, sigamos con la historia:

La noche del 23 de marzo, Nico Tiberio, que vino a establecerse en la capital tres años atrás con la mujer y el pequeño —dato que he olvidado de referir a su tiempo—, se quedó hasta bien tarde en un figón de San Roque, bebiendo y charlando.

Estaba con Daniel Cruz y Juan Albán, personas bastante conocidas que prestaron, con oportunidad, sus declaraciones ante el Juez competente. Según ellos, el tantas veces nombrado Nico Tiberio no dio manifestaciones extraordinarias que pudieran hacer luz en su decisión. Se habló de mujeres y de platos sabrosos.

Se jugó un poco a los dados. Cerca de la una de la mañana, cada cual tomó por su lado.

(Hasta aquí las declaraciones de los amigos del criminal. Después viene su confesión, hecha impudicamente para el público).

Al encontrarse solo, sin saber cómo ni por qué, un penetrante olor a carne fresca empezó a obsesionarlo. El alcohol le calentaba el cuerpo y el recuerdo de la conversación le producía abundante saliveo. A pesar de lo primero, estaba en sus cabales.

Según él, no llegó a precisar sus sensaciones. Sin embargo, aparece bien claro lo siguiente:

Al principio le atacó un irresistible deseo de mujer. Después le dieron ganas de comer algo bien sazonado; pero, duro, cosa de dar trabajo a las mandíbulas. Luego le agitaron temblores sádicos: pensaba en una rabiosa cópula, entre lamentos, sangre y heridas abiertas a cuchilladas.

Se me figura que andaría tambaleando, congestionado.

A un tipo que encontró en el camino casi le asalta a puñetazos, sin haber motivo.

A su casa llegó furioso. Abrió la puerta de una patada. Su pobre mujercita despertó con sobresalto y se sentó en la cama. Después de encender la luz se quedó mirándolo temblorosa, como presintiendo algo en sus ojos colorados y saltones.

Extrañada le preguntó:

—¿Pero qué te pasa, hombre?

Y él, mucho más borracho de lo que debía estar, grito:

—Nada animal; ¿a ti qué te importa? ¡A echarse!

Mas, en vez de hacerlo, se levantó del lecho y fue a pararse en medio de la pieza. ¿Quién sabía qué le irían a mentir a ese bruto?

La señora de Nico Tiberio, Natalia, es morena y delgada.

Salido del amplio escote de la camisa de dormir, le colgaba un seno duro y grande. Tiberio, abrazándola furiosamente, se lo mordió con fuerza. Natalia lanzó un grito.

Nico Tiberio, pasándose la lengua por los labios, advirtió que nunca había probado manjar tan sabroso.

¡Pero no haber reparado nunca en eso! ¡Qué estúpido!

¡Tenía que dejar a sus amigos con la boca abierta!

Estaba como loco, sin saber lo que pasaba y con un justificable deseo de seguir mordiendo.

Por fortuna suya oyó los lamentos del chiquitín, de su hijo, que se frotaba los ojos con las manos.

Se abalanzó gozoso sobre él; lo levantó en sus brazos, y, abriendo mucho la boca, empezó a morderle la cara, arrancándole regulares trozos a cada dentellada riendo, bufando, entusiasmándose cada vez más.

25

El niño se esquivaba y él se lo comía por el lado más cercano, sin dignarse a escoger.

Los cartílagos sonaban dulcemente entre los molares del padre. Se chupaba los dientes y lamía los labios.

¡El placer que debió sentir Nico Tiberio!

Y como no hay en la vida cosa cabal, vinieron los vecinos a arrancarle de su abstraído entretenimiento. Le dieron de garrotazos, con una crueldad sin límites; le ataron, cuando le vieron tendido y sin conocimiento; le entregaron a la Policía...

¡Ahora se vengarán de él!

Pero Tiberio (hijo), se quedó sin nariz, sin orejas, sin una ceja, sin una mejilla.

Así, con su sangriento y descabado aspecto, parecía llevar en la cara todas las ulceraciones de un Hospital.

Si yo creyera a los imbéciles tendría que decir: Tiberio (padre) es como quien se come lo que crea.

26 **Brujerías***La primera:*

Andaba a caza de un filtro; de un filtro de amor; de uno de esos filtros que ponen en los libros ocultistas

*Para obtener los favores de una dama*

«Tómese una onza y media de azúcar cande, pulverícese groseramente en un mortero nuevo haciendo esta operación en viernes por la mañana, diciendo a medida que machacaréis: *abraxas abracadabra*. Mezclad este azúcar con medio cuartillo de vino blanco bueno; guardar esta mezcla en una cueva oscura por espacio de 27 días; cada día tomad la botella que no ha de estar enteramente llena, y la menearéis fuerte por espacio de 52 segundos diciendo *abraxas*. Por la noche haréis lo mismo pero durante 53 segundos y tres veces diréis *abracadabra*. Al cabo del 27 día...!»

Pero este muchacho no estaba al tanto de los grandes secretos ocultistas y buscaba una bruja que le confeccionara la bebida maravillosa.

Si yo lo sé, lo evito a todo trance.

Bastaba con facilitarle los «ADMIRABLES SECRETOS» DE ALBERTO EL GRANDE y el HEPTAMERON compuesto por el famoso mágico Cipriano e impreso en Venecia el año 1792 por Francisco Succoni. Lo de los filtros es elemental en ciencias mágicas.

Pero el atolondrado no pregunta; no consultaba con los entendidos; no avisa siquiera a nadie: va en busca de una bruja;

da con una, flaca y barriguda como una tripa inflada a la mitad; se lo cuenta todo, y la bruja se enamora de él.

¡Ah bruja pícara! Dizque le decía, babosa y arrugada.

—Mi bonito, le vamos a dar una bebida que le caiga al pelo.

Y le mandaba ir todos los días. Y le metía las manos entre los sobacos. Y le acercaba mucho a la cara su espléndida nariz; su espléndida nariz borbona, ancha, colorada, ganchuda, acatarrada.

Yo no sé cómo la bruja no hizo una barbaridad, como a 27 darle a beber del filtro

*Para obtener los favores de un hombre*

y hubiéramos tenido la aventura más divertida. La aventura que ofrecería el contraste estético por excelencia.

Pero lo que más habría gustado sería sin duda esa magnífica elegía de las bocas, para usar los términos de los literatos finados. Figúrenselo ustedes al muchacho enamorado de la vieja, besándole vorazmente la boca hedionda acorazada por dos caninos amarillos y extasiándose ante sus ojos pitarrosos y encharcados.

Oigan ustedes los quejidos amorosos de la estantigua, y las palabras dulces, y los reproches, y el crujido de los huesos; y vean las babas que le chorrean por las comisuras, y el desmayo de las pupilas bajo los párpados avejigados. ¡Y véanlo a él! ¡Sobre todo a él! Él, que es el divino. Sonriendo, acariciándola el pecho, donde dos manchas como pasas figuran los senos.

¡Oh, la magnífica historia que hemos perdido!

La bruja se portó avara y no quiso brindarnos, según yo creo, con el magnífico espectáculo de su dicha.

O habrá tenido algún motivo cabalístico que le impidiera hacer lo que queda dicho.

No lo sé bien. Pero el hecho es que ya sea por alguna rebeldía del joven ya por la imposibilidad de la realización de sus deseos, resolvió vengarse de una manera original.

Le dio dos filtros, uno para ella, para la rival de la bruja, y otro para él, el infortunado.

Ambos debían ser bebidos al mismo tiempo.

Y acaeció que habiendo sido cumplidas justamente las indicaciones, ella en el balcón de su casa y él en la esquina de la calle, empezaron a ser sentidos los efectos.

La muchacha dio un salto del balcón abajo y se dirigió donde su dueño, quien sintió que unas extrañas prolongaciones le brotaban por los poros del cuerpo.

28 Completamente loco, echó a correr; la otra también corrió. Era divertido, él adelante, ella atrás.

Como esto sucedía en un pueblo —sólo en los pueblos suceden estas cosas—, pronto llegaron al campo, frente a la casa de la bruja.

El desdichado no pudo dar un paso más: vio que se le despedazaban los vestidos y una multitud de hojas frescas le salían del cuerpo. Se le erizaron las arterias inferiores y, taladrándole con furia los pies, desaparecieron en la tierra. Un abrazo se le hundió en el tórax y le salió por la cuenca de un ojo, cargado de ramas. Se estiró sobre una sola pierna, se abombó, crujió bajo el viento; echó raíces fuertes, dio un gran grito.

Y la muchacha, como estúpida, agrandó los ojos y se quedó mirando el árbol.

El naranjo, este naranjo sentimental, bajo la luna quería llorar las noches como los remos al ser levantados sobre el agua: exquisita y romántica sentimentalidad.

El naranjo, como todos los naranjos, quería ir a darse un paseo por el pueblo y estirar las piernas en alguna velada de señoras y limpiarse cómodamente la nariz con un amplio moquero de lino.

La bruja abría todas las mañanas una ventana y estornudaba sobre el naranjo, entonces sus hojas se estremecían, se achicaban como sensitivas. Para justificar el estremecimiento del naranjo, figúrese usted que una vieja como esa le refresca la cara con su catarro.

Una tarde hubo tempestad y cayó un rayo sobre el naranjo. Al otro día, la bruja gozosa, fue a escarbar los escombros y sacó unas entrañas podridas.

Estas entrañas, bien pulverizadas, disueltas en sangre de abubilla, sirven para repetir la operación infinidad de veces.

Aunque no es preciso que sean las mismas; pueden servir cualesquiera, siempre que sean arrancadas con las uñas, en domingo y a la hora de Marte.

Pero, para todo, es preciso que usted lea velozmente y en todos los sentidos posibles este arreglo cabalístico que consta en todos los libros mágicos:

29

A  
AB  
ABR  
ABRA  
ABRAC  
ABRACA  
ABRACAD  
ABRACADA  
ABRACADAB  
ABRACADABR  
ABRACADABRA

### *La segunda:*

Es indiscutible la superioridad numérica, entre gente entendida en achaques ocultistas, de las hembras sobre los varones. La minuciosa estadística de Marbarieli arroja el siguiente porcentaje:

Brujas 87  
Brujos 13

incluyéndose en este último tanto un 5% de niños que han resultado verdaderos prodigios. Algunos, especialmente en el género adivinatorio, han sobresalido con mucho de sus mayores.

Lo dicho con respecto a la cantidad es casi más evidente cuando se trata de la calidad. Las acciones de las primeras son

notablemente superiores por la intención, delicadeza y seguridad en los resultados.

Aunque no quiere decirse con esto que los hombres carezcan de cualidades misteriosas, en veces, cuando ponen interés, son verdaderos artistas.

Para comprobarlo le recordaré a usted el caso ocurrido hace cinco años, a propósito de una vulgar infidelidad conyugal. Actuó el famoso Bernabé, victimado últimamente por sus enemigos, para lo que fue necesario incendiar un bosque de una legua por lado, donde, por desgracia, tuvo que ocultarse sin haber tomado previa precauciones.

¡El pobre Bernabé! Un brujo largo de nariz chata, ojos viscosos y boca prominente; de cabello enmarañado y nuca forunculosa.

A Bernabé debiera erigírsele una estatua.

Yo lo tengo por el maestro insuperable de los maridos burlados. Es acaso el único que hasta ahora haya pretendido una verdadera revolución en el sentido de transformar, por sus bases, la rutina establecida en los casos de venganza por traiciones de índole amorosa.

Cuando usted obtenga pruebas irrefutables o cometa el desacierto de sorprender infraganti a su señora en una de sus aventuras, y creyendo obrar como un caballero saque su ridículo revólver y dispare 3 ó 4 veces sobre la infiel, estese convencido de que su situación será completamente risible, desde todo punto de vista.

Hoy ya no se mata al cónyuge adúltero: la práctica de Bernabé está enormemente generalizada.

Parece que el inocentón entró de improvisto en su alcoba, a altas horas de la noche, de regreso de una misa negra. Su esposa no tuvo tiempo de ocultar al otro y fueron sorprendidos en circunstancias visiblemente comprometedoras.

Y como si tal, Bernabé dio media vuelta.

Algún marido burlado va a reírse de Bernabé. Pero no tiene derecho ¡Juro que no tiene derecho!

Bernabé buscó en su gabinete 3 onzas justas de cera negra, añadiola parte igual de cabellos arrancados con sigilo a los traidores y empapados previamente en lágrimas de niño recién

nacido: moldeó en la mezcla dos figuras de perro y soplando en el aire polvo de higo seco, plumas verdes de papagayo y sal marina empezó a dar solemnes vueltas en torno a la mesa, al mismo tiempo que evocaba los nombres augustos de Yayn, Sadedali, Sachiel y Thanir.

A la doceava vuelta empezó la cera a animarse y girar en el mismo sentido que Bernabé.

El de la traición, que había saltado por una ventana baja y corría con dirección a lugar seguro, bajo el poder del encantamiento se detuvo sin saber por qué, y pensando que era más agradable estar un momento con la del carnudo que desbocarse atolondradamente por esas calles, volvió sobre sus pasos, escaló de nuevo la ventana y empezó a hacer morisquetas a la mujer riendo y bobeando. Ambos se hacían morisquetas.

A gatas, como si fueran niños.

A todo esto, Bernabé daba vueltas en torno a la mesa. Cuando llegó a la vigésimo cuarta dijo, crispando las manos:

«¡Dahi! ¡Dahi!»

y los de la alcoba saltaron dos veces sobre sus manos y sus pies, así en las posturas inocentes en que estaban.

Bernabé seguía, con creciente velocidad. Las figuras de cera apresuraban también.

En los de la alcoba: a cada uno una punzada en el coxis y vehemente deseo de mirarse el coxis, de lamerse el coxis. Una contorsión del cuello y el seguir vertiginoso de la cabeza a la curva del cuerpo, sobre manos y pies, en movimiento centrípeto, mientras los vestidos se esfumaban y una curiosa prolongación, arqueada y móvil, los hacía del coxis. Plegaban los labios, al crecimiento de los caninos, y olfateaban, remangando la nariz aplastada y negra. El cuero se les cubría de una tupida pelambre gris. Se les saltaban los ojos de las órbitas y daban resoplidos feroces.

Al fin se empequeñecieron, tomando figura de perros, y pararon jadeantes, con la lengua afuera, estremecida la piel.

Bernabé entró, les miró regocijado, les propinó dos rencorosos puntapiés: bajaron las ancas y guardando la cola entre las piernas saltaron atropelladamente por la ventana. Y se fueron

a ladrar a la luna; a dar alaridos en las noches, mordiéndose las piernas; a atormentarse con la prostitución obligada de los perros.

Todos los perros vagabundos han sido gente adúltera; todos los perros que lloran, mordidos por los perros domésticos, y que se pasan los días, tendidos, arrinconados, con las mandíbulas entre las patas delanteras, comidos por el sol.

32 Cuidado, que de repente le cogerán a usted por una pierna y le sacudirán con furor hasta arrancarle pedazos.

Yo tiemblo siempre que me roza uno de esos perros esmirriados, huesudos, que tienen prendido en una pupila un destello humano y trágico...

¿Eh?

¡Pasen una luz!

Tengo para mí que se han introducido en casa los ladrones.

## Las mujeres miran las estrellas

33

Juan Gual, dado a la historia como una querida, ha sufrido que ella le arranque los pelos y le araÑe la cara.

Los historiadores, los literatos, los futbolistas, ¡psh!, todos son maniáticos, y el maniático es hombre muerto. Van por una línea, haciendo equilibrios como el que va sobre la cuerda, y se aprisionan al aire con el quitasol de la razón.

Sólo los locos exprimen hasta las glándulas de lo absurdo y están en el plano más alto de las categorías intelectuales.

Los historiadores son ciegos que tactean; los literatos dicen que *sienten*; los futbolistas son policéfalos, guiados por los cuádriceps, gemelos y soleus.

El historiador Juan Gual. Del gran trapecio de la frente le cuelgan la pirámide de la nariz y el gesto triangular de la boca, comprendido en el cuadrilátero de la barbilla.

Mide 1 *m*, 63 *cm* y pesa 120 lb. —Este es un dato más interesante que el que podría dar un novelista: María Augusta, abandonando el tibio baño, se cose cuidadosamente con una amplia y suave toalla y colocose luego la fina camisa de batista, no sin antes haberse recreado, con la delectación morbosa, en la contemplación de sus redondas y voluptuosas formas.

Juan Gual, sorbiendo el rapé de los papeles viejos, descifra lentamente la pálida escritura antigua.

«Sor. Capitán Gral.: Enterado de que los Abitantes del pequeño Pueblo de Gallayruc...»

El Copista, después de un momento contesta:

«...de Gallayruc»

«estaban mal impresionados con especies que su rusticidad...»

«...que su rusticidad».

Bueno, ¿y qué le importan al señor Gual los habitantes del pequeño pueblo de Gallayruc? Lo que a mí el mismo señor Gual.

El cuentista es otro maniático. Todos somos maniáticos; los que no, son animales raros.

34

Hay que salir y gozar del buen tiempo: gargarismos musicales de los canarios; sombras de las figuras geométricas de Picasso que ensamblan en los cuerpos como una vida en otra vida; muchacha estilo Chagall que se escarba las narices con el índice.

Pero el hombre de estudio no ve estas cosas: o permanece escarbando en las narices del tiempo la porquería de una fecha o hilvanando la inutilidad de una imagen, o abusando inconsideradamente de los sistemas inductivo y deductivo.

¿Y el copista? ¡Ah! El copista, un mozalbete barbilindo: 20 años, 1 *m*, 80 *cm* y 140 *lb*. Le echaron a perder con el nombre de Temístocles. Ciertas mujeres del señor Wilde no le habrían amado nunca.

A más de historiador el señor Gual prepara delicioso pescado frito. Este pecadillo epicureísta no es extraño. Conozco un ingeniero que guisa admirablemente arroz a la valenciana y un santo sacerdote especialista en el aderezo de legumbres.

«no podía desechar, y siendo casi todos los soldados...».

«todos los soldados».

De improviso la puerta deja entrar una ancha lanzada de luz.

Las caras se alzan de los papeles.

—¿Quién es? ¿Qué es?

Temístocles se pone colorado.

—Entre, señora.

El señor Gual endereza su pequeño cuerpo y va a besar en la frente a su mujer. Esta mujer, clavando una mirada oblicua en Temístocles, hace de su boca un paréntesis.

Tres datos: el historiador tiene 45 años; la señora del historiador, 23, el historiador se porta un poquito flojo.

«de los que desertaron, cuando me destiné yo...».

«...destiné yo».

El señor Gual se recela de besar en la boca a su señora delante del Secretario.

Los reconstituyentes no producen efecto. Tiene que estarse, el pobre, mansamente esperando horas de horas que la potencia sea mayor que la resistencia.

35

Parece que la historia tiene ese defectillo como efecto.

¡Vaya con el hombre! Si al menos fuera más inocente para enviarle en busca de *Los mariscos del señor Chabre...*

Todo lo que es más doloroso que mil poemas a la amada muerta y más artístico que las primaveras que ha visto un hombre.

¡Que ni se pueda contar con los mariscos!

¡Señor! ¡Señor!

Las caras caen de vergüenza.

Un hijo del señor Gual es un absurdo.

¿Entonces? Los dedos estirados sobre las mejillas o las manos bajo las barbillas, en una actitud algo así como Rodineana, para evitar que las caras se caigan de vergüenza.

Hay que esperar. La vida es una paralización de espera. Siempre estamos mirando, a la ventana, que pase el buen tiempo. Aguardamos que caigan las soluciones del tiempo mismo. Sentados en nuestras butacas, contemplamos el cinematógrafo de nuestros hechos. Miramos hacia arriba para encontrar la claraboya por donde hemos de salirnos, pálidos y azorados, y ser espectadores del propio drama estupefaciente, si es posible, si la vida lo permite.

Rosalía y Temístocles esperan, atados al cordel del destino, con la cabeza gacha como bestias cansadas.

El señor Gual salta escandalizado.

Estaba el señor Gual esperando lo que siempre esperaba: que la potencia sea mayor que la resistencia, y pretendiendo

ayudar a la primera, buscaba la fuerza pasando su mano por la seda del vientre de ella.

Y cuando sintió el resorte de la vida, el señor Gual levantó la mano y el tronco; volvió a sentar la mano para constatar y volvió a levantarla.

—Rosalía... Rosalía...

36 Ella también ha levantado el tronco y se ha defendido con las manos.

La rabia del señor Gual es la del que ve fructificar lo que es suyo y no poseyó. Tal vez sea igual a la de la madre cuyo hijo se hace soldado e, inversamente, a la de la mujer que parió un muerto.

La rabia le conifica la cara y le hincha los ojos.

—¿Qué has hecho, perra?

Ella siente el escupitajo y le clava la mirada como para partirlo.

—¿Y tú qué has hecho?

—¿Que qué he hecho?

—Sí, ¿qué has hecho?

El señor Gual se traga la conificación de la rabia: él no ha hecho nada y el pecado está en no hacer nada.

El reproche le latiguea el rostro. No ha hecho nada y no debe decir nada.

Siente la soledad sobre él. La soledad que nos da de puñetazos hasta hacernos caer la cara sobre el pecho.

Solo consigo mismo.

Y la soledad trae la amargura, de cara estirada, rectangular, con un raro mechón de cabellos sobre la frente.

Ella tiene razón; pero él también la tiene y la reprocha, con el eterno reproche, delgado como vírgula:

—¡Ah!, Rosalía...

La amargura cae también sobre ella, sacudiéndola de los hombros hasta hacerla llorar.

El señor Gual ha tenido que ir a ver a su copista, traerlo por delante y hacerlo entrar en la casa tirándole de la oreja, como a los chicos.

Aunque Temístocles estaba encogido de vergüenza, ha reaccionado como todo un hombre, endureciendo los músculos. Pero bajo la mirada del historiador ha vuelto a sus posiciones, teniendo miedo a la acusación de los ojos.

El señor Gual le ha hecho sentar en su silla de siempre. Le ha presentado el papel de copia. Se ha separado, cruzando las manos a la espalda. Ha arrugado el ceño al momento difícil.

Gran silencio.

37

—Vaya, hombre, vaya. Esta mañana ha llovido un poco y anoche he tenido jaqueca. Estaba algo apurado con eso de Jaén y don José Ignacio de Checa, pero pude levantarme pronto. Ya me tienen un poco cansado estos papeles viejos.

Silencio.

—En fin, ¡caramba! ¡Hay que decirlo francamente y para eso has venido!

El señor Gual se traga algo tan voluminoso que parece una cuartilla de monólogo, y continúa, más difícilmente debido al atragantamiento.

—Eso de la muchacha... ya pasó. En fin, ¡caramba!, qué vamos a hacer... Sólo los perros son fieles... para con los hombres. Sólo los perros: los perros.

Silencio.

—Bueno, bueno. Vamos con lo del señor Checa. Estábamos... aquí.

Le tiembla el hilillo de la voz:

«A fin de prevenir cualquier sorpresa que pudiera perjudicar a mi reputación...»

«...reputación».

Hasta hoy tienen dos hijos.

38 **Luz lateral**

Se ha producido ya en mí aquel elegante fenómeno de alargamiento de los párpados sobre los ojos —como manos curvadas sobre naranjas y que caen con idéntica nebulosidad dulce que el tiempo sobre los recuerdos.

Este elegante fenómeno que, generalmente, corresponde a una época, me ha asaltado bien pronto debido a ciertas circunstancias.

No soy viejo: tengo treinta años. Me veo como esos hombres que agotan sus músculos en una hora, frente a otros que trabajan ocho, con sabia y económica calmosidad.

También se me han caído un poco las cejas y estoy bastante calvo.

Se trata... ¡ah! Se trata de aquella muchacha, Amelia, que me traía claramente la imagen de la heroína de un señor novelista, a quien sus padres (¿o ella misma?) le ordenaban (¿o se ordenaba?) conservar sus trenzas largas, ya porque le sentaran bien o por mantener su fresco aspecto infantil.

¡Hombre! Y era bastante pálida. Ahora la veo. Bajo cada ceja debió tener una media luna tinta azul, lo que le hacía interesantísima. Y como los labios también eran muy pálidos, me enamoré de ella. Creo que esta es una razón poderosa; las mujeres que tienen los labios colorados por fuerza nos ponen nerviosos; dan la idea de haberse comido media libra de carne de cerdo recién degollado.

Bueno, pues. Como era una muchacha me estuve esperando que madurara y apenas la vi con las piernas un poco gruesas, me casé.

¡Hola, María!

¡Caramba! Me acaban de decir que está servido el almuerzo y tengo que irme. No pierda usted su buen humor. Espere usted un momento. Yo me pongo nervioso cuando me dicen que está servido el almuerzo.

Decía que me casé con Amelia. Bien: estoy seguro de haber vivido con ella durante un año casi en la más completa cordialidad, casi, porque había un feroz motivo de entenebrecimiento de mi vida.

39

Tenía ella una manera petulante de decir, repetir, encajar a todas horas en su conversación una palabreja que me pone hasta ahora los pelos de punta. Ese *¡claro!* que parecía arrojármelo a la cara, con su risita cínica y que me congestionaba, me templaba las mandíbulas.

Si debíamos salir a la calle y se ponía malo el tiempo, ella venía a provocarme:

—Sabes que no podremos salir ahora porque... *¡claro!* parece seguro que va a llover.

Si salíamos de compras y había un sombrero que me gustaba para ella, me tiraba de las orejas con su:

—Sabes que a mí no me gusta porque... *¡claro!* estos sombreros están ya pasados de moda.

Si iba alguna visita a casa, cuando se le metía alguna estupidez en la cabeza, me cortaba el buen humor, como gritándome:

—Sabes que yo no voy a poder salir porque... *¡claro!*, me siento un poquito indispueta.

Pero ¿qué es esa manera de hablar, señores?

¿No parece que a uno estuvieran diciéndole bruto o desafiándole a duelo? Ya les voy a meter a ustedes el *¡claro!* hasta por las narices para ver si no les hierve la sangre, porque... *¡Maldición!* Si en este momento me dijeran que el almuerzo está servido, me vuelvo loco y los despedazo.

Este *¡claro!*, que al principio me picaba la lengua y me traía ganas de ahogárselo en la boca con un beso de esos que comprimen rabiosamente la mucosa hasta hacerla sangrar, ha sido la única causa de mis desdichas.

Si ella no hubiera tenido una estúpida manía, seguiría a su lado, prendido de las medias lunas de tinta azul que tiene bajo las cejas. Porque la amaba estrepitosamente y la amo todavía, como se ama el retrato desteñido de la madre desconocida o el cachorro roto... ¿Qué digo?... ¡Ah! Estoy romántico. He recordado la urna de cristal que guarda los pedazos del viejo cacharro, a quien amo con reverencia porque no puede decir:... ¡No! No pongo la palabra, escupo la palabra en la escupidera, que son peligrosas las bascas... ¿La pongo? No.

¡El cacharro roto! Me gusta esta paletada de *erres* que quisiera que me cubran hasta las narices para estar así, acurrucado, mirando... ¡Oh, el treponema!... ¡claro!

Me lo dijo una noche que estaba entusiasmado bailando sobre una tabla de logaritmos.

—Antoñito, ¿sabes que deberíamos acostarnos ya?, porque... ¡claro!, es tardecito y tengo mucho sueño.

Y la pérfida me abrazaba por las caderas. ¡Estaba endemoniado! Le pegué un puñetazo en la cara y salí corriendo.

No he vuelto más porque en la primera esquina encontré a Paula, una canalla que fue mi amiga desde que yo era joven.

La cogí fuertemente por una muñeca.

—Oye, tú no sabes decir ¡claro!

Ella se esquivó, pues debí haberle hecho daño.

—Pero, ¿qué te pasa, hombre?

—¡Ah!, sí; no sabes decir.

Y le acaricié la barbilla.

Me sonrió, enseñándome la falta de un incisivo, y me hizo sonar en la oreja, sugestivamente, su voz constipada.

—Vamos a que conozcas la casa donde vivo; no nos hemos visto más de un año.

Nos fuimos. Y como en la casa me tentaba a besarla, lo hice, por lo que me quedé con ella unos diez días.

Al octavo tuve un sueño especialísimo que me llenó de inquietudes. Por inherente disposición creo en lo misterioso y no dudaba ni dudo de la veracidad de ciertos sueños que son para mí proféticos. En otro tiempo aquel sueño lo habría aceptado con

una especie de placer, que su realidad modificaría totalmente mi vida, dándome un carácter en esencia nuevo, colocándome en un plano distinto al de los demás hombres; una como especie de superioridad entrañada en el peligro que representaría para los otros y que les obligaría a mirarme —se entiende de parte de los que lo supieran— con un temblor curioso parecido a la atracción de los abismos.

Mientras iba a un médico, me puse a meditar en la situación que me colocaría, de ser verdad, la innovación extraña que presentía. En aquellas circunstancias, mi deseo no era el anteriormente apuntado; le había reemplazado un miedo estúpido que me batía los sesos, haciéndolos realizar revoluciones rápidas que insinuaban en mi espíritu un caos apensante y confuso, que me calentaba la frente y me hinchaba las venas como una invitación al almuerzo servido; mi amor a Amelia seguía respetándola, a pesar de la enormidad de su pecado, y comprendía yo claramente que mi deseo de otro tiempo representaba en estas circunstancias una corriente eléctrica, establecida entre nosotros, que me impediría llegar a ella a pesar de que el desinfectante del arrepentimiento la lavara, presentándomela pura para nuestra posterior vida conyugal.

¿Eh? ¿Qué cosa? ¡Socorro! Un hombre me rompe la cabeza con una maza de 53 kilos y después me mete alfileres de 5 decímetros en el corazón. Allí se ha escondido, debajo de la cama de Paulina, y me está enseñando cuatro navajas de barba, abiertas, que se las pasa por el cuello para hacerme romper los dientes de miedo y paralizarse mis reflejos, temblándome las piernas como si fuera un viejo. ¿Dónde están los signos de Romberg y de Aquiles y dónde la luz que ha de contraer en una línea la pupila? ¡María! Ve a decir que no como. Por allí va el treponema pálido, a caballo, rompiéndome las arterias. Y el pobre cacharro roto que está en mi urna de cristal, traquetea como las cosas vivas... y parece que está levantando un dedo... ¿ah?

Veo a mis hijos, adivino a mis hijos ciegos o con los ojos abiertos todo blancos: a mis hijos mutilados o secos e inverosímiles como fósiles; a mis hijos disfrazados bajo las mascarillas

de los eritemas; adivino la papilla que se mueve y que alza un dedo y que quiere abrazarme y besarme. Adivino la atetosis trágica que se ha de dirigir a mi cuello para arrancarme el cuerpo tiroides, y las piernas ganchudas y temblorosas de Amelia: ha de poner círculos de tinta gris bajo los pómulos salientes.

42 En este pueblo me gusta la antigua iglesia que tiene mosaicos verdes en las cúpulas achatadas porque da las espaldas al Norte (¿Qué sería de este pobre pueblo si le voltearan su iglesia?) También me gusta porque al centro de la fachada de piedra hay una pequeña virgen de piedra.

Dentro abro la boca ante un cuadro de talla que tiene fina y pálida cara; en la esquina inferior izquierda, esta leyenda, más o menos:

ESTATURA I  
FORMAITR  
AGE DE LA S  
MA VIRGEN S  
EGUN LO QUE  
ESCRIBIO SAN  
ANSELMO I  
LO QUE PINT  
O SAN LUCAS

y lo que me parece un poco descabellado, aunque de la capilla ancha superpuesta, le sale una hermosa mano afilada. El color del traje es idéntico al de mi cacharro roto.

¡Ah! Ya es de noche. El cielo está completamente negro; y como en él lucen diminutas cabezas de alfiler de las estrellas, tengo que salir al campo, muy lejos para que no me oigan, y gritar altísimo, aunque me rasguñe la laringe, a la cóncava soledad:

¡Treponema pálido! ¡Treponema pálido!

## La doble y única mujer

43

(Ha sido preciso que me adapte a una serie de expresiones difíciles que sólo puedo emplear yo, en mi caso particular. Son necesarias para explicar mis actitudes intelectuales y *mis* conformaciones naturales, que se presentan de manera extraordinaria, excepcionalmente, al revés de lo que sucede en la mayoría de los «animales que ríen»).

Mi espalda, mi atrás, es, si nadie se opone, mi pecho de ella. Mi vientre está contrapuesto a mi vientre de ella. Tengo dos cabezas, cuatro brazos, cuatro senos, cuatro piernas, y me han dicho que *mis* columnas vertebrales, dos hasta la altura de los omóplatos, se unen allí para seguir —robustecidas— hasta la región coxígea.

Yo-primerá soy menor que yo-segunda.

(Aquí me permito, insistiendo en la aclaración hecha previamente, pedir perdón por todas las incorrecciones que cometeré. Incorrecciones que elevo a la consideración de los gramáticos con el objeto de que se sirvan modificar, para los posibles casos en que pueda repetirse el fenómeno, la muletilla de los pronombres personales, la conjugación de los verbos, los adjetivos posesivos y demostrativos, etc., todo en su parte pertinente. Creo que no está demás, asimismo, hacer extensiva esta petición a los moralistas, en el sentido de que se molesten alargando un poquito su moral y que me cubran y que me perdonen por el cúmulo de inconveniencias atadas naturalmente a ciertos procedimientos que traen consigo las posiciones características que ocupo entre los seres únicos).

Digo esto porque yo-segunda soy evidentemente más débil, de cara y cuerpo más delgados, por ciertas manifestaciones que no declararé por delicadeza, inherentes al sexo, reveladoras de la afirmación que acabo de hacer; y porque yo-primera voy para delante, arrastrando a mi atrás, hábil en seguirme, y que me coloca, aunque inversamente, en una situación algo así como la de ciertas comunidades religiosas que se pasean por los corredores de sus conventos, después de las comidas, en dos filas, y dándose siempre las caras —siendo como soy, dos y una.

Debo explicar el origen de esta dirección que me colocó en adelante *a la cabeza* de yo-ella: fue la única divergencia entre mis opiniones que ahora, y sólo ahora, creo que me autoriza para hablar de *mí* como de *nosotras*, porque fue el momento aislado en que *cada una*, cuando estuvo apta para andar, quiso tomar por su lado. Ella —advuértase bien: la que hoy es yo-segunda— quería ir, por atavismo sin duda, como todos van, mirando hacia donde van; yo quería hacer lo mismo, ver a dónde iba, de lo que se suscitó un enérgico perneo, que tenía sólidas bases puesto que estábamos en la posición de los cuadrúpedos, y hasta nos ayudábamos con los brazos de manera que, casi sentadas como estábamos, con aquellos al centro, ofrecimos un conjunto octópodo, con dos voluntades y en equilibrio unos instantes debido a la tensión de fuerzas contrarias. Acabé por vencerla, levantándome fuertemente y arrastrándola, produciéndose entre nosotras, desde mi triunfo, una superioridad inequívoca de mi parte primera sobre mi segunda y formándose la unidad de que he hablado.

Pero, no; es preciso sentar una modificación en mis conceptos, que, ahora caigo en ello, se han desarrollado así por liviandad en el razonamiento. Indudablemente, la explicación que he pensado dar a posteriores hechos, puede aplicarse también a lo referido; lo que aclarará perfectamente mi empecinamiento en designarme siempre de la manera en que vengo haciéndolo: yo, y que desbaratará completamente la clasificación de los teratólogos, que han nominado a casos semejantes como *monstruos dobles*, y que se empecinan, a su vez, en hablar de estos como

si en cada caso fueran dos seres distintos, en plural, *ellos*. Los teratólogos sólo han atendido a la parte visible que origina una separación orgánica, aunque en verdad los puntos de contacto son infinitos; y no sólo de contacto, puesto que existen órganos indivisibles que sirven a la vez para la vida de la comunidad aparentemente establecida. Acaso la hipótesis de la doble personalidad, que me obligó antes a hablar de *nosotras*, tenga en este caso un valor parcial debido a que era ese el momento inicial en que iba a definirse el cuerpo directivo de esta vida visiblemente doble y complicada; pero en el fondo no lo tiene. Casi sólo le doy un interés expresivo, de palabras, que establece un contraste comprensible para los espíritus extraños, y que en vez de ir como prueba de que en un momento dado pudo existir en mí un doble aspecto volitivo, viene directamente a comprobar que existe dentro de este cuerpo doble un solo motor intelectual que da por resultado una perfecta unicidad en sus actitudes intelectuales.

45

En efecto: en el momento en que estaba apta para andar, y que fue precedido por los chispazos cerebrales «andar», idea nacida en mis dos cabezas, simultáneamente, aunque algo confusa por el desconocimiento práctico del hecho y que tendía sólo a la imitación de un fenómeno percibido en los demás, surgió en mi primer cerebro el mandato «Ir adelante»; «Ir adelante» se perfiló claro también en mi segundo cerebro y las partes correspondientes de mi cuerpo obedecieron a la sugestión cerebral que tentaba un desprendimiento, una separación de miembros. Este intento fue anulado por la superioridad física de yo-primera sobre yo-segunda y originó el aspecto analizado. He aquí la verdadera razón que apoya mi unicidad. Si los mandatos cerebrales hubieran sido: «Ir adelante» e «Ir atrás», entonces sí no existiría duda alguna acerca de mi dualidad, de la diferencia absoluta entre los procesos formativos de la idea de movimiento; pero esa igualdad anotada me coloca en el justo término de apreciación. Cuando a la particularidad de que hayan existido en mí dos partes constitutivas que obedecieron a dos órganos independientes, no le doy sino el valor circunstancial que tiene, puesto que he desdeñado ya el criterio superficial que, de acuerdo con

otros casos, me da una constitución plural. Desde ese momento yo-primera, como superior, ordeno los actos, que son cumplidos sin réplica por yo-segunda. En el momento de una determinación o de un pensamiento, estos surgen a la vez en mis dos cerebros; por ejemplo «Voy a pasear», y yo-primera soy quien dirige el paseo y recojo con prioridad todas las sensaciones presentadas ante mí, sensaciones que comunico inmediatamente a yo-segunda. Igual sucede con las sensaciones recibidas por esta otra parte de mi ser. De manera que, al revés de lo que considero que sucede con los demás hombres, siempre tengo yo una comprensión, una recepción doble de los objetos. Los veo, casi a la vez, por los lados —cuando estoy en movimiento— y con respecto a lo inmóvil me es fácil darme cuenta perfecta de su inmovilidad con sólo apresurar el paso de manera que yo-segunda contemple casi al mismo tiempo el objeto inmóvil. Si se trata de un paisaje, lo miro, sin moverme, de uno y otro lado, obteniendo así la más completa recepción de él, en todos sus aspectos. Yo no sé lo que sería de mí de estar constituida como la mayoría de los hombres; creo que me volvería loca, porque cuando cierro los ojos de yo-segunda o los de yo-primera, tengo la sensación de que la parte del paisaje que no veo se mueve, salta, se viene contra mí y espero que al abrir los ojos lo encontraré totalmente cambiado. Además, la visión lateral me anonada: será como ver la vida por un huequito.

Ya he dicho que mis pensamientos generales y voliciones aparecen simultáneamente en mis dos partes; cuando se trata de actos, de ejecución de mandatos, mi cerebro segundo calla, deja de estar en actividad, esperando la determinación del primero, de manera que se encuentra en condiciones idénticas a las de la garrafa vacía que hemos de llenar de agua o al papel blanco donde hemos de escribir. Pero en ciertos casos, especialmente cuando se trata de recuerdos, mis cerebros ejercen funciones independientes, la mayor parte alternativas, y que siempre están determinadas, para la intensidad de aquellos, por la prioridad en la recepción de las imágenes. En ocasiones estoy meditando acerca de tal o cual punto y llega un momento en que me urge un

recuerdo, que seguramente, un rincón oscuro en nuestras evocaciones es lo que más martiriza nuestra vida intelectual, y, sin haber evocado mi desequilibrio, sólo por mi detenimiento vacilante en la asociación de ideas que sigo, mi boca posterior contesta en alta voz, iluminando la oscuridad repentina. Si se ha tratado de un sujeto borroso, por ejemplo, a quien he visto alguna vez, mi boca de ella contesta, más o menos: «¡Ah! el señor Miller, aquel alemán con quien me encontré en casa de los Sánchez y que explicaba con entusiasmo el paralelogramo de las fuerzas aplicado a los choques de vehículos.»

47

Lo que ha hecho afirmar a mis espectadores que existe en mí la dualidad que he refutado, ha sido principalmente, la propiedad que tengo de poder mantener conversación ya sea por uno u otro lado. Les ha engañado eso del *lado*. Si alguno se dirige a mi parte posterior, le contesto siempre con mi parte posterior, por educación y comodidad; lo mismo sucede con la otra. Y mientras, la parte aparentemente pasiva trabaja igual que la activa, con el pensamiento. Cuando se dirigen a la vez a mis dos lados, casi nunca hablo por estos a la vez también, aunque me es posible debido a mi doble recepción; me cuido mucho de probables vacilaciones y no podría desarrollar dos pensamientos hondos, simultáneamente. La posibilidad a que me refiero sólo tiene que ver con los casos en que se trate de sensaciones y recuerdos, en los que experimento una especie de separación de mí misma, comparable con la de aquellos hombres que pueden conversar y escribir a la vez cosas distintas. Todo esto no quiere decir, pues, que yo sea dos. Las emociones, las sensaciones, los esfuerzos intelectivos de yo-segunda son los de yo-primer; lo mismo inversamente. Hay *entre-mí* —primera vez que se ha escrito *entre mí*— un centro a donde afluyen y de donde refluyen todo el cúmulo de fenómenos espirituales, o materiales desconocidos, o anímicos, o como se quiera.

Verdaderamente, no sé cómo explicar la existencia de este centro, su posición en mi organismo, y en general, todo lo relacionado con mi psicología o mi metafísica, aunque esta palabra creo

ha sido suprimida completamente, por ahora, del lenguaje filosófico. Esta dificultad, que de seguro no será allanada por nadie, sé que me va a traer el calificativo de desequilibrada porque a pesar de la distancia domina todavía la ingenua filosofía cartesiana, que pretende que para escuchar la verdad basta poner atención a las ideas claras que cada uno tiene dentro de sí, según más o menos lo explica cierto caballero francés; pero como me importa poco la opinión errada de los demás, tengo que decir lo que comprendo y lo que no comprendo de mí misma.

Ahora es necesario que apresure un poco esta narración, yendo a los hechos y dejando el especular para más tarde.

Unos pocos detalles acerca de mis padres, que fueron individuos ricos y por consiguiente nobles, bastará para aclarar el misterio de mi origen: mi madre era muy dada a las lecturas perniciosas y generalmente novelescas; parece ser que después de mi concepción, su marido y mi padre viajó por motivos de salud. En el ínterin, un su amigo, médico, entablo estrechas relaciones con mi madre, claro que de honrada amistad, y como la pobre-cilla estaba tan sola y aburrida, este su amigo tenía que distraerla y la distraía con unos cuentos extraños que parece que impresionaron la maternidad de mi madre. A los cuentos añádese el examen de unas cuantas estampas que el médico la llevaba; de esas peligrosas estampas que dibujan algunos señores en estos últimos tiempos, dislocadas, absurdas, y que mientras ellos creen que dan sensación de movimiento, sólo sirven para impresionar a las sencillas señoras que creen que existen en realidad mujeres como las dibujadas, con todo su desequilibrio de músculos, estrabismo de ojos y más locuras. No son raros los casos en que los hijos pagan estas inclinaciones de los padres: una señora amiga mía fue madre de un gato. Ventajosamente, procuraré que mis relaciones no sean leídas por señoras que puedan estar en peligro de impresionarse y así estaré segura de no ser nunca causa de una repetición humana de mi caso. Pues, sucedió con mi madre que, en cierto modo ayudada por aquel señor médico, llegó a creer tanto en la existencia de individuos extraños que poco a poco llegó a figurarse un fenómeno del que soy retrato, con el que se

entretenía a veces, mirándolo, y se horrorizaba las más. En esos momentos gritaba y se le ponían los pelos de punta. (Todo esto se lo he oído después a ella misma en unos enormes interrogatorios que la hicieron el médico, el comisario y el obispo, quien naturalmente necesitaba conocer los antecedentes del suceso para poder darle la absolución). Nací más o menos dentro del período normal, aunque no aseguro que fueran normales los sufrimientos por que tuvo que pasar mi pobre madre, no sólo durante el trance sino después, porque apenas me vieron, horrorizados, el médico y el ayudante, se lo contaron a mi padre, y este, encolerizado, la insultó y la pegó, tal vez con la misma justicia, más o menos, que la que asiste a algunos maridos que maltratan a sus mujeres porque le dieron una hija en vez de un varón como querían.

49

Madre me tenía una cierta compasión insultante para mí, que era tan hija suya como podía haberlo sido una tipa igual a todas, de esas que nacen para hacer *pucheritos* con la boca, zapatear y coquetear. Padre, cuando me encontraba sola, me daba de puntapiés y corría; yo era capaz de matarlo al ver que, a mis llantos, era de los primeros en ir a mi lado; acariciándome uno de los brazos, me preguntaba, con su voz hipócrita: «Qué es lo que te ha pasado, hijita.» Yo me callaba, no sé bien por qué; pero una vez no pude ya soportarlo y le contesté, queriendo latiguarle con mi rabia: «Tú me pateaste en este momento y corriste, hipócrita.» Pero como mi padre era un hombre serio y aparentaba delante de todos quererme, y le habían visto entrar sorprendido, y, por último, merecía más crédito que yo, todos me miraron, abriendo mucho la boca y se vieron después las caras; un momento después, al retirarse, oí que mi padre dijo en voz baja: «Tendremos que mandar a esta pobre niña al Hospicio; yo desconfío de que esté bien de la cabeza; el doctor me ha manifestado también sus dudas. Caramba, caramba, qué desgracia.» Al oír esto, quedé absorta.

No me daba cuenta de lo que podía ser un Hospicio; pero por el sentido de la frase comprendí que se trataba de algún lugar donde se recluía a los locos. La idea de separarme de mis padres no era para mí nada dolorosa; la habría aceptado más bien

con placer, ya que contaba con el odio del uno y la compasión de la otra, que tal vez no era lo menos. Pero como no conocía el Hospicio, no sabía qué era lo preferible; este se me presentaba algunas veces como amenazador, cuando encontraba en mi casa alguna comodidad o algún cariño entre los criados, que hacían que tomara ese ambiente como mío; pero en otras, ante la cara contraída de mi madre o una mirada envenenada de mi padre, deseaba ardientemente salir de aquella casa que me era tan hostil. Habría prevalecido en mí este deseo de no haber sorprendido una tarde entre los criados una conversación en la que se me compadecía, diciéndome a cada momento «pobrecita» y en la que descubrí además algunos espantables procedimientos de los guardianes de aquella casa, agrandados, sin duda, extraordinariamente, por la imaginación encogida y servil de que hablaban. Los criados siempre están listos a figurarse las cosas más inverosímiles e imposibles. Decían que a todos los locos les azotaban, les bañaban con agua helada, les colgaban de los dedos de los pies, por tres días, en el vacío; lo que acabó por sobrecogerme. Fui lo más pronto que pude donde mi padre, a quien encontré discutiendo en alta voz con su mujer, y me puse a llorar delante de él, diciéndole que seguramente me había equivocado el otro día y que debía de haber sido otro el que me había maltratado, que yo le amaba y respetaba mucho y que me perdonase. Si lo habría podido hacer, me hubiera arrodillado de buena gana para pedirselo, porque había alcanzado a observar que las súplicas, los lamentos y alguna que otra tontería, adquieren un carácter más grave y enternecedor en esa difícil posición, hombres y mujeres pudieran dar lo que se les pida, si se lo hace arrodillados, porque parece que esta actitud eleva a los concedentes a una altura igual a la de las santas imágenes en los altares, desde donde pueden derrochar favores sin mengua de su hacienda ni de su integridad. Al oírme, mi padre, no sé por qué me miró de una manera especial, entre furioso y amargado; se paró violentamente. Creo que vi humedecerse sus ojos. Al fin dijo, cogiéndose la cabeza: «Este demonio va a acabar por matarme», y salió sin regresar a ver. Pensé que era ese el último momento de mi vida en aquella casa.

Después de poco, oí un ruido extraordinario, seguido de movimiento de criados y algunos llantos. Me cogieron, y a pesar de mis pataleos me llevaron a mi dormitorio, donde me encerraron con llave, y no volví a ver más a mi grande enemigo. Después de algún tiempo supe que se había suicidado, noticia que la recibí con gran alegría puesto que vino a comprobar una de las hipótesis dulces que contrapesaban y hacían balancear mi tranquilidad, en oposición a otras amargas anunciadoras de un cambio desgraciado en mi vida. 51

Cuando tuve 21 años me separé de mi madre que era entonces todavía una mujer joven. Ella aparentó un gran dolor, que tal vez habría tenido algo verdadero, puesto que mi separación representaba una notabilísima disminución de la fortuna que ella usufrutuaba.

Con lo que me tocó en herencia me he instalado muy bien, y como no soy pesimista, de no haberme ocurrido la mortal desgracia que conoceréis más tarde, no habría desesperado de encontrar un *buen partido*.

Mi instalación fue de las más difíciles. Necesito una cantidad enorme de muebles especiales. Pero de todo lo que tengo, lo que más me impresiona son las sillas, que tienen algo de inerte y de humano, anchas, sin respaldo porque soy respaldo de mí misma, y que deben servir por uno y otro lado. Me impresionan porque yo formo parte del objeto «silla»; cuando está vacía, cuando no estoy en ella, nadie que la vea puede formarse una idea perfecta del mueblecito aquel, ancho, alargado, con brazos opuestos, y que parece que le faltara algo. Ese algo soy yo que, al sentarme, lleno un vacío que la idea «silla» tal como está formada vulgarmente había motivado en «mi silla»: el respaldo, que se lo he puesto yo y que no podía tenerlo antes porque precisamente, casi siempre, la condición esencial para que un mueble mío sea mueble en el cerebro de los demás, es que forme yo parte de ese objeto que me sirve y que no puede tener en ningún momento vida íntegra e independiente.

Casi lo mismo sucede con las mesas de trabajo. Mis mesas de trabajo dan media vuelta —no activamente se entiende, sino pasivamente—; así que su línea máxima es casi una semicircunferencia, algo achatada en sus partes opuestas: quiero decir que tiene la forma de una bala, perfilada, cuyo extremo anterior es una semicircunferencia. Una sintetización de la mitad del Mar Adriático, hacia el golfo de Venecia, creo que sería también sumamente parecida a la forma exterior de las tablas de mis mesas. El centro está recostado y vacío, en la misma forma que la ya descrita, de manera que allí puedo entrar yo y mi silla, y tener mesa por ambos lados. Claro que podía obviar la dificultad de estas innovaciones con sólo tener dos mesas, entre las cuales me colocaría; pero ha sido un capricho, que tiende a establecer mi unidad exterior magníficamente, ya que nadie puede decir: «Trabaja en mesas», sino «en una mesa». Y la posibilidad de que yo trabaje por un solo lado me pone en desequilibrio: no podría dejar vacío el frente de mi otro lado. Esto sería la dureza de corazón de una madre que teniendo un pan lo diera entero a uno de sus dos hijos.

Mi tocador es doble: no tengo necesidad de decir más, pues su uso en esta forma, es claramente comprensible.

La diversidad de mis muebles es causa del gran dolor que siento al no poder ir de visita. Sólo tengo una amiga que por tenerme con ella algunas veces a mandado a confeccionar una de *mis sillas*. Mas, prefiriendo estar sola, se me ve por allí rara vez. No puedo soportar continuamente la situación absurda en que debo colocarme, siempre en medio de los visitantes, para que la visita sea de yo-entera. Los otros, para comprender la forma exacta de mi presencia en una reunión, de sentarme como todos, deberían asistir a una de perfil y pensar en la curiosidad molesta de los contertulios.

Y este dolor es nada frente a otros. En especial mi amor a los niños acaba por hacerme llorar. Quisiera tener a alguno en mis brazos y hacerle reír con mis gracias. Pero ellos, apenas me acerco, gritan asustados y corren. Yo, defraudada, me quedo en ademán trágico. Creo que algunos novelistas han descrito este ademán en las escenas últimas de sus libros, cuando el protagonista, solo, en

la ribera (casi nunca se acuerdan del muelle), contempla la separación del barco que se lleva una persona amiga o de la familia; más patético resulta eso cuando quien se va es la novia.

En casa de mi amiga de la silla conocí a un caballero alto y bien formado. Me miraba con especial atención. Ese caballero debía ser motivo de la más aguda de mis crisis.

Direé pronto que estaba enamorado de él. Y como antes ya he explicado, este amor no podía surgir aisladamente en uno sólo de mis *yos*. Por mi manifiesta unicidad apareció a la vez en *mis lados*. Todos los fenómenos previos al amor, que aquí ya estarían demás, fueron apareciendo en ellos idénticamente. La lucha que se entabló entre mí es con facilidad imaginable. El mismo deseo de verlo y hablar con él era sentido por ambas partes, y como esto no era posible, según las alternativas, la una tenía celos de la otra. No sentía solamente celos, sino también, de parte de mi yo favorecido, un estado manifiesto de insatisfacción. Mientras yo-primería hablaba con él, me aguijoneaba el deseo de yo-segunda, y como yo-primería no podía dejarlo, ese placer era un placer a medias con el remordimiento de no haber permitido que hablara con yo-segunda.

Las cosas no pasaron de eso porque no era posible que fueran a más. Mi amor con un hombre se presentaba de una manera especial. Pensaba yo en la posibilidad de algo más avanzado: un abrazo, un beso, y si era en lo primero venía enseguida a mi imaginación la manera cómo podía dar ese abrazo, con los brazos de yo-primería, mientras yo-segunda agitaría los suyos o los dejaría caer con un gesto inexpresable. Si era un beso, sentía anticipadamente la amargura de mi boca de ella.

Todos estos pensamientos, que eran de *solidaridad*, están acompañados por un odio invencible a mi segunda parte; pero el mismo odio era sentido por esta contra mi primera. Era una confusión, una mezcla absurda, que me daba vueltas por el cerebro y me vaciaba los sesos.

Pero el punto máximo de mis pensamientos, a este respecto, era el más amargo... ¿Por qué no decirlo? Se me ocurrió que alguna vez podía llegar a la satisfacción de mi deseo. Esta

sola enunciación da una idea clara de los razonamientos que me haría. ¿Quién yo debía satisfacer *mi* deseo, o mejor *su* parte de *mi* deseo? ¿En qué forma podía ocurrírseme su satisfacción? ¿En qué posición quedaría mi otra parte ardiente? ¿Qué haría esa parte, olvidada, congestionada por el mismo ataque de pasión, sentido con la misma intensidad, y con el vago estremecimiento de lo satisfecho en medio de lo enorme insatisfecho? Tal vez se entablaría una lucha, como en los comienzos de mi lucha, como en los comienzos de mi vida. Y vencería yo-primeramente como más fuerte, pero al mismo tiempo me vencería a mí misma. Sería sólo un triunfo de prioridad, acompañado por aquella tortura.

Y no sólo debía meditar en eso, sino también en la probable actitud de él frente a mí, en mi lucha. Primero, ¿era posible para él sentir deseo de satisfacer mi deseo? Segundo, ¿esperaría que una de mis partes se brindase, o tendría determinada inclinación, que haría inútil la guerra de *mis* yos?

Yo-segunda tengo los ojos azules y la cara fina y blanca. Hay dulces sombras de pestañas.

Yo-primeramente tal vez soy menos bella. Las mismas facciones son endurecidas por el entrecejo y por la boca imperiosa.

Pero de esto no podía deducir quien yo sería la preferida.

Mi amor era imposible, mucho más imposible que los casos novelados de un joven pobre y oscuro con una joven rica y noble.

Tal vez había un pequeño resquicio, pero ¡era tan poco romántico! ¡Si se pudiera querer a dos!

En fin, que no volví a verlo. Pude dominarme haciendo un esfuerzo. Como él tampoco ha hecho por verme, he pensado después que todas mis inquietudes eran fantasías inútiles. Yo partía del hecho de que él me quisiera, y esto, en mis circunstancias parece un poco absurdo. Nadie puede quererme, porque me han obligado a cargar con este mi fardo, mi sombra; me han obligado a cargarme mi duplicación.

No sé bien si debo rabiar por ella o si debo elogiarla. Al sentirme *otra*; al ver cosas que los hombres sin duda no pueden ver; al sufrir la influencia y el funcionamiento de un mecanismo complicado, que no es posible que alguien conozca fuera de mí, creo

que todo esto es admirable y que soy para los mediocres como un pequeño dios. Pero ciertas exigencias de la vida en común que irremediablemente tengo que llevar y ciertas pasiones muy humanas que la naturaleza, al organizarse así, debió lógicamente suprimir o modificar, han hecho que más continuamente piense en lo contrario.

Naturalmente, esta organización distinta, trayéndome usos distintos, me ha obligado a aislarme casi por completo. A fuerza de costumbre y de soportar esta contrariedad, no siento absolutamente el principio social. Olvidando todas mis inquietudes me he hecho una solitaria.

55

Hace más o menos un mes, he sentido una insistente comezón en mis labios de ella. Luego apareció una manchita blancuzca, en el mismo sitio, que más tarde se convirtió en violácea; se agrandó, irritándose y sangrando.

Ha venido el médico y me ha hablado de proliferación de células, de neo-formaciones. En fin, algo vago, pero que yo comprendo. El pobre habrá querido no impresionarme. ¿Qué me importa eso a mí, con la vida que llevo?

Si no fuera por esos dolores insistentes que siento en mis labios... En mis labios... bueno, ¡pero no son mis labios! Mis labios están aquí, adelante; puedo hablar libremente con ellos... ¿Y cómo es que siento los dolores de esos *otros* labios? Esta dualidad y esta unicidad al fin van a matarme. Una de mis partes envenena al todo. Esa llaga que se abre como una rosa y cuya sangre es absorbida por mi otro vientre irá comiéndose todo mi organismo. Desde que nací he tenido algo especial, he llevado en mi sangre gérmenes nocivos.

...Seguramente debo tener una sola alma... ¿Pero si después de muerta, mi alma va a ser así como mi cuerpo...? ¡Cómo quisiera no morir!

¿Y este cuerpo inverosímil, estas dos cabezas, estas cuatro piernas, esta proliferación reventada de los labios?

¡Uf!

56 **El cuento**

Existen en la actualidad asuntos importantísimos de explotación sociológica y política: lo de Marruecos, los sistemas de colonización francesa y española, el gran problema de las finanzas, la identidad de la Europa feudal y la América colonial, la difícil cuestión de la procedencia de los primeros habitantes de este continente, y muchísimos más. Pero creo que brilla sobre todos la eterna nueva y eternamente vieja *opinión pública*.

¡La opinión pública, freno de gobernantes y único timón seguro para conducir con buen éxito la nave del Estado! ¡La opinión pública, morigeradora de las costumbres políticas, de las costumbres sociales, de las costumbres religiosas!

Supongamos que pudiera existir un hombre que participe sincera e idénticamente de estas ideas. Luego este hombre debe llamarse Francisco o Manuel y estar a la media edad, entre gordo y flaco, entre barbudo y no barbudo.

Este don Francisco o don Manuel, tiene que ser pequeño, de párpados con bolsas, usar *jaquet* y detestable sombrero.

Andará lentamente, blandiendo el bastón y moviendo las caderas.

Solterón y aburrido, deberá tener una amiga que fue amiga de todos, conquistada a fuerza de acostumbramiento, y a quien cualquier mequetrefe pudo llamar:

—Pst. Pst... (etcétera).

Esta amiga —Laura o Judith— tendrá cualquier nariz —pongamos aguileña—, cualquier cabello —canela—, cualesquiera ojos —pardos—, y será larguirucha y voluntariosa.

Puede vivir al cabo de una calle sucia.

Puede tener amigas muy alegres con quienes celebrar sesiones animadas, que salpicarán el cuento como el lodo un vestido nuevo, al manotazo de un caballo en una charca.

El pequeño sociólogo, ¡oh maravilla!, tendrá que ir dos veces por semana al cabo de la calle conocida y dará vueltas junto a la puerta, mirando a todos lados, azorado, procurando evitar un mal encuentro. Cuando le arroje a la ventana la piedrecilla del silbido, ella hará gruñir los cristales y le contestará con la rabia de sus ojos.

57

Naturalmente, ella debe divertirse a costa de él, aunque *con* él no le sea posible divertirse.

Y como el sociólogo no tendrá mal olfato, y como casi nunca sabrá lo que decir, ha de toser un poco enojado.

—Oye, Laura —o Judith—, yo creo que aquí no has estado sola. Dime de quién es esa colilla.

Ella lo aplastará con el silencio.

Entonces, el sociólogo, acoquinado, tendrá que callar también un rato.

Después de ese rato:

—Bueno, Laura —o Judith—, no seas así. Parece que yo viniera a pedirte... por caridad. Anoche has estado con uno de mis amigos y él me lo contó, sin saber que...

Gran reacción:

—Ve, animal: ya no puedo aguantarte más tus cochinadas. Si vienes otra vez con esas, ¡te rajo la cabeza!

Pensamiento:

«Si esta mujer me raja la cabeza, ¿qué diría la opinión pública?»

**¡Señora!**

—Usted fue, sí, usted fue.

—¿Señora...?

—Le digo que fue usted, no sea sinvergüenza.

—Pero... ¡señora!... perdone: no sé de lo que se trata.

—¡Ah! Cínico... Devuélvame enseguida lo que ha cogido.

El hombre sintió un crujido en el armatoste de su buen juicio y se quedó viendo la cara de la rabiosa con ojos desenchajados.

—¿Fue usted quien estuvo sentado junto a mí en el Teatro?

—...Sí, señora; así me parece...

—Entonces, ¿qué hizo de mi saquito de joyas?

—Pero, ¿qué saquito de joyas?

—¡Oh! Esto es demasiado. Y ¡claro!, no podía ser de otra manera. ¡A lo que hemos llegado! Usted se va conmigo, jovencito, y no diga nada porque no quiero hacerle tomar un chasco. ¡Se ha de creer que sea yo quien sienta vergüenza antes que él!

En la comedia moderna, el automóvil es un personaje interesantísimo; así es que se acercó un automóvil.

—A la policía.

Anonadamiento. «¿Estoy yo loco o está ella loca? ¿Sueño o no sueño? ¿Qué es lo que me pasa? ¿Soy ladrón o no soy ladrón? ¿Existo o no existo?» Alto grado de estupidez.

—¡Pero, señora!

—¡Vuelve usted con lo mismo! No me va a ser posible entenderme con usted. Ya se lo he dicho. Lo que tiene que hacer es devolverme lo que ha cogido y no venirme con lamentaciones. Nada de esto hubiera pasado si usted me habría devuelto eso enseguida. ¿A qué vienen sus fingimientos?

—Se lo juro, señora: no sé qué es lo que usted me reclama.

—¡Cállese! ¡Cállese! Me va a hacer encolerizar. Tengo convencimiento de que fue usted y por eso hago lo que hago. Y no sé bien por qué procedo así. A pesar de la monstruosidad que acaba de cometer, me ha simpatizado; si no, estuviera ya en la Policía y vergonzosamente. Pero por algo noto que es una persona decente y estoy segura de que no sufrirá el bochorno de las investigaciones.

59

Policía.

—Vea, joven, por Dios, devuélvame el saquito. Son joyas valiosísimas y es lo único que tengo. Figúrese usted lo que me va a decir mi marido cuando venga. ¡Ah! Y todo por la ausencia de él... Lo que me va a decir cuando venga. Vea, joven, compadézcame...

—Bueno, diablos, ¿qué es lo que pasa? Le he dicho que no tengo nada suyo. ¿Entiende usted?: No tengo na-da su-yo. Ya estamos en la Policía. Siga, señora.

—No, no baje; no se moleste. Yo no quiero hacerle quedar mal. Caramba, caramba. Calle usted. No, no; esto no puede ser. Yo sé que usted se compadecerá de mí, siga a casa.

—¡Maldición!

Y estupidez definitiva: «¿La mato o no la mato? ¿Estoy loco o está loca? ¿Qué hora es? ¿A dónde voy? ¿Hay un amigo tras la noche o un enemigo? ¿Quién es esta mujer? ¿He robado o no he robado? »

—No intente arrojarse... Se estrellaría. Vaya más ligero, Adolfo; más ligero.

Y como el viaje fuera largo, el hombre tuvo miedo.

Brillaban dos ojos de gata.

Naturalmente, empezó a llover.

—No recele de nada. ¿Cree usted peligrosa a una mujer sola, en la noche? Oh, qué niño... No nos lo comeremos a usted. Pero, hable. ¿Por qué no habla? ¿Se le ha secado la boca?

Silencio empedernido. Desfile, ante la imaginación de todos los gestos, actitudes y aptitudes de lo absurdo.

Ya hemos llegado. Tenga la bondad de bajar, joven. No: por acá. No tenga ningún recelo. Fíjese usted en el peligro que le ofrece una mujer sola. Entre. Suba. Caramba, el susto que me ha dado. Yo creí no volver a ver más aquello, que es lo único que tengo. Ay, pero hace un frío terrible. Entre, siéntese (Silencio). Ahora lo que necesito son las joyas. Hágame el favor, joven.

—Pero, señora, ¿qué es lo que pasa? Se lo he repetido hasta  
60 la saciedad: yo no tengo sus joyas.

—Bueno, primeramente dígame por qué me dice señora...

—...Porque así lo parece.

Y la señora rió.

—Caramba, caramba... Perdóneme usted que sea tan molestosa; pero, ya comprenderá... mi situación es de las más difíciles... Ya sabe usted que mi marido está ausente, y puede caerme aquí de sorpresa después de dos, tres, cuatro días... ¿Y qué le diré yo de esas joyas? Como él es un poco celoso, quién sabe qué cosas va a figurarse... ¡Ay, no, Dios mío, si cuando yo pienso en lo que él puede pensar de mí, soy capaz de enterrarme viva...! Perdóneme; yo sé que estoy obrando muy indiscretamente, pero es que ahora no puedo hacer nada bien... Permítame que le exija su abrigo...

La señora buscó inútilmente en todos los bolsillos y lo colocó sobre una silla.

—¡Oh! Pero no vuelva a ponérselo. Aguarde usted. Caramba; pero qué frías tiene las manos. ¿Quiere tomar una copita? ¿Ron? ¿Cognac? ¿Whisky?...

—No bebo nada, señora.

—Uff, qué seriedad... Es de ver al chiquillo. ¿Me perdona un momento? Yo misma voy a traer, porque no quiero despertar a los criados, y ya veremos si rehusa. De paso traeré también un pequeño utensilio para que arreglemos lo de las joyas.

Por fuerza, había dejado de llover.

Miradas rápidas y alocadas. Una ventana baja fue el milagro. Puesto que no había peligro de que se rompiera la osamenta, por allí debía salvarse el hombre —y también el cuentista—, para luego, azorado, hundirse en el camino.

Al ruido de la ventana, es evidente que la señora debió regresar a la sala: y al no encontrar a la víctima, salir a ver presurosamente, hostil, rabiosa, dada a los mil diablos.

Se mesaría los cabellos. Echaría en el lago quieto de la noche, atado al final de su larga mirada exploradora, este volumen:

—¡Zoquete!

Una honda golpeará el estupor del hombre.

## Relato de la muy sensible desgracia acaecida en la persona del joven Z

El joven Z se matriculó en el año de Patología el quince de octubre de mil novecientos veinticinco.

Puede afirmarse que, primordialmente, el desgraciado joven Z tuvo 3 amigos: A, B y C. C es el cuentista.

Mi nunca bien admirado amigo Z fue un mártir del análisis introspectivo y de su buena voluntad de paciente. Mi amigo Z pudo estudiar la materia íntegra sobre sí mismo, progresivamente, a medida que su ojo hecho de tragedia se comía las páginas del inocente Collet.

Aunque no era tuerto, digo «su ojo» porque es mejor decir «su ojo» que «sus ojos».

Siguiendo el sistema del segundo capítulo de mi RELATO, afirmo que para mi recordado amigo, muy justicieramente desde luego, la letra Z fue la más importante del alfabeto.

Y de conformidad con lo dicho en el tercer capítulo, para perpetua lamentación nuestra, acaeció lo que en estos se refiere:

### *Reumatismo articular agudo*

En los primeros meses de estudio fue asaltado por el peligrosísimo reumatismo articular agudo, un insistente dolor en la muñeca derecha, que mantuvo en constante tensión de ánimo a sus amigos A, B, y C.

Consecuencias autopronosticadas por el espíritu analítico de Z: peligrosísimas afecciones cardíacas. Etiología: la maldición de las habitaciones húmedas. ¿Qué haría Z? Z era el joven más desgraciado del mundo. Las letras del alfabeto estaban óseamente atacadas de indiferentismo. Z podía morir como un perro.

### *Capítulo de lectura prohibida*

63

Atropellada, irrazonada, inexplicablemente, Z, mi inolvidable amigo, tomó vergonzosa infección uretral. ¡La compasión universal sobre Z! Pero todos tienen la compasión acorazada por durilones...

Etiología: conocida pero inefable. Consecuencias: la inminente estrechez uretral. ¿Qué hacer? ¡Oh! ¿Qué hacer? ... En fin, tras los tres meses ir por las boticas en busca de ciertos tubillos para precaver... alguna amargura a los cuarenta años.

### *Hemorroides*

Una pequeña dificultad y consulta empecinada de los textos. Z tuvo una enfermedad gravísima, tenaz, mortificante.

Esta enfermedad mortificante preséntase, según los textos, a partir de los 30 a 40 años, en la mayor parte de los casos. Dejando a un lado lo de «la mayor parte», para seguridad, Z llegó a dudar si estaría entre los 30 y los 40. «Artríticos, *gross mangeurs* (grandes comedores), sedentarios, constipados.» Constipados, constipados... Me consta que mi inolvidable amigo se desconstipó con exquisito aceite, pero no me consta que se haya hecho *petit mangeur*.

### *Várices*

Minúscula dilatación venosa en la cara ántero-externa de la pierna derecha. Decididamente era Z el joven más desgraciado del mundo. ¡Las várices, las várices! Úlceras varicosas, elefantiasis varicosa.

«En habiendo dos causas promotoras de este terrible mal, las causas *profesionales* y las *mecánicas*, una de las dos, irremediablemente, debe haber operado sobre mi organismo. La prolongada posición vertical... mozo de hotel... ¿He dicho yo mozo de hotel? Pero debo sentarme. ¿por qué estoy parado? Las ligas... ¿por qué me pongo ligas?»

### *Molluscum pendulum*

El profesor ha enseñado a sus alumnos al pobre hombre que tiene *molluscum pendulum*. Una gran bomba al final del raquis. Bomba colgante, badajeante.

En secreto me refirió mi amigo Z que todas las noches se llevaba la mano «al sitio», tembloroso, presintiendo encontrarse de improviso con la gran bomba que le vapulearía los muslos.

### *Taquicardia paroxística esencial*

Pero todo eso es nada. Z compró definitivamente la muerte, en la «Universal» y por el cómodo precio de veinticinco sucres, en forma de un aparatillo con tripas. Un aparatillo que lleva el corazón del paciente a las orejas del experimentador.

Son curiosas estas curvas prolongadoras, establecidas entre la víctima y un hombre cejijunto. Z fue víctima y hombre cejijunto, de manera empecinada.

Tenía un sillón cómodo. Y he aquí el proceso criminal del sillón, los libros y el fonendoscopio, operantes sobre la desgracia de mi amigo: al entrar, a pesar de todas las apariencias, era el sillón quien se posesionaba de su cuerpo. La mano derecha a la muñeca izquierda para contar las pulsaciones de la arteria radial. Luego la misma mano al corazón: temblores, ansias; atropellado crujir de botones y el fonendoscopio sobre el sístole y el diástole, mientras la víscera llama al tabique pectoral con la misma llamada de una mano insistente sobre una puerta cerrada. Hay que comprender la rotación progresivamente acelerante del ritmo en la corriente establecida entre la caja Bianchi y el cerebro, por

intermedio de las tripas y los conductos auditivos. Como un aro impulsado sistemáticamente hasta la pesadilla.

Hay que comprender las funciones del gran simpático y el neumogástrico, el paro forzoso. La vida en un punto.

Hay que comprender nuestra estupidez ante la visión de la nada.

Y como esto estaba muy bien meditado por Z, su corazón llamaba tan imperiosamente como el amo que se quedó en la calle, en noche lluviosa, a su puerta. 65

Siempre el fonendoscopio avisarando la muerte del neumogástrico

tac,

tac,

TAC

mientras Z enrojece, se le saltan los ojos, se le paran los pelos.

Hasta que el gran golpe definitivo rompió la pared torácica y la punta cardíaca salió a mirar la caja Bianchi, atrayente por el hilo que tiraba desde el cerebro de la víctima cejijunta.

Una lágrima... (¿Una lágrima?... ¡Oh!: así lo ponen en las coronas fúnebres) Una lágrima sobre los huesos de mi amigo.



*Débora*



*Después de todo:*

*a cada hombre, hará un guiño la amargura final. Como en el cinematógrafo —la mano en la frente, la cara echada atrás—, el cuerpo tiroides, ascendente y descendente, será un índice en el mar solitario del recuerdo.*



has sido mi huésped durante años. Hoy te arrojo de mí para que seas la befa de los unos y la melancolía de los otros.

Muchos se encontrarán en tus ojos como se encuentran en el fondo de los espejos.

Como eres hombre, pudiste ser capataz o betunero.

¿Por qué existes? Más valiera que no hubieras sido. Nada traes, ni tienes, ni darás. Algunos inflan el pecho, y no quieren saber que lo han inflado con el viento del vecino. Todos han inflado su pecho con el viento de sus vecinos, y después, muy serenamente, han cruzado los brazos bajo las costillas falsas, como diciendo, «¿quiénes son esos granujas?».

Es verdad que eres inútil. Pero te sostiene la misma razón que a Juan Pérez y Luis Flores. He puesto frente a frente

*El vacío de la vulgaridad*  
y  
*La tragedia de la genialidad*

y veo que te conviene más lo primero. Siendo ridículo, corresponde a tus valores el signo matemático – (ridículo), en contraposición al enorme + que ahogará a los martirizadores por aquella tragedia.

A los geniales les atraganta el momento genial como el bolo a los atragantados.

Es por esto que eres vulgar. Uno de esos pocos maniqués de hombre hechos a base de papel y letras de molde, que no tienen ideas, que no van como una sombra por la vida: eres teniente y nada más.

Creyeron que esos maniqués, viviendo por sí debían recibir una savia externa, robada a la vida de los otros, y que estaba sobre todo la copia de A o B, carnales y conocidos. Tanto que Edgardo, héroe de novela, alma en pena, olisquea las maderas olorosas de los tocadores, llama a la alcoba de las doncellas e infla el velamen del deseo entre las sábanas de lino. Edgardo, héroe de novela, martirizado por la perpetuidad de las evocaciones, alguna vez amanecerá colgado a la ventana del gregarismo, finalizado por la escala de seda del desprecio. Sólo quedará el fanteche inventado, huyendo cada vez más, sediento de la revelación.

Pero el libro debe ser ordenado como un texto de sociología y crecer y evolucionar. Se ha de tender las redes de la emoción partiendo de un punto. Este punto, intimidad nuestra, pedazo de alma tendido a secar, lo enfoco hacia los otros, para que sea desencuadrado en un descanso dominical, o desdeñosamente rueda sobre una mesa descompuesta o en el atiborramiento de la mesilla de noche.

¿Y cómo te dejo, Teniente? Ya arrancado de mí volitivamente, tengo prisa por la pérdida. Ante una amenaza definitiva e indispensable, surge la espera de la amenaza, y es tan fuerte como la espera de la novia.

Quiero verte salido de mí. Sin la ilusión visual de la niñez, no pasarás la mano ante tus ojos, creyendo encontrar a diez centímetros de la pupila todo el mundo real atemorizador.

Ir, cogidos de los brazos, atento al desarrollo de lo casual. Hacer el ridículo, lo profundamente ridículo, que hace sonreír al dómene, y que congestionado dirá, «¿Pero qué es esto? Este hombre está loco».

—Ve —alargando mi brazo y con el indicador estirado.

Y mientras ves, alejarme de puntillas, haciendo genuflexiones, horizontalizando los brazos para guardar el equilibrio...

Solo.

—Buenos días, mi capitán.

—Buenos días, teniente.

Y las manos a las viseras, en forma perpendicular.

(Estoy bajo la acción de toxinas tricocefálicas).

Bien rectos, las corvas arqueadas, el pecho alto: recuerdos de estampas prusianas.

Fuertes los golpes de los tacones sobre las piedras y largos los pasos, piensan en la probable potencia de un puñetazo bien sentado. Cómo se siente el influjo psíquico de las puntas afiladas y repiqueteantes. Puede ponerse: el peligroso apoyo moral de las armas acentúa en forma magnífica el vigor de los muslos. Esta receta sería insuperable para los que buscan mujeres gordas.

73

Teniente, has hecho de tu alma una hornacina para la faz grave de la madre.

Y debiendo partirse de ti, zarpan del estático momento interior las carabelas del recuerdo.

Tiempos de escuela:

Bajo la vigilancia oblicua de los frailes, rangos apiñados de niños en espera del momento de salida. La «chasca» —cuya persistencia en el cerebro impresionable evocará más tarde el grito de «¡Alto!» en la Academia—, la chasca del Maestro mandaba al silencio. Y al estallar la risa fugitiva de algún chico, el lego director —recién bebido de sulfato de sodio—:

«¡Pasa tú! ¡Pasa tú!»

A recibir el castigo de la «pared».

Todo aquello brumoso, sólo fijo las piernas blancas y redondeadas del escolar castigado. ¿Por qué esta reminiscencia aislada e inútil? Al escolar, el Teniente tiene que ponerle una cara semi-avejentada, vista después, porque la primera se le quedó olvidada en algún rincón del cráneo. Lo que no olvidó, las piernas (¿pero por qué las piernas?), asusta al Teniente como un chispazo inesperado del Catecismo, «¿Cuál es la señal del Cristiano? —La señal del Cristiano es la Santa Cruz».

Y ese mismo rango, otro momento de los tiempos pasados:

Por algo, que ya no sabrá nunca, recibe en el vientre un golpe que le hace estirar la cara y le deja «seco», término preciso de la infancia. El Teniente responde con otro golpe, que deja también «seco» a su enemigo. Me figuro las fachas pálidas de los granujas y sus esfuerzos por alcanzar la serenidad, en guarda de quedarse

«en la pared». Ahora, atropelladamente se la busca, en guarda de quedar «de granujas».

74 En el lugar común de una velada familiar, sobre los ladridos de la sala, frotaba los pedacitos de clavos que se arranca de las herraduras. Mi abuelo, que heredó la herrería de su hijo muerto, me había dicho que para hacer brillar aquellos fierros herrumbrosos era necesario frotarlos en los ladrillos. Ante mi empeño, bajo el sofá largo, me miraba el fantasma. Un fantasma acurrucado, floreado al rojo, que fue luego perseguido con largas varas de duda por las tías. Grité y me emocioné —la emoción es ahora para mí METRO GOLDWIN PICTURES, porque no he logrado observar otra emoción, y se parece a un insistente columpio de pecho—. Todavía existe para mí ese fantasma, que me mira desde adentro, donde lo llevo.

«Después fue en el dormitorio, cuando aún no se encendían las luces y ya hacían falta. Sería porque me ordenaban acostarme temprano o porque estaba enfermo. La cama se había posesionado de mí: se repetía tanto esta posesión que ahora la odio, con el horror al vacío. La hermana de mi madre, manchón desdibujado salió, llevándose, al transponer la puerta, un poco de luz. Fue de nuevo en el cuarto y sin estar enferma la vi como un báculo. Larga y arqueada, oprimiéndose el vientre, apaciguando algún dolor. Cuando hablé en voz alta me contestó de afuera.

Hoy he compuesto una canción:

*Salió mi tía  
Entró mi tía...*

Y ella, alta mancha oscura, agranda, casi sobre mis pupilas, el triángulo amargado de la boca.»

Toda esa vaciedad golpea la frente del hombre.

¿Quién me dice que toda esta bruma, como manos, no hizo la cara que tiene hoy?

Las piernas redondeadas le alargaría la nariz olfateante; el golpe en el vientre le robaría los músculos; el fantasma le alboro-

taría el pelo; la tía que entró y no entró le dejaría un hueco en el espíritu.

Lo que perturbará el libro con una honda sensación de deseo. Lo desequilibrará con lo indefinido que nos obsesiona algún día; que no podemos llenar; que desasosiega el ánimo; que hace pensar en correr a gatas o en beber aguardiente.

Como todos colman el recuerdo con alguna dulzura, es preciso entrar en las suposiciones, buscando el artificio, y dar al Teniente lo que no tuvo, la prima de las novelas y también de la vida, que trae fresco olor de membrillo. Pero la historia no estará aquí: se la ha de buscar en el índice de alguna novela romántica y así tendremos que unas manos blancas acariciaron unos cabellos rubios y que el propietario de estos cabellos sentía crecer la malicia desde el cuero cabelludo, malicia soñolienta. Este supuesto recuerdo que debe estar en los arcones de cada hombre, hace suspirar al Teniente.

75

Nada nuevo trae, y siendo como todos en el perpetuo imitador social que suspira porque suspiraron los otros: tiene una prima porque los otros la tuvieron. El medio le tiende la acechanza de la igualdad; se le manda rasurarse la barba y definir al Estado: conjunto social que...

«Caramba, no tengo ni medio suelto y están sucios los zapatos.»

Se busca en todos los bolsillos. Sabe que no tiene medio suelto, pero se busca en todos los bolsillos.

«Esa orilla blanca de las enaguas —pasa una mujer—, quiere decir que va buscando novio.»

Pero, ¿por qué piensa en estas cosas? Y claro que las piensa en otra forma mucho más tonta y vacía. En una forma indefinida como el color de un traje viejo. No: mejor como el del que está por hacerse, ya que el pensamiento no ha sido vertido, de manera que es algo, potencial y no actualmente.

«¿De quién será esta casa?»

Ruego una meditación acerca de la inestabilidad mental.

Todo hombre de Estado, denme el más grave, se sorprende cotidianamente con esto:

«Ya es tarde y no he ido una sola vez al water.»

Esta mezcla profana del higiénico mueble que únicamente tiene nombre inglés y los altos negocios, es el secreto de la complicación de la vida. Por esto el orden está fuera de la realidad, visiblemente comprendido dentro de los límites del artificio.

Así, los filósofos, e historiadores, y literatos, cuya labor festoneada, en numerosos semicírculos, trabajan en su línea recta, a  
 76 base de los vértices de esos semicírculos que se cortan, trazan el arco inútil de la vida fuera de su obra y aíslan cada punto aprovechable que después formará, en unión de los demás, el rosario que tiene por alma el hilo del sentido común.

Se populariza el animal de las abstracciones.

Dado un boticario, verbigracia, se le hace vender drogas y presidir las reuniones cuchicheantes del pueblo; sólo esto. Nos olvidamos que le tortura el «ojo de pollo» metido entre los dedos de los pies, y el mal olor de las «arcas» del chico, y el peso exacto de las cebollas compradas por la señora.

Este mismo boticario, al verse los dedos después de una satisfacción orgánica, alguna vez tiene el gesto de aquel a quien hizo traición la consistencia del papel usado; pero piensa, para su descargo, que pudieron verse en el mismo caso Napoleón Bonaparte y San Bartolomé.

Para evitar estas dolorosas claridades se festoneó la obra en la forma antedicha.

Así, el Teniente, sufrió una fuga imaginativa después del lago sugerido por aquella pregunta, y viendo las ventanas de esa casa, de donde intempestivamente podía salir una mujer, recordaba que era un cobarde ya que en un mes antes se llenó su habitación de voces alborotadas que le sacudieron el sueño y habiendo salido encontró que la de enfrente se retorció, echaba espumarajos y sonaba los dientes como cuando se refriega huesos. Era gorda; debido a los pataleos levantaba los vestidos y se le veían las piernas. Dos mujeres la contenían fuerte, procurando abrirla las manos apretadas. Los que estuvieron con ellas se habían ido. Entonces el Teniente se puso pálido y las mujeres dejaron la atención en mantener a la convulsionada dentro de los límites

de la moralidad. Había también una vieja en busca de éter por los rincones y una chica que abría los ojos. Esta vieja y la mujer fea exhalaron sus cuerpos tras un médico. La otra se sintió sola; pero él estuvo trágicamente mudo, aunque la viera a los ojos y ella bajara la cabeza, cómplice en el motivo del mal de su amiga, sorprendida con las manos en el divertimento dudoso.

Lo demás nada importa. Claro que tampoco el hecho; sólo queda en el espíritu del Teniente, amargado por el examen de su situación ante la que pudo establecer con él un lazo afectivo, inevitable por el especial acercamiento que nace cuando dos personas se encuentran en cualquier estado íntimo.

77

La afección emanara: de su posibilidad —se levantaba alrededor de ella un insistente humor amable— de haberse dirigido en otras ocasiones miradas prolongadas; de las mismas circunstancias ya referidas, predisponentes: un hombre entra de improviso en la vida íntima de las amigas que se encuentran solas, después de haberse divertido con otros hombres, y que solicitan la ayuda de aquél, dándole una parte de familiaridad y aceptación.

Además ella franqueaba su ingenuidad: «Fíjese en lo que SON de cobardes. Como ÉL ya la conoce y vio que iban a venirle los ataques se fue en busca del doctor y no regresa»

El SON puede estar sujeto a consideraciones. ¿Excluía al Teniente del denominador común de cobardes? ¿O, este SON, aplicable al género hombres, le colocaba en un sitio especial, íntimo o dudoso, así como entre laicos se habla de los frailes o entre zapateros y sastres de los prestamistas: «son santos», «son buenos», «son malos» «son unos canallas»?

El Teniente lo meditaba, concentrándose, y luego tenía que concentrarse al caso, con toda su condolencia; inquiría y aseguraba: «Parece que ha bebido un poco. Esto hay que evitar. Debe haberle excitado el sistema nervioso. Seguramente le ha sucedido lo mismo otras veces.»

Añadía mas vaciedades, y, dueño perfecto del análisis mas no de la agradable conveniencia, se apenaba de su frustránea cortesía, contra lo que luchaba sin posible triunfo. Tal vez sea más

cercano para el lector el caso igual del borracho que, comprendiendo que obra mal, no logra obrar bien por más que hace.

No dijo nada aquella mujer. Después la había encontrado muchas veces por la calle y el remordimiento le corroía, porque todos la encontraban buena.

No sabía hacer aprovechable una circunstancia llena de facilidades.

78

Desde poco antes estaba empleada en correos. Seguramente, complicaciones con el Ministerio. Toda una lección de amor en ese empleo. Se contentaría en adelante con ir a la ventanilla de correos y ser atendido antes que otros, sin la molestia de dar el nombre. La correspondencia vendría acompañada de una sonrisa socarrona.

Y en tratándose de esto, los ejemplos de mujeres que pasan, marchan haciendo ruido como en un batallón.

La intimidad está apaciblemente llena del anhelo de la mujer. Con ellas, viene el «¿para qué?», o la indiferencia, o el descuido, o el considerarlas, a pesar de que haya llegado el momento propicio, lejanas aun dentro de su proximidad.

Entonces hay que recurrir a la EMPTIO-VENDI TIO, que desmorona la vida insensiblemente.

Esta la lección del amor.

Aquel anhelo insatisfecho hizo nacer la idea de que de una de las ventanas de esa casa, de dueño ignorado, podía surgir una mujer. Mujer de domingo, diversa de las otras, que parece que tuviera la cara lavada en el descanso especial del domingo.

Surge la vertiente imaginativa, a base del supuesto ridículo. —Esto como cualquier otra cosa.

«Si saliera la mujer que espero...»

Me sonrío. ¡Oh, esto va muy bien! La mano a la visera. El golpe cardíaco que es el telón que se levanta ante la alegría. Y he de acercarme para hablarla. ¿Pero qué es lo que le digo?

—Buenos días... Es usted muy linda... ¿Me perdona el atrevimiento de que le diga estas cosas sin ser su amigo?

—¿Por qué va a ser atrevimiento? Estoy encantada, Teniente.

—Usted es muy amable... ¿Ha visto usted qué linda está la mañana?

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Que está muy linda la mañana.

—¡Ah! Sí, muy linda... ¿Pero, por qué no entra?

Entre un momento, Teniente.

—Usted es muy amable...

—Entre...

—¡Oh, esto va muy bien!

79

Y como parece que los viejos han salido, nos sentamos cómodamente. Esta vida es almibarada. La beso y me besa. Sus dientes son pequeñas tazas de té y estoy encantado de pasar mi lengua por el esmalte nuevo. Como le arden las mejillas suavizo mi epidermis en este nuevo hornillo del amor. Se han abierto los claros postigos de sus ojos y le veo el alma asustadiza. ¡Postigos abiertos para mí! (La tendré todas las tardes y mientras fume me acariciará las manos. Será magnífico estar con ella cuando llueva. Si leo, me pasará los dedos por el cabello. ¡La tibia malicia que arranca desde el cuero cabelludo! Es la voluptuosidad que nace del final afilado de los dedos).

Micaela o Rosa Ana.

La vida que se alarga así une las disgregadas partículas del espíritu y distiende los músculos como un descanso bajo la sombra. En el campo es bueno acogerse a la protección de los naranjos. Micaela o Rosa Ana. Mujer de domingo que espero. He de hundir las manos en tu cariño como entre los pliegues de las mantas de lana. Como estoy cansado de la vida inútil, prefiero la picardía de tus ojos. El placer que acelera el impulso cardíaco desinfectará mis pulmones y limpiará mis venas del barro de esta vida nueva.

Así nos acurrucamos y calmo esta secreta sed.

Pero, llega el marido... No; no estará bien que sea casada... aunque tampoco estaría mal. O llegan los padres. ¿Quiénes son los padres? ¡Fuera! Siga este sueño dominical y romántico que también, como la realidad, apaga mi sed. Le compro ricos pendientes para excitar su alegría cinemática. Y el círculo pequeño,

que es casi un punto dulce, de su boca, se aproxima a mis carrillos flacos. Me tiende para estrecharme el muelle templado de sus brazos; se me escurre, rozando sus senos sobre mi pecho, tanto que aviva y exalta esta pasión escondida.

Bueno, todo esto lo he visto en la pantalla; precisamente porque lo he visto, traza esta parábola desde el punto invisible del recuerdo.

80

He visto también la imprescindible complicación amorosa de un tercero; pero no estando mi espíritu apto para la intriga, me imagino este principio de amor un final de film que prolongará en los buenos espíritus la idea de la felicidad. Entonces estaré seguro de mi sonrisa representativa de bienestar y de haber promovido en los demás una igual sonrisa, si ellos no son aventajados y escépticos.

«Dulcemente me deslizo a lo largo de estas paralelas infinitas...»

Y había andado el Teniente más de dos cuadas cuando el golpe del presentimiento llevó sus miradas a la tierra, a poca distancia de sus pies:

Un pequeño papel, sucio, arrugado, como acurrucado en el pavimento.

Más rápido que un profesor de gimnasia sueca, «nuestro» Teniente cogió ese papel, reteniéndolo en la mano apretada.

Después siguió andando, disimulado, interrogando con los ojos si hubo alguien que poseyera su pequeño secreto. Disimulado «como quien no hace nada». No estaba bajo el dominio de su yo el que le diera un fuerte golpe el corazón, de manera que, robándole primero la sangre de la cara, devolviéndosela luego en violenta afluencia, apresurara el ritmo en extraña para los demás y conocida para él taquicardia emotiva. Perdía el control de este caprichoso órgano, cuyo sentido espiritual perdió terreno con el avance del tiempo: cincuenta años antes presidió las actitudes amorosas o los altos grados anímicos de emoción; ahora, hondamente incomprendido, se anima ante bajos cambios de la normalidad. Una vulgar y real alegría que desequilibra todo el sistema circulatorio, por la sola pequeñez de encontrarse un sucre

—papel— entre el polvoriento empedrado de la calle. Aquel pequeño conglomerado azul era una simple deyección bancaria, representante del valor de una serie de necesidades a satisfacer por cien centavos.

Nuestro Teniente se había puesto pálido y rojo como ante una mujer. Porque eso representaba en él un triunfo incalculable, el triunfo del que tuvo los zapatos sucios y el bolsillo vacío.

Entonces, con una lógica de texto, los números ocuparon modestamente su espíritu. 81

Así:

Para betunar los zapatos.....	\$ 0,10
Para ir al cinema.....	\$ 0,60
Para tabacos.....	\$ 0,30

Suman .....\$ 1,00

La sencilla plana de contabilidad formada con exactitud numérica, impresionaba su cerebro en perspectivas, y aunque no se daba exacta cuenta de esto podía ver en primer término los números, bien grabados y gordos; en segundo término las letras, el motivo.

La virtud de las operaciones fue desplazar el sueño sentimental; puedo ahora comparar a este con un poco de agua en un recipiente, aquellas con un cuerpo denso que se hunde y desborda la sentimentalidad.

Y la pensatez obraba tan insistentemente en el infinito fondo imaginativo que la «loca de la casa» dio un salto leonino.

Puede, naturalmente, el hallazgo de una sucre —que en este caso había aparecido como pisando los talones de una divagación amable—, levantar la ambición metálica de un hombre.

El incondicional inevitable:

Así como «Si saliera la mujer...», la loca de la casa puso «Si tuviera un millón de sucres.»

Lo que bastó para que el gato familiar desoville la madeja inagotable.

«Un millón de sucres, bien administrado, es suficiente para hacer llevadera la vida de un hombre. Denme un millón de sucres y suprimo los suspiros. No morirían las amadas. No cantarían el surtidor la monótona canción del agua.

82 Vamos a ver: un millón, al uno por ciento mensual, da un interés de diez mil. Con diez mil sucres tengo para montar una casa regia, llena de... Habría mucho humo y los amigos beberían vinos centenarios. Puedo coleccionar todo lo que se ha escrito sobre la Revolución Francesa.

Bueno, en París, a cinco francos el sucre son cincuenta mil francos. Con cincuenta mil francos... creo que más o menos puede tenerse para lo mismo.»

Una balumba de hombres melenudos.

Oh, sí, en todo caso sería mejor... «Les pesan los vestidos y no saben el momento de alivianarse...» Se lo habían referido y el recuerdo apareció en ese instante.

Será muy cómodo eso de estar alegre, sobre almohadones y al amparo de una temperatura dulce; muchísimo más si afuera hay frío porque la idea egoísta nos da mayor bienestar aparente...»

Entonces se ahogaba en una infinidad de divagaciones, abandonándose, como todos nos abandonamos, a las consecuencias del sueño millonario.

Y la primacía del sueño sobre sus actos le inutilizaba, le debilitaba como un baño caliente. Todo el tiempo estamos pensando en el halago de la riqueza; pero como somos hombres sin energías, descansamos mucho en ese halago, y las necesidades aprietan.

La lotería es lo fácil.

Pero el arco de la vida se herrumbra en el descanso; cuando un momento desesperado levante nuestra voluntad vigorosa para templar ese arco la fuerza de cohesión no será suficiente a contener el estallido. Día lleno de bostezos, molécula disociada.

Debemos acomodar nuestro espíritu para la recepción de los tonificantes: Orison Sweet Marden y el ceñudo Atkinson.

La novela se derrite en la pereza y quisiera fustigarla para que salte, grite, dé corcoveos, llene de actividad los cuerpos flácidos, mas con esto me pondría a literaturizar. Estas páginas desfilan como hombres encorvados que han fumado opio: lento, lento, hasta que haga una nube en los ojos de los curiosos; galope desarticulado por el «ralentive» en las revistas de caballería de Saumur.

Nuestro Teniente quisiera tener, en la realidad, un caballo así, que al dar el salto descomponga sus movimientos en tiempos invariables y desmayados. Sería lo más cómico y distinguido del mundo. Además una manera segura de conquistar la celebridad. Se le conocería en el último rincón y las amigas podrían decirle:

«Ay, qué precioso es su caballo; cada vez que lo vemos nos acordamos de usted» y otras cosas apropiadas.

Pero lo que actualmente necesitaba no era un millón de sucres ni la imagen que tenía de los caballos de Saumur, sino dos mesas más o menos bien y unas cuatro sillas para poner el cuarto con decencia. Si pensara en elegancias sería en comprar una pantalla azul para la luz y unas alfombras «mullidas», colmo del ideal novelesco.

Es preciso suponer que no tuviera hogar y viviera a la barata y al zaguán.

Y la satisfacción de esas necesidades implicaba un desequilibrio presupuestario en el hombre muerto e inactivo, eterno parásito avolitivo. Por lo que la vida le hincaba las garras en el pecho y presionaba sobre él de manera a perfeccionar la fórmula «dejar hacer», causa de la ruina individual.

Al través de la vida mental bullente, desordenada, paradójica, se estiraba el barrio de

### *San Marcos*

cuyo nervio céntrico, calle estrecha, había desarrollado con sus pequeños accidentes diversas disposiciones emotivas. De puntillas sobre la ciudad, su plano sería un cuero tendido a secar. San Marcos: una larga prolongación sobre una inflada rugosidad del suelo. Lo más curioso es su campanario, bajo un tejadillo de zinc, adosado al muro de la iglesia vieja.

Desde el final de la calle se puede ver parte de la urbe:

San Juan

La Chilena

San Blas

en idéntica disposición.

84 Naturalmente, no falta en San Marcos el respectivo cuadro mural. Nadie sabe por qué en este cuadro mural incrustaron un pequeño espejo: se le puede creer un ojo que mira o una claraboya que nos trae la mañana del otro lado. Un santo, como siempre. En esta ciudad las murallas son devotas: no puede evitarse el encontrón de un símbolo. Ejemplos:

La cruz Verde

La esquina de las Almas

La esquina de la Virgen

La Virgen de la Loma Chica

El Señor de la Pasión (sentado a la puerta del Carmen Bajo para que le besen los pies)  
y otros muchos que se me olvidan.

Oh, esto sería muy alegre para la novela en que hubiese luna de miel o, después de una gran tragedia, dulce y pacífico-capítulo:

La ciudad vista de San Marcos había sacado a lucir sus cosas blancas. Especialmente en San Juan había fiesta. La luz de las nueve era una lente que echaba las casas encima de los ojos. Precisamente como en esos paisajes nuevos: los colores claros que aproximan el objeto, voluminoso que tienta a la presión de las manos. Y como este último barrio subía por la loma, la ascensión le daba más carácter de suspensibilidad: objetos colgados en las grúas de los puertos.

Aquí las novelas traen meditaciones largas: por ejemplo —y sin dudas más apropiado— el considerar aquellas veinte mil alegrías mañaneras cobijadas bajo los techos rojos. Chicos y madres jóvenes; abuelos rosados; pan fresco en el desayuno; alguna que otra caricia para hacer más amable el tiempo; tranquilos bostezos de descanso a la cola del trabajo semanal.

Si hubo anterior emoción erótica: turbulenta suposición de la infinitud de orgasmos que se perpetrarían, más feroces si

menos impunes. Aquí el ambiente es cálido y lógica la visión de muchos ojos desmayados por el bregar de la noche.

Pero si acaeció el zarpazo de la economía se tendrá la colérica imagen de hombres escuálidos de hambre, de caras amargadas por el egoísmo, celos y rabia; se oirá el gutural ruido: «¡pan!, ¡pan!».

El Teniente, olvidado de la novela hasta parecer insensible es una tabla rasa en la que nada escribió la emoción. Se sentía algo satisfecho, nada más. Y gozaba de la frescura. Recordó: «La mañana era tan clara que daban ganas de correr, saltar y aun de sentirse feliz. Abrió la ventana y el aire le produjo un alivio. Respiró a plenos pulmones..., etc.» Y respiró a plenos pulmones, debido a esta sugestión del recuerdo. También él. Claro, se nos clava la vieja frase del libro y el aire nos produce un beneficio hasta literario. Sucede que muchas veces nos emocionamos porque llega el caso de atender a la emoción adquirida en una pagina y que la tenemos guardada hasta que circunstancias análogas la revelan como si fuera muy nuestra.

85

Respiró a plenos pulmones y guardó las manos en los bolsillos del pantalón. Guardó las manos... esto tiene entonación de prestamista, pero fue así. Hay que ponerlo porque nos da el carácter hombre.

Una idea súbita: un militar no debe llevar las manos en los bolsillos. Sacó las manos de los bolsillos.

Abundancia naturalista: se hurgó las narices con el dedo meñique. Es un detalle nimio; pero lo primero es la observación.

Dio media vuelta y desanduvo la calle.

—Hola, Teniente B.

Casualmente, he aquí el tipo que puede hacer una narración.

«Traído del cabello», pero hemos de confesar que no existe un hombre que no haya sido traído del cabello.

El Teniente B es un amigo de nuestro Teniente

Se dieron las manos.

—¿Qué tal?

—¿Qué tal?

—¿Qué es de su vida?

—Bien, ¿y tú?

Etc.

—Oye lo que me pasa.

—¿ ?

Tenía los ojos del buen tiempo.

—Ayer estuve con ella.

—¿Sí? Cuenta.

86

He de poner a los lectores al corriente de lo anterior. Ella —perdón por el desconocimiento de la facultad penetrativa— era una mujer que mantenía con el Teniente B asuntos amorosos. Una comprensión visual. Empezó con el tiempo, porque el amor es eterno. Saludaban y sonreían. Ella se casó con un abogado de color. Buen negocio. Un cualquiera, una cualquiera; pero él era jurisconsulto. Por supuesto, se da como sentado la bellaza de ella. Magnífico óvalo; color admirable; ojos negros y movediza picardía.

Este es, refaccionado por «la literatura», el relato del Teniente B:

El día de ayer lo pasé de mal humor hasta las cuatro de la tarde (interesantísimo). A esa hora me dijeron: «Hoy no estará el doctor en casa; dijo que lo esperaba». Imagínate. Me quedé tieso y di una magnífica propina. Después volví a oír, para adentro: «Hoy no estará el doctor en casa; dijo que lo esperaba», y me puse pálido. Me temblaban las piernas. Era la primera vez que recibía una comunicación amorosa de Ella. Cuando los enamorados reciben una esquila (¿por qué, Teniente B?) la leen una y otra vez; yo oía insistentemente la invitación. Esta prolongaba mi receptibilidad auditiva como un buen manjar prolonga su sabor agradable en los órganos del gusto. (Nótese bien que estas cosas nunca las dijo el Teniente B; son un revoco literario, las especies de la mala comida). Tal vez había para dudar un poco; pero conocía muy bien al recadero y me puse la gorra. Las noticias nos ponen más alegres cuando son verbales (otra generalización, se acentúa nuestro modesto sistema novelesco); será porque se establece una especie de complicidad entre la persona que nos las trae y nosotros. La insensibilidad del papel contribuye a disminuir el

placer que debimos sentir, o el dolor en su caso. Esta me parece que es la razón de por qué las noticias trágicas se acostumbra darlas mediante esquelas y las alegres, por el contrario, de viva voz. (¡Páginas inmortales!). «Era tanto mayor mi placer cuanto que días antes la había considerado perdida para mí; su matrimonio era un abismo». Se «apoderaba» de mí aquella forma de alegría que nos hace livianos y nos invita a dar limosnas generosas a los pobres. Pensando en cosas buenas el camino se me hizo corto y cuando menos lo creí estuve en casa. Me esperaba con los brazos abiertos. Figúrate la locura que sería. Nos abrazábamos y besábamos como desesperados. Me daban miedo sus ojos encendidos. Después entramos en un saloncito y nos quedamos ahí hablando cerca de dos horas, muy delicadamente, acordándonos de todo lo que había pasado entre nosotros antes de ahora; y diciéndonos todo lo que nunca nos habíamos dicho. Pobre muchacha, ¡caramba! Es muy buena y tiene los brazos muy blancos. Francamente me daba pena su situación; debe pasar con el marido una vida de demonios. Si hubieras visto su alegría por estar unos momentos conmigo. Pero no acabo todavía; aquí viene lo trágico: estábamos como te cuento cuando oímos unos golpes a la puerta. Nos miramos las caras: éramos unos cadáveres.

—¡Él!

—¡Él!

Y me paré de un salto.

—¿Qué hago?

—¿Qué hacemos?

—Dios mío...

—¿ ?

—Escóndete.

Y salió muy alegre.

Yo fui un reptil bajo el sofá.

Claro, no tenía miedo; pero por ella, por ella.

Después oí voces: hablaba el hermano de él. Oh, me tengo muy conocidas todas esas voces. Un largo silencio afuera, mientras aquí dentro, en el pecho, había una bulla endemoniada.

Vinieron unos pasos menuditos y me pareció ver a la hermana de él, con zapatos de tacones bajos, que buscaba algo. Se me extravió el pensamiento.

—Hola, hola —dijo, encontrándome.

Se atravesó mi corazón en la garganta.

Saqué la cabeza. ¡Era ella! Transformada, pues se había puesto de casa, para demostrarme intimidad.

88 —Ya lo mandé, no te asustes.

Figúrate, hombre, figúrate. Lo del principio. Estábamos que nos comíamos.

Claro que tuve que salir a las ocho porque no fue posible que me quedara. ¡La tarde que he pasado!

Se refregaba las manos y movía los ojos hasta sacarle chispas. Tenía adentro una cuba de alegría como una cuba de vino.

Pero a nuestro Teniente estas narraciones le picaban el egoísmo. Era capaz de moverles los omóplatos como a las molestias de la espalda y hacerle el gesto unilateral que acerca una comisura de la boca a la ternilla correspondiente.

En especial porque el Teniente B era un maniático de la primera persona del singular; a cada momento se le sorprendía: yo soy, yo estaba, yo era, etc., etc., y como al nuestro tampoco le disgustaba la fórmula, no había tiempo para que se entendieran. Entonces: tan amigos, no; a cada uno le instigaba un punto de aversión que quedaba guardado sin decirlo y que, existiendo, no molestaba tanto que pudiera aparecer, por el resarcimiento que proporciona la vecindad de alguien que nos diga algo. Además algunos puntos de contacto, igual número de estrellas e igual vestido, les aproximaba.

Con la carga del amigo al lado —es una carga porque cuando nos encontramos con otro es necesario pensar en las cosas de él a más de las nuestras— siguió ocupando su desocupación. Andar por llenar el tiempo, por esperar que sean las doce (en los demás casos se pondrá otro número), hora capitalísima en la vida de un hombre que no tiene qué hacer, hora del almuerzo; tras la cual se luchará por llenar el tiempo en espera de las siete. El hombre común gira en torno de estas dos horas y todos sus negocios y ope-

razones están en referencia con ellas; así nunca dice «a las dos» o «a las nueve», sino «después del almuerzo», «antes del almuerzo», «después de la comida», «antes de la comida». El tiempo, para nosotros, ha comido una sola vez; el año I de la E. C.

Aunque también el amigo nos distrae y es causa de una fuga concentrativa, perdemos el hilo de lo que obstinadamente teníamos en el cerebro, importante o estúpido, pero obsesivo...

89

Bien: los dos Tenientes hacían tiempo.

Y como dentro de los accidentes de la vagancia puede presentarse cualquier rincón, apareció

### LA RONDA

el barrio clásico de los gimoteos.

Cuando se escribe «La ronda» todos se imaginan una capa española y hasta se ha llegado a pensar en serenatas con guitarras y en palabras hediondas de borrachos. El ojo del puente mira la calle estrecha. Hay un definido sentimiento de lo anacrónico ante la amenaza de un hombre moderno, que pasará haciéndose de lado para que la intimidad de las casas no manche su vestido o lo deje emparedado entre pinturas de esclavos. Ahora el barrio se muere; se viene encima «El Relleno» que modernizará la ciudad, porque algunos se han cansado de las cales antiguas. Y reaccionando contra «El Relleno» se han alineado los gemebundos y los neo-gembundos. Todos están un poco ridículos.

Los gemebundos son legítimamente heridos. Viejos, fieles a lo viejo. Echan una lágrima gorda, y, como niños, se refriegan los ojos con el puño, protestando desconcertadamente contra las manos criminales y profanas que nos roban lo característico de la ciudad. Están sinceramente boquiabiertos ante las deyecciones de los otros siglos. Sin embargo «El Relleno» se viene encima.

Los neo-gembundos son los revolucionarios, del lápiz o de la pluma. Han hecho malabares con las palabras o han torcido las líneas, pero sobre la base de los recuerdos. Estas calles que son como recuerdos les ha desequilibrado el espíritu. Hacen cosas nuevas del motivo viejo, y así están atados a la tradición, manoteando en el aire. Parece que tentaran un desprendimiento y sus

lágrimas son gotas de sudor, arrancadas por el esfuerzo. No comprenden exactamente el disfraz. Pero desdeñan a los gemebundos y les enseñan los dientes. Estos también enseñan los dientes a los neo-gembundus. Oh, qué gloria, todos se enseñan los dientes.

Francamente, no comprendo su emoción.

Habría que averiguar si el suburbio tiene una belleza intrínseca o si la serie ininterrumpida de exclamaciones románticas encaminó a nuestro espíritu a creer que la tiene. Tanto se ha  
90 dicho lo mismo que el primer hombre que se asoma a la esquina —siempre está provisto de «la suficiente dote de cultura»— puede y debe admirarse:

—Oh, esto es una maravilla.

Escondidos tras los postigos de las puertas hay una infinidad de epígonos que, a su declaración, saldrán a batir palmas. Nuestros zaguanes, aparentemente desiertos, están poblados de hongos.

En verdad, puede ser muy pintoresco el que una calle sea torcida y estrecha hasta no dar paso a un ómnibus; puede ser encantadora por su olor a orinas; puede dar la ilusión de que transitará, de un momento a otro, la ronda de trasnochados. Pero está más nuevo el asfalto y grita allí la fuerza de miles de hombres que han bregado por el pan en nuestros días. Y como canta allí, dinámicamente, la canción del progreso; como hay un torbellino de vida, debemos sentirnos mejor en nuestra carrera tras el tranvía que oyendo el eco de las pisadas en el tubo de la calle.

Los neo-gembundus creen en su liberación sin ver que son esclavos del pasado. Somos y no somos porque es muy cómodo el descanso sobre lo que se hizo conquista; así se paga lo que nos dieron y despoblamos el presente. ¡Siempre cara a atrás!

—Oh, esto es una maravilla.

Lo malo está en que nuestra admiración es improductiva y en que si nos dedicamos a revocar lo que se cae, a hacer la limpieza de lo que construyeron, seremos ridículos ante nuestros hijos.

Y dirán de nosotros:

«Los escuderos de nuestros abuelos».

O:

«Los maestros remendones».

Muchos sabios ventrudos de este tiempo trabajan con ahínco, «como negros», por conquistarse el glorioso título de maestros remendones.

Los Tenientes taconeaban por La Ronda.

De la belleza de La Ronda no había para qué preocuparse.

Todo lo más, de estar atentos a una probable sonrisa acogedora que podía iluminar una ventana. 91

Y si les visitó la manía recordativa como a todos los héroes novelescos, despertar la movida aventura occidental, durante el tiempo de la caza de hombres en las comisiones militares. Como aquellas de la costa, en que, cuando los criminales alineados a bordo habían perdido el alcance de la playa, a las primeras claridades, después de atarles hierros a los pies. Maestro Lucés gritaba a voz en cuello:

—Aclarar la boza,

y un marinero tras un hombre esperaban el disparo de la campana, a cuyo aviso un solo golpe resonaba en el mar; el mismo que, las primeras veces, quedaba resonando largo tiempo en el espíritu con la visión tormentosa de los ahogados.

Por lo menos, en esta historia del mar queda alguna sensación transparente: «Maestro Lucés», el hombre que daba la voz, por su denominación en el barco.

Pero se ve todavía un hombre suspendido de un árbol, sometido al suplicio de perder sus falanges y miembros uno a uno, mientras incita su consejo amenazante: «Mátenme, mátenme, que si quedo vivo...»

Y el engaño de dejar huir unos cuantos pasos a los apresados, para tenderlos a tiros en el campo.

Todo esto lo ha visto el Teniente B y pudo referirlo una vez más.

Los Tenientes fueron a comer al Casino; pero, en un momento de despecho, pudieron ir a un restaurant, a perfeccionar el domingo.

Si hubieran ido, pongamos a «El Cóndor» por ejemplo, tendría ya este motivo:

Encontrarían, irremediablemente, a dos hombres del Norte, que conversaban cosas de su pueblo.

—¡Mozo! ¡Mozo! (Esto es de los Tenientes).

Lo posterior es conocido.

Esto también, pero lo pongo:

92 —Ah, me encontré pues con el Antonio, adivina onde ¡Pobrecito!

—¿Onde?

—En el manicomio.

—¡¿Qué, está de loco?!

Estar de loco, como estar de Teniente Político, de Maestro de Escuela, de Cura de la Parroquia. Se puede también estar de bruto sin mayor sorpresa de la concurrencia.

¡Ah! Ahora que hablamos de locos, nuestro Teniente recibió una carta significativa, honda, que puede desquiciar a cualquiera. La recibió hace unos ocho días.

Estaba escrito:

Mi querido señor Teniente.

En la ciudad.

Esta tiene por objeto saludarte y saber de tu familia.

Te contaré que los sirvientes del Sol son para nada. Y nada más.

«Te contaré que los sirvientes del Sol son para nada». «Te contaré que los sirvientes del Sol...» ¿Qué me han querido decir con esto? ¿Por qué han puesto «sirvientes»...? Es del manicomio o mis amigos están de canallas. Ja, ja.

No hace ninguna falta el menú.

Diré algo de la noche, que eriza los nervios de los desocupados. A la noche se la espera como a una visita inevitable a la que hay que hacer inclinaciones de cortesía, la que no nos dice nada, la que nos hace bostezar disimuladamente, la que es el broche de una jornada hastiante.

En efecto, la noche es vacía tras un día vacío.

Como la noche se hizo para mirar las ventanas de las casas, cuando ya se ha hecho esto durante el día es de la más completa inutilidad. Obligado descanso tras el descanso.

Nueva pesadilla de lugares, nos amenaza y estaremos obligados a sufrir su representación ante nuestros ojos.

El Teniente, manos en los bolsillos, hacía tiempo hasta la hora impuesta de «no tener qué hacer». Tal vez en espera del momento iluso en que una novedad imprimiera nuevo ritmo a la vida. La renovación no llega nunca y esta espera es una continua burla a la trama novelesca que nunca daría motivo para un libro si no se pusieran a mentir como descosidos, imponiéndose las suposiciones no como tales sino con una apariencia tal de realidad que engaña al mismo mentiroso.

Ya llega el toque de la muerte. La novel realista engaña lastimosamente. Abstrae los hechos y deja el campo lleno de vacíos; les da una continuidad imposible, porque lo verídico, lo que se calla, no interesaría a nadie.

¿A quién le va a interesar el que las medias del Teniente están rotas, y que esto constituye una de sus más fuertes tragedias, el desequilibrio esencial de su espíritu? ¿A quién le interesa la relación de que, en la mañana, al levantarse, se quedó veinte minutos sobre la cama cortándose tres callos y acomodándose las uñas?

¿Cuál es el valor de conocer que la uña del dedo gordo del pie derecho del Teniente es torcida hacia la derecha y gruesa y rugosa como un cacho?

94 Sucede que se tomaron las realidades grandes, voluminosas; y se callaron las pequeñas realidades, por inútiles. Pero las realidades pequeñas son las que, acumulándose, constituyen una vida. Las otras son únicamente suposiciones: «puede darse el caso», «es muy posible». La verdad: casi nunca se da el caso, aunque sea muy posible. Mentiras, mentiras y mentiras. Lo vergonzoso está en que de esas mentiras dicen: te doy un compendio de la vida real, esto que escribo es la pura y neta verdad; y todos se lo creen. Lo único honrado sería decir: éstas son fantasías, más o menos doradas para que puedas tragártelas con comodidad; o, sencillamente, no dorar la fantasía y dar entretenimiento a los John Raffles o Sherlock Holmes.

¡Embusteros! ¡Embusteros!

Pero no; no tiene importancia. Lo que quiero es dar trascendentalismo a la novela. Todo está bien, muy bien, muy bien. «El arte es el termómetro de la cultura de los pueblos». «¿Qué sería de nosotros sin él, único disipador de las penas, oasis de paz para las almas?».

«Dios es un ser perfectísimo, creador y soberano Señor del Cielo y de la Tierra».

El Teniente, con las manos en los bolsillos, procuraba hacer algo por las calles, como calcular el precio de las casas y contar los sombreros hongos que se ponían a la vista.

Y una idea súbita, ya que somos seres de repetición:

«Un militar no debe llevar las manos en los bolsillos», acompañada de la reacción contra el decaimiento inconsciente de la voluntad: la curvatura de la espalda, la combadura del pecho.

En la noche, una escondida fuerza le ha arrastrado por las calles oscuras.

Se perfila la visión de

*El placer  
y los hombres de ojos brillantes*

Pocos, reconcentrados, siniestros, con la mirada fija en las casas borrachas.

La borrachera de las casas es algo hondo, que no sale pero que se adivina. La constituyen las exaltaciones de adentro. Es evidente que todas ellas deben hacer una gran borrachera, revelada por la iluminación de una ventana con luz de vela o por una risa especial, conocida hasta la saciedad y que va a sacudir el anhelo. Se cree que tras de esa risa irá un palmoteo en el glúteo: sonido ancho, lleno, de carnes gordas.

95

Las luces necesitan unas frases propias: siempre provienen de una vela chorreada, de pavesa masacotuda, y como el viento se entra por las rendijas y los entarimados, en las ventanas titilan, se agachan y gritan. Cuando la fachada está negra, por la puerta de la calle se ve una cuchillada clara en el patio fangoso. Cuchillada que es fija y certera. Desaparece y aparece, conforme la puerta trague o vomite un hombre. Siempre hay alguien que espera las bascas de la puerta. Cuando por excepción no lo hay, debe ser dolorosa la inquietud de adentro.

Los que van por estas calles se agazapan en sí mismos, en espera de la hora necesaria de vergüenza. En los ojos les brilla algo. Yo tengo sobre mi mesa un búho negro, con ojos de cristal amarillo claro. Los que van por estas calles guardan entre los párpados cristales amarillo claro. Empecinados como burros cuelgan el belfo a la hierba del amor en espera del momento de la descarga del deseo.

Si no llegó el momento propicio, tendrán para rumiar su desgracia triste.

Cada ciudadano ha hecho lo mismo. ¡Pobre ciudadanía! Peor para el que no sufrió el acompañamiento que remuerde de las uñas ennegrecidas por la higiene del caso.

La visita a los

### *Barrios Bajos*

daba la exacta significación de estos movimientos incesantes, materiales y espirituales, que dejan un sedimento en el ánimo.

Visitados por la curiosidad al fin traen el milagro del deseo, obligación en contra nuestra que nos perseguirá hasta ser satisfecha.

De un salto, los recuerdos fueron al Teniente. ¡Esas escaleras que llevan la calle afluyente a una puerta negra! Escaleras características, de adobes, y sebosas por las caricias de las manos de los chicos; derrumbadas y maltrechas; oscuras, por donde hay  
96 que subir a tientas; inquietudes porque parece que el crimen está tras la puerta; desvergonzadas, que dan al que las sube un gesto divertido y una coraza contra el asco y la suciedad.

La mugre no impresionará en adelante ni hará enrojecer el encontrón imprevisto con la de todos; antes bien, se le dará la mano en la vía pública por más que la categoría de Ella le haya ensuciado las medias y los salientes encajes de las enaguas. La que hizo temblar por lo flaca, por lo arrugada, por lo verdosa; que tiene un revoco de pintura, como nos dio la exaltación, se nos acostumbrará tanto que dejaremos la decencia por el sabor de la mujer conocida. El sabor de la mujer conocida que se nos ahonda progresivamente, haciéndonos cavilar, proyectar y encender la ilusión. De manera que vacilamos ante otra por el aviso intuitivo del fracaso y porque la primera es tan dócil que se va tras la simple guiñada; no se presenta con ella la carga de la declaración y del trato. ¡La declaración y el trato!

Dentro está todo tan sucio y emocionante. Hay una verdadera agencia de carnes viejas. Muchas camas y muchas voces. No importa que los vecinos charlen y se rían o que haya borrachos hediondos.

—¡Calla, bruto!

Y otras exclamaciones.

Sobre todo emocionan los niños, arrojados como trapos; dormidos, con la piel sucia al aire. Candidatos, candidatos.

Hijo de la habitación trajinada; hija de la agencia humana: tu madre te echará a la calle.

Serás ladrón o prostituta.

De hambre te roerás tus propias carnes.

Algún día te acorralará la rabia y, no teniendo cosa más brutal que hacer, vomitarás sobre el mundo tus desechos. Estará bien que devuelvas el préstamo usuario; deyección de una deyección, que es como el monto en las operaciones de contabilidad.

Después dirán: amor y bondad. ¿Qué amor? ¿Qué bondad?

Claro que andan por allí oleografías santas. Es para ellas su haber de devoción. Cuando el Arcángel Gabriel y el Mártir Sebastián vayan a las traperías, daremos zapatetas. ¡Oh, daremos zapatetas! ¿Pero, por qué el mayor porcentaje de oleografías en los barrios bajos corresponde al Arcángel y al Mártir? No será por la indumentaria, ni por Lucifer, ni por el tronco del árbol. En fin, vayan a saberlo. Será porque el lunes atropellaron a un perro.

97

### *Larí, lará*

El Teniente, camino de Pereira 57 (al zaguán), sintió pasos tras sí y volvió a ver; como no había nadie siguió andando con cuidado. Otros pasos...; entonces tuvo miedo. El que empieza con la inquietud, que hace como que muerde los talones o sopla el frío a la cara. Graduándose, aumentándose, como suavizando el músculo para la carrera. ¡Qué frío! Este soplo es algo molesto; incomoda la espalda y hace encoger los hombros.

«Yo tuve una vez un perro de aguas... En esta oscuridad no se puede ver la hora que es... Ayer de mañana un hombre se ha hecho loco... ¡Si yo me hiciera loco!». Hay aquí una descarga hormigueante que se prolonga desde la cabeza hasta las uñas.

Y cada vez eran sus piernas más ágiles. La puerta la cerró de golpe, con el último temblor, ya librado de los cuernos del diablo o de las costillas blancas del muerto.

Pero después se piensa: «Bueno, ¿y yo por qué tengo miedo?». Claro que por nada, que se sepa. Sólo que su evidencia vapuleó los muslos de manera inmisericorde y nos queda la violenta contradicción cardíaca para erizarnos todavía los pelos.

Dentro parece que terminó el peligro. Sale la casaca con mucho sosiego. ¿De dónde sale la casaca? ¡Oh!

Y como la cama estaba desecha y las sábanas estarían frías y no había allí a quien decirle:

—Hola, ¿qué es de esa vida? ¿Cómo se ha pasado el día? y darle un beso y obtener una que otra caricia, el Teniente, que era esencialmente familiar y casamentero, empezó a dar suspiros: Caramba, si hubiera allí una mujercita.

98 Bueno, después de todo, en resumen, se ha hablado de la espera de la mujer. No tendrá nunca la mujer única, que conviene a nuestros intereses, que existe y que no sabemos dónde está.

### *La espera de la mujer*

Un bostezo. Tras el bostezo, el sueño.

Ahora se me viene una observación que es necesario grabarla:

El cinematógrafo es el arte de los sordomudos.

Hacía algún tiempo leía un libro, lleno de frases modelos:

«La iniquidad siempre triunfa sobre la bondad y la inocencia». Pobre hombre. Cómo se ve que no ha ido al Teatro.

Tengo sobre la mesa dos pipas que no se fuman.

Nubloso, como la llegada del sueño.

Voluntad de la parálisis, descendente, blanda, larga.

¡Ay! —El salto en el lecho, creyendo que se caía. De nuevo la voluntad de la parálisis.

Hasta la hora de la vendimia de los espíritus, cuando en la ciudad han dejado de pensar sesenta mil hombres. Cuando, en la ciudad, el silencio se ha enfumado en la inmovilidad de los cuerpos.

Cuando se ha hecho la tiniebla subjetiva.

(Así, entre paréntesis, vamos a ver el episodio)

### *Tentativa de seducción*

acaecido al tiempo en que es más fuerte la inquietud de la soledad y en que la idea asociativa hace perder la fortaleza de hombre. Hay que tener en cuenta que esta fortaleza es inútil; la debilidad viene al fin, en todo caso, como por atracción de fuerzas contrarias.

Una mujer joven, entrada en carnes. La sobrina de la dueña de la casa. La que el Teniente ha saludado tantas veces en el zaguán; se pone colorada y se le nota más el blanco en los ojos.

La tentativa está sometida a un plan. Cuando comprendió el Teniente la necesidad de la liberación de su tributo a los barrios bajos, se le ha presentado la serie de posibilidades existentes con cada una de las mujeres a quienes desearía. Y descartadas las otras por su dificultad, proyectaba con ésta, que aunque no tenía 99 ningún requisito ideal la suponía más fácil.

Facilidades: ausencia de la tía; disponibilidad de ella porque de su examen externo se comprende bien claro que es boba. Es boba, es boba, es boba.

A la casa no va nadie.

Entonces organizaba el plan. Una resolución de enamorar, sin estar enamorado, derivada de la conveniencia de que una mujer sea nuestra, sin que sea hermosa, ni menos; ya que es más conveniente que el que sea de otro.

Hay que empezar, tarde o temprano: sea ésta la ocasión.

Y se sentía conquistador.

Aquí el recuerdo de que hacía algunos meses, cuando tomó su pieza de arriendo, el que le acompañaba le dijo que tenía unos hermosos ojos y ella se encendió.

Sólo faltaba el día de la visita, retardado por pereza, porque hay que salir a la calle, porque hay que ir al cinema, porque estaban sucios los zapatos, porque no había para rasurarse la barba.

Hasta que se realizó la idea, con buen ánimo; limpiándose muy bien las uñas y perfumándose la boca con chiclets.

No recuerdo si se le había pedido la visita; pero, valiente, llamaba por allí, bien atrás, después de haber atravesado muchos corredores —todas las casas son viejas.

Se le hizo entrar y tomar asiento.

Fotografías en los chineros, fotografías en las paredes, fotografías en las mesas: la madre, la abuela, la tía; el padre, el abuelo, el tío —colorados y mostachudos.

Bueno, la sobrina de esta tía soltera, ¿es sobrina?

Entró la muchacha. Un poco chola y con los pelos gruesos. La carretera de los piojos en la mitad, y con trenzas. Sólo que era exuberante y de boca jugosa.

¡Ah, ese sombrero con que la había visto por la calle!

Pero, con todo, se charló y se charló.

—¿Y cómo se llama su mamita?

Le salían gangosas —a ella— y campanudas las palabras,  
100 como al que no se ha sonado las narices.

Claro que la historia era triste y propicia. Contar que no se la tiene, que también murió el padre. Merecerse un silencio lánguido, y como la tarde estaba entrada, un suspiro como de té.

—Déjeme que le bese la mano.

Inocencia. Estas cosas no se deben pedir.

Es gracioso ese beso de reverencia, fugaz porque él también se había emocionado. Sobre el dorso, un poquito más arriba que en los tiempos antiguos; pero con la misma inclinación de los tiempos antiguos.

Volteando los ojos, hasta el extremo de ver la cara que ponía: colorada, ardiendo de que le besen la mano.

Debe ser, con todo, una alegría.

Salió, sonando las espuelas.

Mi Teniente, aunque esté de amor, siempre lleva espuelas.

Deficiencias y características de la primera sesión:

La distancia. La primera sesión adopta una distancia; por falta de intimidad o por miedo de que nos vean la verdad. No se alcanza a creerlas tan sencillas que no puedan sorprender lo que parece que se lleva escrito. Y cuando se les examina los ojos se tiene la imperiosa necesidad de ponerles un biombo a los nuestros, hasta poderlos cubrir decentemente. El de la soledad es magnífico: en todas partes he leído que se lo confiesa: «yo estoy solo», «tú estás sola». Es una conjugación artera y socarrona. Atrincherados, en espera del blanco para el ataque. La distancia como es fría es inconveniente; pero no puede suprimírsela en los prolegómenos.

Aunque tiene la ventaja de facilitar la tristeza.

La voz campanuda afloja las fuerzas; pero, después de todo, poco importa.

Si ante esa puerta abierta no pasara continuamente la mujer hoyosa de viruelas. Es el cancerbero molesto, con cara celosa como de perro.

Hubo grandes silencios, predisponentes o embarazosos. Bueno es el silencio en una visita de amor...

Pero curiosa esta resolución que fijó de antemano la orientación de los hechos, y la hemos formado infinidad de veces, para congratularnos interiormente del buen éxito y si no hacerle un gesto oblicuo al mal momento.

101

Es boba, con el agravante de la comprobación.

Nos inclinamos a no volver, como si hubiéramos sido defraudados. Pero ata algo igual a un compromiso. Me dijo un amigo de otro tiempo: «Una declaración tiene enormes responsabilidades. Figúrese usted la ilusión que podríamos dejar en una mujer a quien hicimos vislumbrar un afecto. Esto puede ser verdad. Tal vez, mejor, pudo serlo».

Y no lo olvidamos.

Al otro día se le encontrará con los ojos en la labor doméstica. Seguramente estaba esperando.

Fue esta sesión más cordial que la primera. De mayor intimidad. Y ahora me he puesto a pensar si la intimidad establecida de una visita a otra fue obra de la presencia o, mejor, de la ausencia, del intervalo entre las dos que pudo haber sido llenado por la meditación y el riguroso examen de las ventajas y desventajas que implica una amistad.

Sea esto o aquello, hay nuevos lazos tendidos entre los protagonistas. Se dio los primeros pasos hablando de los hombres. ¡Ah, los hombres!, como dicen las muchachas bobas; y como siempre se tiende a la exclusión de la regla, les satisface la galantería. Tienen por delante la probabilidad de la aventura nupcial, primordial idea, a la que no dejan de dar tributo.

—Mi madre se llamó como usted; es un nombre dulce y me suena bien como que es un recuerdo.

Después vendrá el remordimiento de haber mezclado a la madre en un negocio canalla.

Ella se lo agradecía y había que acercar la silla y tentar un rozamiento de sus brazos gordos. Una emoción que se propaga hasta el temblor de las manos. El temblor de las manos en un enamoramiento parece que perdonara la mentira; este exceso nervioso tiene el tinte de una sinceridad virtual.

102

Y como no retiraba los brazos buscaba ya las suavidades del cuello.

—Déjeme que la bese.

—Ah, no, no; en la boca, no: nadie me ha besado hasta ahora.

Casi emocionaba la idea de besarle las manos. ¡En las manos sí! Ja, ja.

Pero como eso no hay que pedir...

¡Ya!

Le ardían las mejillas y al cabo le tendió la boca.

Le tendió la boca como se enseña la taza para que nos pongan el té.

—Nadie me ha besado hasta ahora; le juro que es usted el primero.

Es una frase que se riega, la mayor parte de las veces, como si se hubieran llenado las fauces. La dicen a boca llena y no se las cree, aunque sea verdad.

Siempre están esperando:

—¿Ah, sí? Entonces me caso con usted.

Y la emoción es capaz de dar con ellas en tierra.

Como no dijo aquello queda suspendido el silencio como una duda.

Así termina, desequilibrada, la segunda sesión: pero Ella se cuelga de la esperanza y, como una promesa, le ubica la súplica del regreso.

Al tercer día hay de por medio una ocupación para que se pregunte: «¿Por qué no ha venido?», y se dude, y se lastime el capricho.

Ya dentro de la intimidad, el nerviosismo de las manos vaga por el cuello y avanza hasta la atrevida caricia de los senos, aunque se defienda y arda como la tinta roja de escribir novelas.

Si no fuera preciso que esté esa puerta abierta, por donde llegan las voces de los inquilinos de abajo y los gritos de los chicos...

—Aquí nos pueden ver.

—Sí, es cierto; las cosas que pueden creer...

103

—Oye, ¿quieres hacer una cosa? Veámonos en otra parte.

—No; eso no. ¿Qué quieres conmigo? Eso no lo creas; si quieres, ven acá.

Bueno, caramba. Se ha imaginado que... Si hubiera un poco de paciencia...

—Sabes... no seas así...

[Sigue el lugar común de la discusión].

Precipitado, o poco hábil, o acostumbramiento de la simplicidad del guiño. ¡Qué mal va!

La falta de otro día.

Además la había visto en el cuarto de un antiguo inquilino. Derecho de antigüedad o parentesco. Esto no es lo peor.

Por desilusión le hará la mueca amarga del engañado, del que tiene adentro una pesadumbre.

Hasta que algún día vendrán con su domingo siete:

«Manda a decir que la mesa que tiene usted la han manchado poniendo vasos, y que como no se la dieron así, y que como no es de la casa sino prestada, es su obligación mandarla a charolar».

Vaya, vaya.

### *Teniente*

Tu muerte repentina da un corte vertical en la suave pendiente de los hechos, de manera que en este brumoso deslizamiento me detengo y veo la noche.

Débora está demasiado lejos y por eso es una magnolia. Habríamos ido a verla.

Débora: bailarina yanquilandesa. Dos ojos azules. Sabía dar a los brazos flexibilidades de cuellos de garza.

Imagino que tiene un lejano sabor de miel.

Y por temor a corromper ese recuerdo guardo tu ridículo yo. Todos los hombres guardarán un momento su yo para paladear el lejano sabor de Débora, la que luchará por volver al espíritu cada vez más desmayadamente y a más largos intervalos, como un muelle que va perdiendo fuerza.

En este momento inicial y final suprimo las minucias y difumino los contornos

*de un suave color blanco.*

# *Vida del ahorcado*

Novela subjetiva



## Primera mañana de mayo

107

Ocurre que los hombres, el día una vez terminado, suelen despedirse de parientes y amigos y, aislándose en grandes cubos *ad-hoc*, después de hacer las tinieblas se desnudan, se estiran sobre sus propias espaldas, se cubren con mantas de colores y se quedan ahí sin pensamientos, inmóviles, ciegos, sordos y mudos. Ocurre también generalmente que estos mismos hombres, transcurrido ya cierto tiempo, de improviso se sienten vueltos a la vida y comienzan a moverse y a ver y a oír como desde lejos. Ya cerca, un mínimo número de esos mismos hombres introducen sus pellejos en agua, bufan, tiritan y silban. Luego ocultan todo su cuerpo en telas especiales, dejando fuera sólo sus aparatos más indispensables para ponerse en relación con sus vecinos y abandonan esos grandes cubos, con los párpados hinchados y amarillos.

Ahora bien: en este momento yo he despertado. Fue así de imprevisto, como hacer luz, como apagar la luz. Estiro las piernas, amigo mío, y veo en donde he despertado. Este es un cubo parecido a aquel en que todos los hombres despiertan. Se puede ver aquí medianamente. Ya es de día. Ya es hora de ayer, compañero. Está todo en su sitio.

Pero los párpados vuelven a cerrárseme, pero ya es la hora de ayer.

—Andrés —silba una voz bajita.

Me incorporo de un salto. Escucho. ¿Quién me ha llamado? Aquí no puede haber otra voz que la mía.

Retengo el aliento. Me levanto de puntillas, todos los sentidos abiertos. Es preciso observar, que en este cubo hay algo peligroso.

Venid, entrad, señoras y señores burgueses, señoras y señores proletarios. Entrad vosotros los expulsados de todo refugio y los descontentos de todos ellos. Entrad todos vosotros, compatriotas de este chiquito país. Vos, compatriota obeso; vos, compatriota esmirriado; vos, compatriota de la nariz de salchicha; vos, compatriota empolvado; vos, compatriota romántico; vos, compatriota aburrido; vos, vos, vos.

No haber miedo de no tener sitio. Más bien venid a admirar la capacidad de este cubo de grandes muros lisos y desnudos, en donde todo lo que entra se alarga o se achica, se hincha o se estrecha, para adaptarse y colocarse en su justo sitio como obra de goma. Mirad al obeso compadre Tixi cómo ha perdido su enorme barriga para dar sitio a sus alegres y bondadosas comadres, y mirad a estas bondadosas comadres cómo han perfilado y achatado sus alegres rostros por no ser una molestia para las voluminosas rabadillas de aquel inteligente estirado como una tripa. Y mirad al venerable burgués Heliodoro cómo está de aplastado que parece un pobre dibujo en el piso. Aquí en este cubo hay sitio para todo el mundo.

Pero venid, entrad a ver cosas y cosas.

¿No queréis oír? ¿Sois sordos? ¿Vaciláis? ¿No os infundo confianza?

Bien, no importa.

Yo os traeré aquí a mi manera y os encerraré en este cubo que tiene un sitio para cada hombre y para cada cosa.

Quería explicaros que soy un proletario pequeño-burgués que ha encontrado manera de vivir con los burgueses, con los buenos y estimables burgueses.

He aquí un producto de las oscuras contradicciones capitalistas que está en la mitad de los mundos antiguo y nuevo, en esa suspensión del aliento, en ese vacío que hay entre lo estable y el desbarajuste de lo mismo. Tú también estás ahí, pero tienes un gran miedo de confesarlo porque uno de estos días deberás dar el salto y no sabes si vas a caer de este o del otro lado del remolino. Mas aquí mismo estás enseñando las orejas, amigo mío, tú, enemigo del burgués, que ignoras el lado en donde caerás después del salto.

Pero ya me lo aclaras todo: Estoy viviendo la transición del mundo. Aquí, delante de mí, está la volcadura de campana, del otro lado de la justicia, y aquí mismo, dentro de mí, están todos los siglos congelados, envejecidos y grávidos. Yo tengo un amor en estos siglos; yo tengo un amor en esta volcadura.

Mi padre y mi madre están allá sin comprenderme. Mi padre y mi madre son mis enemigos primeros. No les llegó la voz a tiempo y el tiempo de llegar la voz ha puesto un siglo entre uno y otro. Y he aquí que estamos para con ellos tan próximos como lejanos en el mismo momento.

109

¿Eh? Anda levántate, enciende algo, que estás retardando el equilibrio definitivo del mundo. Después verás lo que haces ante los ojos húmedos de la madre. Pero eso al fin qué importa. Toda traba es burguesa.

Lo que sucede es que tienes pena de tu vaca y de tu cochino. Estás enamorado de tu vaca y de tu cochino y en lo sucesivo no se te van a permitir esas pasiones bestiales.

Mira, vamos a hacer una nueva vida. Una nueva vida maravillosa. Vamos a suprimir la corbata y el cuello. Vamos a permitir que todos los hombres se dirijan la palabra con el sombrero puesto. Vamos a prohibir las genuflexiones y las reverencias. Todos podremos vernos cara a cara. ¿Qué más quieres? ¿Qué es lo que vas a perder con eso?

¡Abajo, abajo la burguesía!

Pero cálmate, estás haciéndote un loco, amigo mío. Tírale un puntapié a la lora y escucha este sermoncito que he garrapateado para molestarte las orejas.

«A ti, camarada burgués:

Te ruego hagas por dar contestación a las preguntas contenidas en el pequeño pliego que voy a leerte y aguces el oído para las otras cosas que en él se dice».

Ejem. Ejem. Cúju, cúju.

«Camarada:

Cuando estás delante del poderoso, ¿por qué tiemblas? Todo poder viene de ti. ¿Por qué no le escupes? ¿Por qué no le envileces con su misma pequeñez? ¿Por qué no le abofeteas?

¿Sabes que él esté hecho de otro barro que no sea un poco cosilla de miserias y vergüenzas?

¿Por qué te humillas? ¿Por qué?

Espera que la piara se de cuenta de que la sordera del todo-poderoso no tiene edad y verás como se viene —hambrienta e inflamada— y aprieta el cuello de los usurpadores. Y verás cómo les hace saltar los ojos, igual que esos enanitos de celuloide. Y  
 110 verás cómo goza la piara y se estira y se conforta.

Luego los grandes devorarán a los chicos y entonces tendrás que ponerte a temblar ante el nuevo poderoso, porque estás hecho de carne de esclavo.

Ya ves cómo los otros gobiernan en nombre del pueblo y usufructúan tus lágrimas. Ya ves cómo han hecho a tu mujer y a tu hija ricos presentes, y ya sabes cómo gozarán con ellas a costa de tu propia amargura.

Un día los imbéciles no pudieron vivir solos y se volvieron impotentes para reclamar su calidad de hombres. Entonces sus padres les vapulearon y no abandonaban los foetes para que ellos no abandonaran la azada. Y cuando murieron sus padres, fueron sus hermanos los que le vapuleaban. Entonces los tiranos cobraron renta por dar azotes y hoy te lo dan hasta cocerte las rabadillas.

Y no llegará el día en que te hayas reconquistado. No eres tan fuerte como para deshacerte del yugo.

Mira el día pasado y el de hoy y mira así todos los días de tu vida. Estás hecho de esclavos como tu voz está hecha de sonido. Así totalmente y sin esperanza.

He dicho, camarada.»

—¡Bravo! ¡Bravo el compañero Andrés!

—¿Has oído todo? ¿Has oído?

—¡Qué bien!

—¡Pero si dice las verdades el camarada Andrés!

—¿Has oído? ¿Has oído?

—¿Has oído?

A eso aconteció que se hizo el silencio en el cubo.

Entonces todos pusimos nuestros ojos en el panadero Alejandro. Algo nuevo y grande iba a suceder. ¡Pongamos todas nuestras miradas en el compatriota Alejandro!

Ha cerrado los ojos beatíficamente como un santo dormido. Ha cruzado los dedos sobre su hermoso vientre abombado.

Luego goza mucho y se ventosea largo, largo como un gemido.

Todos vemos ¡todos lo vemos! Cómo se le desinfla el vientre ¡aquí en el cubo! 111

—¡Deteneos! ¡Deteneos, señores burgueses y señores proletarios! ¡Una sola palabra más! ¡Deteneos compatriotas de este chiquito país; compatriotas obesos, compatriotas esmirriados, compatriotas, compatriotas! ¡Deteneos!

...Pero ya nadie quiere oírme, ay, pobre de mí.

Ana, primer instante de la mañana más amarilla.

Ana, piel de piel de durazno.

Ana, ¿le gusta a usted la bicicleta?

Ay, Ana, señorita, dígamelo y estafo.

Ahora me pongo a decir mi hermosa oración matinal.

### *Oración matinal*

Mi señor y mi Dios, Tú que todo lo puedes: con el mayor respeto y consideración vengo a pedirte me hagas el señalado servicio de no darme una mujer que gaste paladar de caucho.

### *Hambre*

El Gobierno de la República ha mandado insertar en los grandes rotativos del mundo esta convocatoria escrita en concurso por sus más bellos poetas:

¡ATENCIÓN! ¡SUBASTA PÚBLICA!

Atención, capitalistas del mundo:

El Chimborazo está en pública subasta. Lo daremos al mejor postor y se admiten ofertas en metálico o en tierra plana como permuta. Vamos a deshacernos de esta joya porque tenemos

necesidades urgentes: nuestros súbditos están con hambre, por más que tengan promontorios a la ventana. Hoy es el Chimbo-razo, mañana será el Carihuairazo y el Corazón; después el altar, el Illiniza, el Pichincha. ¡Queremos tierra plana para sembrar caña de azúcar y cacao! ¡Queremos tierra para pintarle caminos!

Atención, capitalistas del mundo:

¡Los más hermosos volcanes están en pública subasta!

112

### *Perro perdido*

«Buena gratificación se dará a la persona que encuentre y devuelva a su dueño un perro perdido en el parque municipal, el día de ayer entre las cinco de la tarde. Faldero, color café, con collar, responde al nombre de Peter. —Villa Margarita. —Avenida de las Acacias. —Tel. 45c.»

Y asimismo la vieja Anatolia —lo puedo ver desde mi ventana— ha cogido a su pequeño hijastro poniéndole los cueros al aire, y mientras le chicotea el fundillo le está gritando:

—Ay, perro perdido, te fuiste a la maroma sin pedirme permiso. ¡Toma, perro perdido! ¡Toma, perro perdido!

Ji, Ji, Ji, Ji. Huy, huy, huy. Ji, Ji.

### *Odio*

Quiero entenebrececer la alegría de alguien.

Quiero turbar la paz del que esté tranquilo.

Quiero deslizarme calladamente en lo tuyo para que no tengas sosiego; justamente como el parásito que ha tenido el acierto de localizarse en tu cerebro y que te congestionará uno de estos días, sin anuncio ni remordimiento.

Entraron al cubo cautelosamente, de puntillas, como ladrones asustados. Anhelaban. Qué angustia en el pecho, qué palpar cardíaco, qué desasosiego y qué espanto. Entraron y se revolcaron.

Luego vino la queja y el reproche y el insulto. ¡Una razón! ¡Sólo una!

Entonces ella le puso la voz temblorosa en la oreja, deshilvanando el cuento.

—... Y una mañana, aprendiendo a montar en bicicleta...

Al fin los chiquillos de la Universidad tuvieron una idea genial.

Antes de ir a clase hicieron, una mañana azul, abundante provisión de pistolas, de tal manera que para cada chiquillo había una pistola. Y cada chiquillo se guardó su pistola.

Entonces se abrió la clase y todos tomaron el sitio de cada día. Sobre su sillón de cuero, el Profesor sabio hacía gestos y hablaba, hablaba y hacía gestos; pero sus palabras, apenas salidas de los labios, se le caían en la punta de los zapatos: era que no podían avanzar porque la clase estaba llena con el coraje de los chiquillos, cuyos corazoncitos hacían bum, bum; bum, bum.

Y ya cuando el Profesor sabio había acabado por ponerse majadero, el chiquillo de los bigotes delgaditos púsose en pie y dijo:

—¡Señor Profesor! ¡Usted no es nada más que un majadero!

Y el Profesor sacó los ojos el tanto de un jeme y los metió y los saco.

Entonces el de los bigotes delgaditos dijo también:

—Todos los chiquillos de la clase hemos decidido suicidarnos en masa porque usted es un majadero.

—Hemos resuelto suicidarnos en masa porque usted es un majadero —dijeron en coro.

Y todos los chiquillos sacaron sus máquinas y cada uno se puso la suya en el hueco de la oreja.

El compañero de los bigotes gritó:

—¡Uno!... ¡Dos!... y... ¡Tres!

¡Pum!

Cayeron heroicamente, como deben caer los hombres. Y el Profesor sabio, dejando de hacer gestos, se puso a buscar a gatas por la clase las palabras inútilmente perdidas.

### *Reencarnaciones*

Después de su muerte, el poeta Armando, que en vida había sido el príncipe de las delicadezas, reencarnó su espíritu exquisito en el equipo basto de un alazán de pocos ánimos. Y el animal del

dueño, a horcajadas sobre la nueva envoltura del poeta Armando, para que cobrara esprint le espoleaba hundiéndole en los ijares grandes rodajas afiladas; le espoleaba, le espoleaba.

¡Ay, ay, ay!, ¡Ay, ay, ay!

Y el gran boxeador filipino pasó a ser florecilla del campo para honesto goce de los pobres poetas, para adorno de la naturaleza, para perfume humilde de la hondonada. Pero el canalla  
114 cuanto estremecido colibrí, una vez por día aplicaba su largo pico al riñón del filipino, haciéndole succionadoras gracias.

¡Ay, ay, ay!, ¡Ay, ay, ay!

—¿Ana? No existe.

### *Grito familiar*

Si uno de estos días vienen a decirte: Tu madre viuda, o tu hermana querida, o tu tía o tu hija, o tu abuela, ha tomado estado con el hombre que echa los bacines o con el que lava los cubículos de porcelana, ten mucho cuidado de no agitarte, de no congestionarte. ¡O tú, amigo mío!

Toma tu respuesta, pollo: Has hecho bien, madrecita. Tu ternura, tus pasiones, tus actos, son tuyos. ¡Ay del que quiera limitarte el dominio de lo único que tienes!

¡Ay!

### *Oración vespertina*

Y ya que esta mujer que me has dado, Señor mío, es tan esbelta y buena, y goza de miembros ágiles, sírvete darle protección, guiando sus pasos con el acierto que Tú sólo posees.

No vaya a ser que en media vía pierda su serenidad y se le eche encima uno de esos vehículos jadeantes.

¡Mujer mía!

Pensar que alguna vez tenga que consultarme con el cirujano para sustituir una por lo menos de sus hermosas y ágiles piernas con otra de palo gris.

¡Eh! ¿Quién dice ahí que crea?

El problema del arte es un problema de traslados. Descomposición y ordenación de formas, de sonidos y de pensamientos. Las cosas y las ideas se van volviendo viejas. Te queda sólo el poder de babosearlas.

¡Eh! ¿Quién dice ahí que crea?

### *Revolución*

Pesas, pesas tanto.

Pues salta sobre un platillo de la balanza para ver si nos das el gusto de elevar a los monigotes del otro platillo. Les gustaría volar.

Ya ves cómo hablan, cómo bracean, cómo juran, cómo se hurgan las narices.

### *Hombre con pulgas*

Auténticamente he sabido yo de un camarada, Bienatendino Traumanó, que tenía la cara cuadrada, la nariz cuadrada, las manos cuadradas y la facha, en fin, cuadrada.

Y que este camarada Bienatendino tenía una mujer cuya cara también era cuadrada, cuya nariz también era cuadrada, y cuya facha en fin, era también cuadrada.

Y que Bienatendino Traumanó vivía en paz, con gusto para las salchichas, para los potajes porcinos, para las fiestas en el campo y para los hermosos gestos de amor de Bienatendina.

Entonces yo sé que el diablo le bisbiseó una noche: «Mañana te das un paseíto largo, Bienatendino», y Bienatendino al día siguiente tomó pasaje largo en automóvil.

Rueda y rueda por la carretera, Bienatendino vio al hombre con el hacha. Está yendo a dar golpe, pero al ver el automóvil la detuvo y se quedó así en su actitud de cortar mirando, mientras pasaba, a Bienatendino, quien se estremeció y dijo:

—¡Ay, el hombre con el hacha!

Y no vio otra cosa Bienatendino hasta que se detuvo el automóvil, ya cerca de la noche.

—Cebadas, Cebadas.

¡Ah, ya! Era el pueblo de Cebadas.

Y vino la noche. Y como todas las noches, Bienatendino se estiró de espaldas en alguna parte, envolvió su cuadrado en unas mantas y se puso a llamar en voz bajita al sueño.

—Sueño, sueño, sueño...

Pero antes de venir el sueño, alguien le dio un pinchazo en el muslo, y en el pecho otro, y en el cuello otro, y en la espalda otro, y otro allá, y otro aquí, y otro y otro.

116 Ay, las pulgas. Ay, las pulgas.

Bienatendino comenzó a agitarse. Ay, ay. Cómo caminaban de un lado a otro; cómo le hacían un surquito de estremecimientos sobre la piel granulada. Ay, ay.

Entonces Bienatendino ya estaba completamente agitado y echó sus mantas lejos. Se puso de pie.

Ay, aquí —rascándose con las manos hechas garras.

Ay, acá.

Ay, allá.

Bienatendino hacía flexiones. Bienatendino hacía gimnasia en la noche.

Ay, arriba.

Ay, abajo.

Ay, las corvas.

Ay, la espalda.

Ay, la pantorrilla.

Ay, la nuca.

¡Jesús! ¡Jesús! La existencia de las pulgas es denigrante para el hombre.

Ay, arriba.

Ay, abajo.

Ay, me mato.

¡A-y, e-l h-o-m-b-r-e c-o-n p-u-l-g-a-s!

¿Qué hora es?

Mira la belleza del cadáver en manos del disecador inexperto. Dócil, flexible, la piel lisa pegada al hueso, en las posiciones más inverosímiles de su repertorio. Se puede hacer de él lo que en vida no pudo hacer de sí mismo. Torturando su quietud para arrancarle aquella pequeña fibra escondida. A la derecha, a la izquierda, tan pronto arriba el pecho como la espalda ¡Nathanael! ¡Agripina! Si tus parientes pudieran meter las narices por la rendija echaran sin vacilar una lagrimita. ¡Agripina! ¡Agripina!

Mira su belleza descuidada y donosa. Ten cuidado de «esos magníficos huesos de las caderas que tienen la forma de una bacinilla». Ahí esta sin pasión, sin odio, como nunca logró estarlo. Sinvergüenza, sin respeto.

Déjalo en reposo por un momento, que tome la posición de su vida. No hagas caso de ello: ya no tiene sexo. Antes no podía hablarle sin temor porque te conturbaba aquella lamparita de vida que se ha apagado. Hoy, sólo tú la tienes: eso es una cosa.

¡Agripina! ¡Agripina!

La van a dejar sin piel como a una cabra en el despostadero, y ella no tendrá vergüenza de quedar como una cabra despellejada porque la vergüenza la tuvimos en la piel. ¡Ya no tiene sexo!

Ya no tiene odio. Ya no ama. Ya deja que todo se estire sobre el hueso. Ya no le importan sus líneas angulosas y perfiladas.

Se le han teñido las orejas como después de la lujuria. La post-lujuria es una muerte pequeña. Así es ello como quedarse quieto, sin pensamiento y sin sentimiento.

Ahora está con los brazos atrás y el pecho alzado y las piernas rígidas. ¡Qué hermosa la línea del cuello combado! El cabello opaco se riega como una llama. En esa posición muerta está santificando la actitud espasmódica del mundo.

Ahora le han desgarrado el vientre. Ahí hubo un sitio para un hombre, para un nuevo sentimiento; este sitio de él se encuentra vacío para no ocuparse nunca.

118 Ahora levantan sus brazos y le arquean el cuerpo, cabeza y todo, para que el cabello opaco caiga hacia adelante.

¡Qué pobre guiñapo y qué hediondo!

Esa cosa no fue pariente de nadie. Viniera papá y papá se taparía las narices.

Te quiere, pero hiedes.

Estando muerto como estás deberías preguntar a tu familia como un cierto Felipe de España, por qué tardan tanto en amortajarte.

Cualquiera que lo desee puede asesinar impunemente a un hombre. Ved cómo:

Escoged cautelosamente a la víctima, que debe ser más o menos bien parecida. Rodearla de atenciones y cuidados, de tal manera que le infundáis confianza. Decidle con frecuencia:

—Oh, qué difícil es encontraros.

—¿Por qué no venís por casa?

—No sé por qué sois tan huraño.

Luego procurad que os visite y presentadle a vuestra hermosa señora.

Querida mía: he aquí a mi mejor amigo. Quiero que seáis como hermanos el uno para el otro.

Y hacedlos que se tiendan las manos un momento. Entonces poneos en guardia, atisbándoles, acariciándoles, mirándoles con sigilo a través de las cerraduras. Y cuando vuestro tiempo haya llegado, abrid violentamente una puerta cualquiera, haced irrupción brusca en la cámara, gritad:

«Canallas, cobardes».

Y disparad vuestro revólver acto continuo hasta vaciar toda la carga.

En seguida despeinaos.

En seguida congestionaos.

En seguida desorbitaos y desgarraos las vestiduras.

En seguida volad a la Comisaría de turno y alzando los brazos en la misma forma en que los sapos tienen las patas, confesad:

«Señor Comisario, acabo de matar a mi mujer y a un hombre».

119

### *Elementos de la angustia*

El señor Alcalde echó a trotar por la callecita empedrada, satisfecho, pequeñito, con las manos a la espalda y la barriguita redonda bajo la cadena de oro del reloj.

Y trotó y trotó hasta el fin de la callecita.

Y cuando hubo llegado dejó de trotar, se rascó una oreja, se levantó el sombrero hasta media testa y echó a mirar la callecita por donde había trotado.

«Je, je. ¡Con el campo a tres pasitos de la ciudad! Je, je».

El señor Alcalde se metió las manos en los bolsillos y ensayó una pequeña marcha con las piernas tiesas, contoneándose satisfecho.

Entonces tomó asiento a orillas del río, sobre una piedra azul, y se puso a mirar cómo corría el agua hacia el mar.

Y ahí se estaba mirando, hasta que de improviso el corazón le golpeó el pecho con tanta impaciencia que el señor Alcalde se puso todo serio y demudado, y paró el aliento para escuchar...

La niña rubia se arrojó de bruces sobre el mueble rojo. La niña estaba vestida de amarillo.

¿Y por qué soy yo tan desgraciada?, pensaba la niña.

Mas como tenía una pequeña amargura, tuvo que dejarse de pensamientos y doblando las piernas por las corvas se puso a agitarlas en el aire, y arrugaba con las manos los almohadones de

raso, y ocultaba la cara en donde más podía, y estaba toda ella convulsionada.

Se le llenaba el pecho de un sentimiento indefinido y grande.

Ya iba a estallar, como una bomba llena de aire.

Ya estalla...

«¡Ay, qué desgraciada soy! ¡Qué desgraciada soy!»

120

Y otra vez va a llenarse, para estallar de nuevo...

«Je, je. Con el campo a tres pasitos de la ciudad».

Aquel muchacho no ha llorado. Sólo se le pusieron los ojos como de vidrio.

Después se le subió el corazón a la garganta y ahí permaneció se diría anudado. Fijo, persistente.

¡Lo que tiene que ver la garganta con la angustia!

Yo estaba en ausencia. Estaba ahí y no estaba. Esperaba algo y no esperaba nada. Una pasión crecía en mí y yo luchaba por cegarla. Soy mi enemigo.

Pero ¿qué pasa aquí? ¿qué pasa?

Recuerda:

«Cielo arriba, cielo abajo, éter arriba, éter abajo. Todo eso arriba, todo eso abajo, tómallo y alégrate».

Nada.

Agosto,  
Setiembre,  
Octubre.

## Románticas

121

Hoy he encontrado los hermosos labios de Ana junto a los míos. La tomo por la cintura, la estrecho contra mí, la beso. Veo desmayar sus párpados y advierto su visión lánguida. Ana está sola conmigo y aquí, en lo mío.

¿Pero cómo ha sucedido esto? Ana, Ana...

¡Sí! Estaba con su amiga la mujer esbelta, sólo ella y yo. Entonces vino sin anunciarse Ana.

—¿Se puede pasar?

Sí, se podía. Me puse en pie y ella, sorprendida, se quedó mirándome, con su cara de muchachita inocente.

Luego fue donde su amiga y, abrazándola, rompió a llorar.

¡Ana, primer instante de la mañana más amarilla!

Me acerqué a ella, puse su mano derecha en las mías y, azorado, sólo le decía: «Ana, Ana».

Pero al fin terminó de llorar y se puso a decir cosas, atropellándonos con una historia de accidentes, en la que había una madre desesperada y un caballo desbocado. Hoy sé que no he oído aquella historia.

Su amiga se había escapado sin que usted se diera cuenta.

Se me vino un pensamiento:

«Esta Ana es una buena muchacha».

Entonces ella miró de improviso, taladrándome.

—¿Cree usted que yo no sé lo que piensa ahora?

—Sí. Usted no sabe lo que pienso.

—Yo lo sé todo. Yo lo sé todo. ¡Uds.!

Se acercaba tanto a mí que ya conocía todas las líneas de su cuerpecito. «¿Qué es lo que sabe esta chiquilla?» Una llamarada la enrojecía el rostro.

Un nuevo pensamiento:

«¿En dónde he visto yo estos ojos?».

Me turbaba este pensamiento. Yo había visto alguna vez estos ojos sorprendentes. Cerré los míos: ahora veía adentro sólo sus ojos; luego desaparecieron y veía sólo sus labios. Sus ojos, sus labios, sus ojos.

Me llevé la mano a la frente y aspiré su perfume ¡Sus cabellos estaban tan cerca de mí!

«Alguna otra vez he aspirado este perfume».

Punzante y vivo se había detenido, luego fue desplazándose, alejándose lentamente, en una línea que podía yo trazarla. Sus ojos, sus labios, su perfume.

Cuando abrí los ojos, Ana ya no estaba.

La amiga en su lugar.

—Lo ha visto.

—No lo ha visto.

—Sí lo ha visto. Sólo yo puedo saberlo.

Guardé silencio. ¿Qué era esa angustia velada, qué era esa inquietud, qué era esa pesadumbre?

Esa presencia mía dolorosa.

Entonces la comisura izquierda de mi boca empezó a temblar nerviosamente con la premura desazonada del tic. Hice algo por reír y comencé a hacerlo con la media cara, mientras la otra se estremecía.

Ella lo vio y apuntó hacia mí:

—Allí está tu media risa.

Y tuvo después una gran alegría que la hizo llorar.

No veo a Ana por mucho tiempo y la olvido. Ana es una buena muchacha, pero nada tiene que ver conmigo. Soy un hombre: como, bebo y duermo. Al despertar cada día estoy naciendo nuevamente.

Una mañana, en el Parque Municipal, alguien me llama quedo. Me detengo y busco; no ha sido nada, las hojas. Las hojas han pronunciado mi nombre.

Continúo. Yo soy un hombre bueno que come, bebe, pasea y duerme.

De pronto aquí está Ana. Pero no, no es ella. ¡Vaya como me he equivocado! ¿Y la otra? ¿Y la otra? ¿Y la otra? Sí, aquí está ella. Bien lo sabía yo que estaba aquí.

123

Tengo miedo. Ana cuchichea algo al oído de sus amigas que la cercan y luego todas me miran, sonriéndose.

Extiende el brazo y me dirige una llamadita con el índice, arqueándolo hacia arriba; yo no contesto, como si no me hubiera percibido. Pues cambia de posición la mano y vuelve a llamarme, arqueando el índice hacia abajo. Entonces tengo que acercarme.

—Usted, Andrés —me dice—, va a respondernos a una pregunta. Verán cómo sí lo sabe.

La miro, esperando. Chiquilla, pero si te has leído un alma-naque.

—Diga, Andrés —pregunta—, ¿en qué se parece un buque a un soldado alemán y su familia?

Todas me miran gozosas. Yo pienso y pienso.

Ella anticipa la respuesta.

—En que el buque y el soldado tienen casco. Me parece demasiado fácil y sonrío.

—Bien ¿y qué es de la familia?

—La familia está bien; muchas gracias —responde Ana.

Se oye un coro de risas. Están burlándose de mí, pero yo también río de buena gana.

Entonces se repite el coro con mayor alegría. Se miran a los ojos y vuelven a reírse.

—No te lo dije —dice Ana, llorando, a la muchacha de los ojos azules.

Ella le hace un guiño y me mira, sin poder contener su risa.

Le pregunto:

—¿Qué le ha dicho? Cuéntemelo.

—Nada, nada —y ríe más.

Me acerco:

—Va a decírmelo. ¿Por qué no?

—No se lo digas, Fanny; no se lo digas —suplica Ana—. Cuidado.

Entonces esta Fanny se excita. Me acerco más.

Dice Fanny en alta voz:

—Me ha dicho que usted ríe como un potrillo tierno.

124

En este momento se hace una algarabía y las chicas se cogen las barriguitas. Yo estoy amoscado. No puedo reír; solamente sonrío, con un leve estremecimiento en la mejilla izquierda.

Estas mujercitas están burlándose de mí.

Bueno ¿y qué pasa? ¿Qué son todas esas payasadas? ¿Y se va a pasar la gente en eso todo el tiempo? Diga, diga. Diga usted qué pasa.

De pronto una de ellas, la más alegre, lanza una exclamación, hace un movimiento extraño con las rodillas, se pone roja y da las espaldas al grupo.

Chiquilla, no deis las espaldas al caballero.

—Ay, la pobrecita se va a resfriar por su culpa —dice una voz.

Por mi culpa. Debiera aprovechar el incidente y tomar la revancha; pero no puedo eso. Me acecha un dolor moral agudo. Soy un hombre de respeto y las chiquillas están perdiendo el tiempo.

Ana, Ana quisiera humillarte; quisiera azotarte sin compasión. ¿Por qué, por qué a un hombre de respeto? Debo irme. Nada tengo que hacer aquí. Pero no; si me voy, ellas quedarán riendo de mí libremente... ¿Y esto qué me importa? ¿Qué me importan estas mujercitas? Decido irme. Digo algo... no sé lo que he dicho... Extiendo la mano.

Y levantan un coro las mujercitas.

—No. Que no se vaya. Que no se vaya, Ana.

Ana. ¿Y por qué Ana? Ella también me lo pide.

—Bueno, bueno. Vamos a ser unas muchachas serias.

Y Ana estira la cara. Reímos y mi risa vuelve a excitarlas.

Al fin me quedo y guardo mi rencor.

Las vigilo de reajo y veo que empiezan a olvidarme.

¡Pero diga usted qué pasa!

Ya se ponen a charlar entre ellas sobre sus cosillas.

Luego me llevan a una casa que tiene muchos salones, y muchas alfombras y espejos, y yo logro tranquilizarme a cubierto.

Transcurre algún tiempo.

Ana no es Ana. Ana es sus amigas: aquella de lunar en la barbilla, aquella de los ojos azules, aquella de los labios carnosos, y la delgada y la rubia. Ana es su madre y sus hermanas y sus hermanos. «Ana, no digas eso», «Ana, la falda», «Ana, esa uña», «Ana, las manos».

125

Estoy empequeñecido, triste y con los zapatos empolvados. Ahora se ha inventado un juego en el que me obligan a tomar parte y para el cual se necesita mucho ingenio. Pero yo no tengo ingenio y soy un hombre huraño.

El tiempo se va, sin que pueda apreciarlo. No estoy aquí.

Pero Ana se acerca y entonces me siento crecer, reconfortado. Quiere hacerme ver unos cachivaches, unos tiestos antiguos, alguna cosa. Me encorvo, bajo mucho la cabeza para mirar bien y agradecerle así su pequeña atención. Ella también hace lo mismo. ¡Y he aquí que tengo su aliento junto al mío, y sus cabellos llegan a tomar contacto conmigo, y vuelvo a aspirar ese perfume que tenía yo en mi recuerdo! Me estremezco.

Pienso así encorvado, sin moverme: «Su madre, sus hermanas, sus hermanos, las mujercitas, ¿qué es lo que van a decir?»

Pero Ana tampoco se mueve, y no pronuncio una sola palabra porque tengo miedo de que esto sea como de vidrio y quiero estar así, engrandecido, todo el tiempo que se va sin que pueda yo apreciarlo.

He olvidado decir que en casa de Ana encontré a un Mr. John Smith, made in U.S.A., y que este Mr. John Smith es un caballero de Ohio y muy simpático.

Apenas me vio se vino hacia mi lleno de júbilo y me dirigió la palabra:

—Oiga usted, gentleman: ¿puede usted hacerme la bondad de decirme en qué se parece un buque de los Estados Unidos de Norteamérica con un soldado alemán y con su familia?

Pud'nhead Babbit.

Le dije bajito:

—Pues en que el buque y usted tienen cascos.

Entonces Mr. John Smith me ha sonreído queriendo  
 126 ponerme en complicidad, me ha dicho que yo lo sabía todo y ha ido luego a preguntar lo mismo a cada una de las mujercitas.

Yo tengo aquí dentro un rencor.

Un día he encontrado a Ana y he hecho como si no la hubiera visto. Otro día ha sido ella quien ha hecho como si no me hubiera visto. Pero, ella ¿por qué ella? ¿Qué razón tiene ella?

Entonces esa misma noche —yo soy un hombre que come, bebe, pasea y duerme— voy por su casa. Camino de aquí para allá. Me detengo. Vuelvo a caminar. ¡Ah! Ahí está una luz. Me quedo mirando esta luz.

Mr. John Smith de Ohio, que es un caballero muy simpático, aparece en el extremo de la callecita. De uno de los jardines de la orilla arranca una flor y entra en la casa.

Yo no puedo entrar en esa casa, ni puedo entrar en otra. ¿Qué hace un hombre en una casa que no es la suya? Se pone a decir cosas estúpidas. Además, no puedo entrar.

Tras la ventana iluminada pasa alguien. Un momento. Vuelve a pasar en sentido contrario. Otro momento. La luz se apaga.

Tengo miedo de las tinieblas. ¿Cómo uno puede engullir y cegar por las tinieblas? Mira: yo cierta vez tuve una madre, pero esta madre se me perdió de vista sin anunciármelo. Entonces he tenido esta sensación: que en el lugar se habían hecho las tinieblas y que mi madre estaba allí en lo negro, buscándome a tientas; pero no estaba, ¡calla!

Se va el tiempo sin que vuelva a iluminarme esa ventana.

Luego camino lentamente en busca de mi cubo.

Lo encuentro hosco y solo.

No estoy aquí; he caído de nuevo en este hueco de la ausencia. ¡Cada vez la sensación de ausencia! Estoy como desintegrado: me parece que partes de mí mismo residen lejos de lo mío, en algún sitio desconocido y helado. Quedo mucho tiempo en tinieblas y empiezo a andar a tientas por todos los rincones del cubo, dominado por dos impulsos contradictorios: la esperanza y el terror de encontrar a alguien que también me busca.

Ana, te odio.

127

He particularizado esta sensación de esperanza y terror. Es un ser vivo a quien busco aquí, en las tinieblas. La idea de encontrarlo me hace correr el frío de espanto y batir el corazón de alegría.

Su sitio está aquí. No ¡no está aquí!

Estás hecho un estúpido, Andrés. Es a Ana a quien buscas. ¿Por qué, si no, el día que hablas con ella se te prolonga dentro de la noche y ya no andas a tientas como un alucinado? ¿Y por qué cuando no hablas con ella haces el bobalicon tramático y el desesperado?

¡No! Yo no busco a Ana. Tengo vergüenza de buscarla.

Andrés, borriquillo.

Tiempo.

La tomo por la cintura, la estrecho contra mí, la beso. Veo desmayar sus párpados y advierto su visión lánguida. Ana está sola conmigo y aquí, en lo mío.

Ay, la corona de flores olorosas. Ay, niña, niña.

Conmigo... no, con otro. Yo no he estado ahí, con Ana. He sido un simple espectador. Lo he visto todo, aun yo mismo me he visto, y he reído a más no poder de todo, porque eso era tan deliciosamente cómico, amiguito.

Bueno, ¿y por qué me meto yo en estas gonzadas?

¡Oh!

—Señor Jefe Político, a usted, carajo —como bien lo dice su señoría misma—, a usted, sí, señor, ¡carajo!, lo tienen allí sólo para alcahuete.

Ahora estoy lleno; está llena mi alma de tu amor, señora mía.

Ya no tendremos que buscarnos otra vez porque ¿para qué, ya, encontrarse? Ya no te levantará llamaradas mi presencia, pues hoy somos nada más que compañeros.

¿Pero por qué te has colado en lo mío? ¿por qué me vigilas? ¿por qué observas mis actos?

Yo no soy yo. Soy lo que tú quieres. «Andrés, el sombrero», «Andrés, el humo», «Andrés, mi vida».

128

No importa, Ana: te perdono. Aquí está tu aliento y ya sabes que tu aliento lo llena todo.

Por eso yo también estoy lleno, con la tranquilidad del mueble fino que tiene todas sus superficies lisas y sus junturas cabales, justas y completas.

¿Ves, ves que yo me he comparado con un mueble fino?

Ana, te amo.

¡Protesto! Protesto violentamente contra la sospecha de que yo quiera cometer un asesinato. Esa es una sospecha vil.

Yo no digo que sea un hombre bueno: «no hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno» pero yo no soy un hombre malo. Yo no he querido el mal a nadie.

Doy limosna a los pobres y vivo en paz con el vecino. ¿Por qué, entonces, iba yo a cometer un asesinato? ¡Es de oírlo!

Se lo voy a decir a Ana en este momento mismo.

—Ana, Anita...

Pero, ¿por qué me mete usted en estas gonzadas? ¿Cómo ibas a estar allí. Ana, tú, a quien amo?

Ahora la ciudad, después del campo, parece una cosa decente, limpia y clara. El campo era tierra en grande, con viento. Primero, tierra pelada y amarilla y pequeños arbustos tristes; segundo, tierra alfombrada y verde, verde y sólo verde; tercero, montañas azules y viento desatado.

Ana quiso salir de la ciudad. Ella no podía ver a sus amigas así tan pronto después de lo ocurrido. Las amigas de una señorita ocupan las tres cuartas partes del área total de la vida de esa señorita.

Bueno, para que sus amigas no la vean así tan pronto después de lo ocurrido tomamos el tren, ya a orillas de la mañana, y por un pedacito de ventanilla anotamos cómo esta cosa grande de negra se hace lechosa; de lechosa, amoratada; de amoratada, azul y de azul, gris; gris sucio, de gasa sucia. «Mira, mira». «Pero fíjate». «Ay, qué bonito». «Ahí, al otro lado».

Después dos horas grises. Después un sol de papel.

Estamos cerca de los nevados y comenzamos a tiritar...

Ana está contenta de tiritar. Claro, esta es una cosa nueva.

En la ciudad casi nunca tiritamos; aquí, fácilmente estamos tiritando, aquí, sobre el gusano del tren. «Pero mira, mira». Ese no es un frío vulgar; es el frío de la nieve que está cerca, a veinte pasos del tren. ¿Hueles? Esta nieve tiene un olor especial que no puede conseguirse en la ciudad. ¿Sientes cómo corta el aire? Parece que tiene navajitas.

Después un poco de silencio. Sólo el tren hace talalac, talalac... Siempre hace lo mismo el tren en estas alturas y no le preocupan cosa alguna las navajitas.

Silencio. Silencio.

En esta cordillera interminable la tristeza le coge a uno por la garganta.

Empieza la garúa, finísima; las ventanillas se opacan de alientos; los pasajeros esconden la cabeza entre los hombros y se acurrucan como viejecitos. Talalac, talalac...

Tiempo.

¡Pero si estoy con Ana! ¡Cómo, si estoy con Ana! Busco refugio donde ella, aproximándome y oprimiéndola. Ya las sombras se echan a lo largo del campo, sobre la grama húmeda; ya el sol es una cosilla que entibia y alegra; ya se puede salir a dar una pequeña vuelta y admirar a lo lejos la nieve brillante. Ves, no estuviéramos así tan alegres si antes no hubiera hecho tanto frío.

Y si no hubiéramos resuelto salir de paseo al campo, ay, Ana.

Ahora estoy alegre. Quiero gritarlo a todos: ¡estoy alegre! Y que goce la mujercita de mi alegría.

Hemos cambiado de vehículo y estamos solos: el gusano, jadeante, se alejó con los hombres sobre sus espaldas hacia el sur. Nosotros corremos a todo motor por el Oriente, batiendo la carretera lisa con el sonido isócrono de las bandas en los molinos.

Adelante, adelante.

Respira aquí, que estás conociendo la tierra. Nadie la ha sospechado todavía. Se hincha, se aplana, se sube a alturas inverosímiles, hace quingos, se ahueca, llora, vomita piedras. Y después de todo da manzanas, uvas, caña de azúcar, trigo.

Tiempo. Adelante.

Un pueblecito.

Aquí también yace una cruz olvidada sobre la que han puesto gozosamente INRI.

Otro pueblecito.

Los ejidos de estos pueblos, de un verde absoluto, los han tajeado con canales y a la orilla de los canales las lavanderas están pegando parches bien recortaditos y de todos los colores.

¡Oh!

Al fondo de este puente, el río. Mira, ¡qué negra la roca y qué profunda la cinta blanca y delgada del agua!

Hemos llegado.

¿Ahora, qué vamos a hacer aquí, Ana?

132 Aquí hay una piscina en donde nuestros cuerpos se han arrancado y han flotado y han luchado por ir el uno tras el otro. Aquí hemos hecho inverosímiles evoluciones de acróbatas, el uno en acecho del otro. Aquí te he besado y te he amado, Ana. ¿Recuerdas? En esta piscina, duplicadas nuestras imágenes, ¡cuántas veces hemos descendido en busca de ellas y cuántas veces hemos regresado descorazonados! ¿Dónde estaba entonces el mundo que nada de él llegaba a nosotros? Hemos podido aquí destruirlo y borrarlo, pero afuera estaba, persistente, esperándonos.

Ana no te ilusiones. El campo sólo era tierra grande, con viento. Nosotros, americanos, no hemos podido conocerlo ni amarlo. ¿Recuerdas cómo era de noche esa cosa grande, callada, oscura e impenetrable? Tengo miedo del campo; el límite, el límite es lo mío. Sólo aquí dentro de estas cuatro paredes, somos tú Ana y yo Andrés: allá éramos unos gusanillos.

## Diálogo y ventana

133

¿Qué es lo que veo, qué es lo que puedo ver desde esta ventanita?

—Veo un muro gris, un serio muro gris en el que el sol viene a pegarse como una estampilla la mitad del año, como una araña achatada, como una pasta amarilla que a la tarde se envuelve apergaminada hacia arriba. Veo también una pequeña ventana y en ella una cabeza enmarañada, sin peinarse y sin cuerpo, des-nivelada al filo de una batiente abierta, con la mirada puesta lejos como hacia adentro.

—¿Y qué es lo que tiene esta cabeza?

—Nada.

—¿Qué más veo, qué más puedo ver desde esta ventanita?

—Veo alguna vez un hombre recóndito, alguna vez un hombre alegre, alguna vez un hombre simplemente.

—¿Qué es lo que quieren estos tres hombres?

—Nada.

—¿Y qué más, y qué más veo?

—Atrás, el atardecer...

—¡Calla! ¿Y qué más, y qué más?

—...Bueno...

—¿Y qué más, y qué más?

—¡Nada, pues, vaya!

## Otro día

Alguien me pide el vaso de noche.

Pegados los ojos, hipnotizado, extendiendo un brazo que no es mío y cojo las tinieblas.

Lo entrego.

Pasa un siglo.

¡Agua! Aquí en mi oreja; un torrente que se desborda, precipitando sus espumas cálidas. ¡Socorro! ¡Me ahogo!

...Ay, Ana, ¿por qué me pides el vaso de noche? Verdad es que tú eres mi mujer y yo soy tu hombre; pero mira...

No, no pases por encima de mí. No me toques. ¿Qué derecho tienes para tocarme? Mi piel es mía. Somos extraños el uno al otro y de repente estas tú aquí, atisbándome, violando mi intimidad, turbándome.

Tus ojos los tengo en todas partes. Sobre mis espaldas, sobre mis manos, sobre mis cabellos, en mi pensamiento. ¿Qué quieres aquí? Ya sabes todo lo mío; conoces mis calzoncillos, Ana.

Pero no te alejes. Anda, acércate que me haces falta. ¿Por qué te enojas? Orgullosa, caprichosa, estúpida. ¡Acércate!

Voy a llorar, me has lastimado.

Sí, yo te amo, Ana. Yo te amo entrañablemente; pero no encuentro comodidad en este cubo: es muy estrecho de mi lado y muy ancho del otro, y también es demasiado ancho de mi lado y demasiado estrecho del otro, y está sucio, oscuro, podrido.

¡PO-DRII-DOO!

## La rebelión del bosque

135

Aquí estoy colgado en el bosque, en uno de estos hermosos bosques de la ciudad, cercados, amurallados y enrejados como las cárceles. Mano geométrica del hombre, que tantas cosas buenas hace, con líneas tan bonitas y tan bien medidas. Hemos dicho aquí: hágase el verde, y el verde ha sido hecho y hemos trazado una línea para el verde; entonces hemos puesto el dedo en medio de lo creado y levantándolo bruscamente hemos dejado allí un árbol barbudo, lleno de hongos y de parásitos blanquecinos como escaras lavadas. Y más acá hemos hecho otro garabato, y más allá hemos puesto otro garabato.

Hombre, amor, geometría, árbol, garabato.

Hace frío, aquí colgado.

Corta el aire, aquí colgado.

Aquí estoy a la sombra; enrejado dentro de la ciudad como mono de circo. Aquí la línea, más allá la línea; sólo pudiera poner el pie dentro de esta veredita.

—¡A tierra! ¡Tenderse!

Échate, ciudadano; échate de bruces, como has oído solían hacerlo los hombres de guerra bajo el vuelo de las granadas. Que nadie te vea ni te oiga, pues me ha parecido escuchar en este momento que comienzan a levantarse las voces del bosque.

Silencio.

Ya viene creciendo una voz desde el murmullo.

CORO DE LOS ALTOS PINOS: Ay —patalean los altos pinos—, aquí nos tenéis de pie año tras año, hambrientos, octogenarios e inútiles, destinados a morir en este pobre jardinillo,

cuando bien pudiéramos servir con ventaja en el transporte de mercaderías y en mil industrias útiles al progreso del siglo. ¡Protestamos en nombre de la libertad!

LA GRAMA A LOS ESCARABAJOS: ¿Lo han oído? Esto es un jardín, no un barranco.

CORO DE LOS CIPRESES RECORTADOS: Protestamos contra todas las mutilaciones y los prejuicios. El hombre nos echa encima su tristeza todos los días. Nosotros somos un palo alegre y nos gusta el fandango.

LAS MUCHACHAS A SUS NOVIOS: ¡Ay, el tango!

CORO DE LOS CEDROS LEPROSOS: Nosotros no somos monas pintadas de garçonniere ni fetiches de degenerados. Nosotros hemos hecho el Gran Templo de Salomón y otros templos. Este no es nuestro sitio: ¡rebelémonos!

LOS PINOS: Eso, eso; podemos servir para el transporte de velas.

CORO DE LAS MUSANSETAS ESTÉRILES: En vela estamos mucho tiempo ha en espera del hijo, ¿y contra quién hemos de rebelarnos?

LAS MUJERES A SUS AMANTES: ¡El hijo ha dicho! Levántese y vayan a buscarnos unas comadronas.

CORO DE LAS MAGNOLIAS MAMOIDES: ¿Eh? ¿Qué contra quién? Pues, contra el hombre. Nos tiene bajo su dominio y para su servicio. Se ha levantado con el estanco de nuestra libertad. ¡Rebelémonos!

CORO DE LOS CEREZOS RELAMINADOS: ¿Contra el hombre? Propongo la revolución a sangre y fuego. Que no haya perdón para uno solo. Todos son mojigatos y felones. ¡A sangre y fuego!

LOS CIPRESES ENANOS: No tenemos armas, señores. Nos encontramos desgraciadamente desprevenidos.

LAS PALMERAS: Que callen, que callen los cobardes. ¡Viva la revolución a sangre y fuego! ¡Abajo el hombre!

EL BOSQUE: ¡Abajo!

LOS PINOS: Señores, un momento. Un momento, señores. ¿No es verdad que estáis desvirtuando el verdadero sentido del movimiento? Esta no es, no debe ser una revolución contra

el hombre (murmillos del bosque); ¡esta es una revolución contra el árbol! (parálisis del bosque). ¿Qué sacaríamos, en efecto, de destruir al hombre, si no por eso vamos a destruir vuestra condición de seres libres. Nuestro tirano es el árbol. Duro con él, compañeros. Yo sirvo para el transporte económico de mercancías. ¡Abajo el árbol!

CORO DE LOS PARÁSITOS: No es verdad eso, compañeros: os están engañando miserablemente. Es el hombre vuestro enemigo. No les prestéis oído. ¡No les prestéis oído! ¡Abajo el hombre!

137

LOS PINOS: No tienen derecho para hablar los camaradas parásitos. Su palabra es sospechosa. ¡Tomadlo bien en cuenta y aplastad a los sinvergüenzas!

LAS PALMERAS: ¡Eso! Estos caballeros hablaron la verdad. Su concepción es profunda y llena de seso. ¡Ya lo veo claro! Oírlo bien: el árbol es nuestro único enemigo. A quien debemos hacer la revolución a sangre y fuego, es al árbol. Lo demás, pamplinas. Acompañadnos, camaradas: ¡Abajo el árbol!

LOS PINOS, *dueños de la situación*: ¡Abajo la tiranía! ¡Abajo el árbol!

EL BOSQUE: ¡Abajoo!

*El viento se retuerce entre los árboles. Todo el bosque eriza sus garrotes musgosos.*

LA GRAMA, *a una margarita ocasional y descarriada*: ¡Agáchate! ¡Escóndete aquí! Espera que la tormenta pase. Los elementos están locos.

**Amor: universo**

Bello, muy bello es el amor, amiguito.

La oreja, sensible como una lámina metálica, como nervio vivo y descubierto, como pecho de niño presto al llanto; aguda como un hilo en el aire; cercana a todo, como viento en el campo, aliento en la boca.

El ojo, ágil como relámpago, estrella fugitiva; tajante como el látigo; extenso, extenso, extenso.

El tacto, fino como la ruta del vuelo, doloroso como puntas de fuego, hormigueo del miedo.

Aquí, colgado en el bosque.

El mundo va haciendo el tiempo: su corteza se arruga como piel de elefante: sobre la piel, gusanillos y gusanillos.

Los gusanillos van haciendo el tiempo: es su espíritu el que se encoge como una uva que se seca.

Amor, odio, risa.

He perdido la medida: ya no soy un hombre: soy un muerto.

## Viaje final

139

Junto a este cubo mío, el otro, sólo un delgado tabique de por medio. En ese cubo vivía mi amigo y este era el más dulce amigo.

Todos los días nos decíamos.

—¿Cómo has amanecido? Buenos días.

—Hola, buenos días. ¿Cómo has amanecido?

Y nos dábamos palmaditas en las espaldas y sacábamos a los ojos nuestra alegría de camaradas que son dulces amigos.

Nos hemos comunicado nuestros grandes planes y el hambre a los dos juntos nos ha devorado. El mismo ojo agudo, la misma oreja fina.

Luego, ya entrada la noche como una vez amanecido:

—Hasta mañana, Bernardo. Pásalo bien.

—Sueña con los angelitos, Andrés; hasta mañana.

¿Por qué, entonces, ahora, Bernardo, dulce amigo mío, en vez de hacer la despedida de costumbre, has tenido la indiscreción de comunicarme tu próxima muerte y tu deseo de no ser interrumpido?

—Sí, Andrés, adiós. Voy a coger una pulmonía.

—Adiós, Bernardo. Ya sabes que yo lo siento inmensamente.

Y has tomado sitio en tu pequeño cubo, asegurando tu soledad por dentro, estirándote de espaldas, esperando.

Yo he pasado toda la noche en vela, la oreja pegada al tabique, arrodillado de este otro lado de tu lecho.

Primero todo era tranquilo, como en el más tranquilo sueño.

Después tosías, ¡cómo tosías, amigo Bernardo! Cúju, cúju. Cúju, cúju. Cúju, cúju.

Ahora te agitas, ahora cruje el lecho. Te levantas, ¿te levantas, amigo Bernardo?...

Agua, agua. Te pasa el agua a grandes golpes por la garganta, como la fuga atropellada de una represa a través de un tubo demasiado estrecho.

Luego te tranquilizas. Ya estás bien así.

Una hora, otra hora.

140 Me vence el sueño y caigo dormido por un minuto, sólo por un minuto que yo he pasado toda la noche en vela.

Ahora viene el sobresalto.

Estás muriendo, Bernardo. Oigo tus quejidos bajitos pero desgarradores. Tus gemidos...

Tus gemidos y tus gemidos, ay, ¿hasta cuando?

Nosotros éramos los más dulces amigos ¡y yo de aquí no puedo moverme para auxiliarte o por lo menos para verte ahí cerca!

Bernardo, me has ayudado a matar el tiempo. ¿Qué hubiera sido de mí solo en las horas calladas? Bernardo, me siguen como la sombra tus ojos azules, en medio de lo negro, sin pestañear, dulces, corderos degollados.

Ya aparece, al lado del gemido, un ronquido como de fuelle que quiere aire.

«Ay... ggorro-gorr»... «Ay... ggorro-gorr».

Después ya no hay gemido. Sólo ese ansioso tirar del aire desesperadamente, cada vez más fuerte y más fuerte, llenando todo el cubo con el sonoro escándalo que levantas por no dejarlo.

Lo odias o lo amas.

¿Lo amas, Bernardo?

«Ggorro-gorr... Ggorro-gorr».

Se hincha el fuelle de tu garganta, ya no hablarás otra vez conmigo.

Ya el ronquido se debilita. Cada vez más bajo, más bajo, más bajo... Ya sólo es un aliento. Ya no es ni un aliento. Ya es nada.

Silencio.

¡Bernardo! ¡Bernardo!

Golpeo el tabique...

Silencio.

¡Bernardo, el cuello era demasiado estrecho y vas a poner cara de ahorcado! ¡Quítatelo!

Silencio.

.....  
¡Ay, ya ha muerto mi amigo Bernardo, mi más dulce amigo!

## Mentirosa traición

«Amarilis:

Tú eres la única mujer a quien amo. Tú estás aquí dentro de mi pensamiento a todas horas. Tu recuerdo es un volumen que está constantemente deteniéndolo todo para ser lo único o es un perfume penetrante que tiene todas las afinidades y que se escurre y vuela y se introduce en los más escondidos reductos y anega cada uno de mis sentimientos.

Amarilis, chiquilla Amarilis, me dices que estás inquieta y nerviosa por... ¡Oh! no te preocupes por lo otro. Ya sabes que yo no te he mentido nunca. De tan bonitos, ningún míster palettero, como tú dices, hubiera podido hacer iguales tus ojos, ni hay confite igual al de tus besos más pequeñitos, ni seda más suave y delicada que...

Ya sabes, como de costumbre, ahí mismo.

Perdóname, fue imposible el domingo.

*Tuyo,*

«ANDRÉS».

Se me cae esta carta del bolsillo. Se me cae para Ana. La he de martirizar, porque me hace daño.

Esta Ana duerme mucho, come mucho y se mete en mi pellejo.

Por donde me muevo están allí sus ojos abiertos. ¿Qué quiere aquí esta Ana?

Ya se sabe todo lo mío. Ya ha estirado las piernecitas hasta mi talla. Ya tienes mi nariz. Ya tienes mis pestañas ralas y mis manos gruesas. Ya somos iguales.

Puaf, Ana.

## Un hombre recapacita

143

Ahora bien: ¿qué es lo que hago yo aquí?...

¡Eh! ¡Vecino de la derecha! ¡Vecino de la izquierda! ¡Vecino del frente! ¿Qué hacéis vosotros ahí?...

Os place también desocuparlo una vez al día. ¡Sólo una vez al día desocupáis vuestro estómago, amables compatriotas! Os place tomaros un vinillo en la tarde del sábado para calentaros el magín y devolver algo más de la comida con que os habéis hastiado. ¡Pero os quedáis con mucha más comida, inapreciables compatriotas!

También os place echar sostenidos paliques sobre los negocios de Estado y sentaros por largas horas con unos papelitos mosqueados ante los ojos, para educar vuestra gran inteligencia. ¡Ay, cómo perdéis inútilmente el tiempo, lamentables compatriotas!

¿Pero qué hacéis vosotros ahí?

Estáis hipando sobre vuestra irremediable tristeza. ¡Levantad el ánimo, compatriotas!

Estáis insultando a la encantadora mamá de los chicos. ¡Sucia! ¡Cochina! ¡Estúpida! ¡Animal! ¡Suspended mis facultades auditivas, serenísimos compatriotas!

Estáis riéndoos como descosidos, compatriotas mojigatos...

¡Esos! ¡Esos! Yo soy, hermano vuestro, un muerto mojigato.

## Sueños

Estoy en un gran teatro lleno de gente.

Al mismo tiempo estoy de pie sobre un pequeño muro, decorado de nopales carnudos, atormentados, babosos y espinosos.

Frente a este muro hay una casa humilde. De ahí vienen dos mujeres ataviadas para ir al teatro.

Entre el muro y la casa corre un pequeño arroyo sobre una superficie fangosa; para salvar este arroyo se debe pasar por un estrecho puente, de un solo tronco de madera groseramente cuadrado.

Estas mujeres tienen intenciones contradictorias. La más bella no quiere ir y la otra, su hermana, la incita secretamente. Para no ir debe emporcar su vestido en el arroyo.

Se odian un instante y yo lo sé todo sin que nadie hable porque soy un hombre que sueña.

Ya está la más bella sobre el estrecho puente.

«Me echo al fango», anuncia sin pronunciar una palabra.

«No te echas», responde en igual forma la otra.

Entonces la primera se encoge sobre el tronco, separa mucho las rodillas abriendo las piernas para tomar impulso, se me escapa el placer y se echa al fondo de cabeza.

Admirado, espero verla detenerse sobre el lodo del arroyo; pero no, esa mujer no se detiene. Rápidamente se hunde en el fango profundo y desaparece, y se hunde, y se hunde.

En el pecho se me apaga un rugido desesperado.

No puedo moverme del muro. Me paraliza el miedo. Yo tengo que salvar a esta mujer hundida; pero no puedo, miedo.

Y después me voy al teatro.

¡Ya está aquí mi hijo! ¡Ya está aquí mi hijo!

¡Gentes de este lado del mundo, sabed que me ha nacido un hijo! Ay, pobre Ana, tú no sabes que hemos tenido un hijo.

Ven acá, cosilla mía, cosilla mía gelatinosa y amoratada; ven acá, entre mis manos.

Alárgate, ínflate, crece como el viento en un solo instante.

Ve a gritar la verdad en la oreja misma de los hombres, con el mugido de los toros embravecidos: esta verdad encerrada en ti. Ve a ensordecernos, a encogerlos, a asombrarlos.

145

Ay, cosilla gelatinosa, no llores, no grites; pareces así un juguete de goma.

Voy a instruirte por un momento en las cosas de acá. En silencio, en voz baja. ¡Que no nos oigan, calla!

Mira, cosilla aquí, bajo todos nosotros, está la Tierra, la única cosa que verdaderamente está. La Tierra es una gran pelota que tiene encima todos los cachivaches que mañana van apasionarte y también es una bomba diminuta que continuamente está viajando en la nada. La nada es algo inmenso... no. La nada es nada que nunca termina... no. ¡No puedes entender lo que es nada! No hay uno que la entienda.

Ni falta hace.

Pero mira: sobre esa bombilla transeúnte vivimos momentáneamente millones y millones de seres movedizos y tenebrosos.

Seres y pelotita toman el nombre de creación. El hombre es el rey de la creación.

Ser es lo que come, odia y ama. Millón es un invento de lo que come. Rey es lo que más come y más odia y más ama.

El rey no puede vivir solo; necesita para sustentarse de otros reyes. Y cantidades de estos reyes han pintado sobre la pelota de la tierra figuritas arbitrarias dentro de las cuales se agitan, se revuelcan y gozan como en lo suyo. Los que han nacido dentro de una figurita no son de igual calidad que los que nacieron en otra, porque cada cual tiene sus ataduras. Según en dónde, se llaman rusos, polacos, alemanes, suecos. Los unos tienen atado el hocico, los otros las garras, los otros la cola.

Si el rey de hocico atado pone la mano sobre el rey de cola atada, todos sus congéneres se levantan y destrozan los unos a los otros.

¡Oh, mira cómo se ha hecho de improviso la noche!

Los hombres, para ser verdaderos reyes, necesitan hacerse fuertes con fusiles y bayonetas. Aquellos que continuamente están hechos fuertes toman el nombre de soldados.

146

Una vez los soldados marcharon para el Oriente, en medio de la selva. Y marcharon hasta encontrarse con un límite en donde había otros soldados de diversa atadura. Entonces los primeros saludaron a los segundos, que eran más numerosos, y en secreto se dijeron:

«El enemigo tiene galletas y nosotros no tenemos galletas».

Y después de meditarlo torvamente, se dirigieron de nuevo la palabra:

«¡Hay que quitárselas!»

Luego se echaron a tierra y se acercaron silenciosamente como gusanos. Y cuando estuvieron los otros a su alcance dispararon a una de sus fusiles y aprovechando el desorden se trajeron en seguida las galletas.

Pero transcurrido cierto tiempo, los soldados enemigos tomaron cuenta de la pérdida y reaccionaron:

«¡Debemos rescatar las galletas!»

Regresaron, avanzando sobre sus barrigas.

De nuevo al alcance, rompieron fuego y gloriosamente obtuvieron el rescate.

Y aquí se echaron las cuentas: los primeros estaban en número de noventa y habían muerto sesenta. Morir es dejar de comer, de odiar y de amar. Un combate en el que se produce el treinta por ciento de bajas se llama ya un combate heroico y los que mueren en un combate así toman el nombre de héroes.

Entonces los congéneres de los soldados muertos enaltecieron su memoria y les llamaron patriotas heroicos. Patria es tierra con reyes.

Tú, cosilla mía, llegarás a ser un patriota heroico, ¡o por lo menos un patriota! Escucha, escucha: esto es lo fundamental.

Serás un comerciante patriota, un juez patriota, un ladrón patriota, un artista patriota.

Tienes que odiar todas las demás ataduras.

Y esto es nada: aguarda...

¿Pero qué es eso? No entiendes una sola palabra, no has podido escucharme una sola. Lo único que sabes es llorar y gritar con esa angustia de animalucho abandonado. ¡Para qué voy a decirte otras cosas de acá, hijo mío!

147

Mas está bien así. Como nada entiendes, sólo pareces una cosa.

Je, je.

Ven acá entre mis manos, que voy a concederte una gracia. Más estrecho, más estrecho aún...

—Andrés...

—Andrés...

—¿Qué haces, Andrés...?

¿Eh? Yo... Yo... ¿Eh?

¡Pero mirad, mirad, gentes, cómo se ha hecho bruscamente el día!

## Canto a la esperanza

¡Oh, júbilo, ya sé lo que es esperanza!

Hay que desatar al hombre. Hay que desapasionar al hombre. Que se extienda a todo lo ancho, como el relámpago.

He huido del cubo y he caminado sin rumbo lejos de la ciudad, por el campo abierto, hasta dejarme envolver por la noche negra.

Todo era la noche negra: el campo y el cielo, las dos cosas juntas, sin límites, sin rutas.

Yo he estado ahí, en medio de la noche, los ojos abiertos sin ver y el oído atento, oprimida mi alma.

Yo he buscado ahí mi camino sin encontrarlo.

Pero no me he dejado coger por la impaciencia y al cabo se encendió la gran lámpara, de tal manera que estoy aquí de nuevo, hombre. Cáspita, cáspita.

¡Oh, júbilo, ya sé lo que es la esperanza!

## Orden, disciplina, moralidad

149

Llaman usualmente a la puerta; usualmente, con los antiguos nudillos de la mano.

Abro... Son los señores agentes del orden público.

Me quedo mirándolos, desorbitado.

Uno de ellos abre la boca:

—¿Usted es?

—Sí, señor agente. Soy yo

—¡Ahá! Por disposición de la autoridad competente, usted señor, está detenido.

—¿Detenido?... Muy... muy bien, señor agente. A su mandar.

Y sigo a los señores agentes orden. Un ciudadano patriota debe ser obediente y respetuoso. ¡Disciplina, disciplina, amables compatriotas! Disciplina, es la base de la prosperidad.

Fuera hay muchos grupos de ciudadanos que discuten de cuerpo entero. Cuando aparezco en la calle, todos me miran y se quedan en silencio. Después estos grupos van exaltándose, a medida que paso frente a cada uno de ellos y se vienen caminando en procesión, en el mismo sentido que nosotros.

Los señores agentes y yo entramos en un carro cerrado, sin vidrios.

Oigo gritos:

—¡A pie!

—¡A pie!

Parte el carro.

Transcurre algún tiempo y bajamos. Una gran puerta se abre y se cierra tras nosotros. Atravesamos un largo corredor oscuro. Ahora, a mis espaldas se cierra otra puerta.

¡Orden, disciplina, moralidad! Pero nada veo aquí, entusiastas compatriotas.

Este es un hueco negro, hediondo a tierra. Avanzo, con los brazos extendidos hacia adelante, hasta encontrar un muro, y  
150 recorro los límites de este hueco, palpando la tierra.

Un jergón. Me estiro sobre él, de espaldas.

Arriba, muy arriba, a una distancia inconmensurable parece haber una ventanilla. Miro fijamente en esa dirección, hasta llorar, en busca de ella...

...Días, días, muchos días...

Sí, había una ventanilla. El sol la ha encontrado ya y regularmente viene a colarse a través de ella en el hueco.

Fue así de repente como supe que en este hueco había algo extraordinario. Salté en pie para verlo. Arriba, en medio de lo negro, estaba pintada una línea clara y brillante. Ay, qué bonita, qué bonita esta línea clara.

Después la línea fue ensanchándose, abriéndose ¡perfumándose!, hasta hacerse una hermosa figura de geometría, un trapecio simétrico. Luego el trapecio fue descendiendo lentamente a lo largo de unas dos horas, tomó la forma de un cuadrado perfecto, descendió más y más, casi hasta la altura de mi cabeza y, por último allí fijo, empezó a achicarse muy despacio hasta ser de nuevo una línea y después nada.

Transcurre mucho tiempo negro y otra vez sucede lo mismo. Otra y otra vez, de arriba abajo, en las mismas horas lentas.

Ya conozco de memoria aquella ruta clara. Baja cavando las tinieblas y mi espíritu. Estoy mirándola, mirándola fijamente, cuando está y cuando no está.

...Días, días, muchos días...

¡Orden y disciplina, compatriotas, inestimables compatriotas!

## Audencia

151

El gran murmullo de la muchedumbre me oprime, me envuelve y me acosa, mientras los señores agentes del orden tienen la gentileza de abrirme camino a codazos. Por ahí paso como una persona de nota, agradeciendo el porte cumplido de estos caballeros inexplicables.

¡Andrés cómo te miran!

Del cerco humano ha salido una uña y me ha rasgado violentamente la epidermis del cuello: una mano ha tirado de mis vestidos, entre el gran murmullo. Me he detenido, he mirado hacia el cerco, desafiante, y todos los hombres han retrocedido miedosos, dejando un vacío cóncavo.

Luego continúo erguido, caminando entre las barreras.

Entramos, los señores agentes y yo, en un vasto local atestado de ciudadanos ansiosos, que alargan los cuellos hacia mí, produciendo un zumbido de abejas. Ciudadanos aplastados, ciudadanos estirados, ciudadanos abombados y amontonados como sardinas.

Allá, al fondo, se sientan a una mesa larga cinco grandes hombres, se sientan a una mesa larga cinco grandes hombres. Ante ellos como en cuclillas, a una mesa baja y pequeña, un hombre que no se ve que sea un grande hombre. A la derecha, otro hombre a la izquierda: otro. Atrás, más hombres, en ruedo, más hombres. Hombres y hombres.

Yo avanzo hasta el centro de todo. Me hacen sentar ahí.

Bueno, ¿y qué es lo que les pasa a estos estúpidos?

El hombre del medio de la mesa larga da un campanillazo y declara al cielo con una voz de armonio:

—Señores: queda instalada la audiencia.

—Queda instalada —repite el que no se ve que sea un grande hombre.

Después, el de la derecha no sé qué, haciendo unas figuritas con los dedos. Después el de la izquierda se pone en pie, carraspea y dice a los de la mesa larga.

152 —Señor Presidente del Tribunal, señores jueces... —y a la muchedumbre también le dice:

—Señores...

La muchedumbre bambolea. Tiene misteriosos escozores; se rasca en masa, se agita. Tose. Mira fijamente con sus 8.458 ojos congelados.

Hola, hola, ¿estás ahí, compañero Tixi? ¿Eres tú compatriota Alejandro? Hola, Honorables Instituciones, ¡todas vosotras aquí representadas! «Universidad», «Tenderos», «Prestamistas», «Amantes», «Trabajadores sin pan» y más, y más. Oh, ¿pero es que se trata de una fiesta deportiva que habéis traído aquí vuestras banderitas? Tal vez vais a batirlas como en los campeonatos de las Universidades Inglesas. Vaya, ¡qué cosa más interesante! Hola, hola, ¡tú aquí, mi dulce amigo Bernardo! ¡Bienatendino, Bienatendina! ¡Usted, señorita de los nopales!

—Atención, señores —truen la voz del caballero del centro de la mesa larga. Agita su campanilla.

El zumbido de la masa se apaga, como una onda perdida del radio.

—Señores —repite a gritos el hombre en pie—: No creo que los Anales del Crimen de este pacífico y progresista país registren un caso de delincuencia igual al que nos tiene aquí congregados en demanda de justicia. La sociedad escandalizada, como un solo hombre ha venido a pedir castigo ejemplarizador contra el culpable. Tiembla la palabra en los labios y la lengua humana se resiste a pronunciar su nombre y a narrar el hecho nefando que lo retiene ahí, en el banquillo de los acusados, frente a la muda y conmovedora protesta de todo un pueblo honrado, cuyas fibras más íntimas han venido a estremecerse con el desarrollo de los sucesos por todos los aquí presentes conocidos...

—¡Bravoo!

Hola, hola, este hombrecillo va a exaltarse.

—Aquí lo tenéis: sí, señores, aquí lo tenéis. Con la cabeza en alto, sonriente, como si nada tuviera que ver con sus horrendos desmanes, demostrando una vez más la frialdad de su corazón de hiena... Peor que hiena, señores, porque habéis de saber que este animal terrible no abriga en su pecho siquiera el amor por sus tiernos hijos. Este monstruo, no. Sí, aquí lo tenéis: Farinango, Andrés Farinango, ¡el filicida!

153

Los señores agentes del orden me obligan a tomar asiento. Me dan un palo en el espinazo.

La muchedumbre levanta su voz de oleaje; se va contra las paredes, contra el techo; se abate; vuelve a levantarse; azota a la misma muchedumbre, que agita sus manos de ahogado. Se viene hacia mí y me envuelve y arrastra.

¿Pero qué pasa aquí? ¿Yo soy yo, Andrés? ¿Estoy aquí yo, Andrés? ¿Es una muchedumbre esta muchedumbre? ¿Y es un hombre este hombrecillo? ¿Eh?

Ahora las palabras están lejanas, entrecortadas por rugidos y zumbidos. El hombrecillo habla y habla como una máquina. Me llega algo a intervalos.

—...su confesión explícita... la aterradora reconstrucción... pruebas... folio 345... folio 348... folio 420... folio 800... folio 1.001, 1.002... folio... folio... Y sus antecedentes que por sí solos... una mujer santa... amigo de la infancia... sin compasión... máximo de la pena...

Una gritería formidable me sacude. Puedo incorporarme y ver... Ya está callado ahí, riéndose con sus vecinos. Les da la mano, ¡eh! ¡Ah, canalla!

—Atención, señores. Silencioo: va a hablar el abogado defensor.

El hombrecillo de la derecha se pone en pie. Está amarillo.

—Señor Presidente del Honorable Tribunal, señores jueces... —al populacho:

—Señores: En el caso que nos ocupa, serenísimos jueces, es necesario que no nos dejemos arrastrar por la pasión desmedida

y que, en primer lugar... analicemos las características del delincuente... que en el presente caso se trata de una comprobación indiscutida... irresponsable a todas luces según las disposiciones del Código Penal... Sabios Jurisconsultos y distinguidos estudiantes de la Universidad aquí presentes convendrán conmigo en que, como se ha demostrado ya plenamente, sólo existe delito en cuanto concurran los tres elementos que el genial Carrara fijó con tanta precisión y sabiduría. Ya sabemos que en este caso nos falta el más importante de ellos, el discernimiento, y que por tanto no hay delito en manera alguna... El acusado debe ser absuelto...

La interrumpe la muchedumbre:

—¡Que se calle! ¡Que se calle!

—¡Que calle el vendido!

—¡No vale!

—¡Que calle el brutoo!

—¡Pagado! ¡Pagado!

—¡Que calle!

El hombre del medio de la mesa da un campanillazo.

—Silencio, señores; va a interrumpirse la audiencia si continúa esto así.

Una voz:

—El pueblo tiene derecho.

Un coro:

—Sí, sí; el pueblo tiene derecho. Nadie puede inpedírnoslo.

Los señores agentes del orden se agitan y alzan sus palos; pero, en realidad, no pueden impedirlo.

—La justicia es nuestra: ustedes son simples administradores. El pueblo ha venido aquí para hablar: ¡Que se conceda la palabra al pueblo!

—¡Queremos hablar! ¡Queremos hablar! ¡Que se conceda la palabra!

—Señores: esto no es posible. Esto es desusado en los Tribunales. Aquí sólo tienen derecho a hablar los abogados y los jueces.

—¡Es un abuso! ¡Es un fraude!

—¡El pueblo tienen derecho! ¡Quiere defender su justicia!

—¡EL PUEBLO! ¡EL PUEBLO!

—¡Abajo el Tribunal!

—Un momento señores, un momento.

El señor Presidente echa a hablar en voz baja con sus acompañantes de la mesa larga. Unos curiosos, situados atrás, alargan el cuello e introducen su oreja en la conversación. Después todos se ponen contentos y sueltan unas carcajadas.

El Presidente, agitando la campanilla:

—Bien. Tiene la palabra el pueblo.

¡Bravo! ¡Bravo!

Aplausos.

El abogado defensor:

—¡Protesto, señor, en nombre de la ley! ¡Esto es una batahola!

Una voz:

—Oye, mamarracho ¿Y de quién es la ley? ¿Es tuya la ley?

El abogado se pone más amarillo y de todas partes se levanta una risa estruendosa. Oleajes, gritos, estremecimientos. Caras congestionadas.

El Presidente:

—Atención, señores, ¡Silencio!

Se suspende el escándalo. En el fondo se incorpora un hombre, tose, escupe en el pañuelo y abre la boca:

—Señor Presidente, señores, jueces, señores —para sus vecinos—: Muy inmerecidamente me ha correspondido el honor de representar en este acto trascendental a mis queridos compañeros de la Universidad. La Universidad, alma mater de la conciencia nacional; la Universidad, crisol purísimo en donde se funden los anhelos y las aspiraciones jóvenes; la Universidad, reducto vigoroso del pensamiento y reservorio efectivo de fuerzas espirituales que afluirán a la corriente abrumadora del progreso; la Universidad, luz que alumbrá las tinieblas tenebrosas de la ignorancia; la Universidad...

—¡Apure! ¡Apure!

—...la Universidad, digo, no podía permanecer indiferente y aislada en momentos como este de reacción en favor del orden y la paz; en momentos de purificación e higienización de los tratos

sociales que desgraciadamente por ley ineluctable de la vida, abrigan en sus entrañas parásitos venenosos que tienden a propagar su ponzoña, con perjuicio de la armonía, estabilidad social y el verdadero progreso. La Universidad...

—¡Apure! ¡Apure!

156 —La Universidad, ejem... La Universidad ha traído aquí su voz acusadora contra el hombre que sólo por afortunada coincidencia debe ser calificado de parricida, de asesino de su propio hijo; pero que guarda en su repertorio de crímenes hechos monstruosos y cobardes que escapan a la clasificación legal y que en justicia debieran valerle su eliminación social. Crueldad, impavidez, cinismo, antisociabilidad, desviación instintiva de los pocos tesoros anímicos del hombre, atrevimiento y tantos y tantos abusos que aquí mismo serán detallados, le colocan al margen de la bondad y del respeto que debemos a nuestros semejantes. Atrevimiento, señores, atrevimiento desmedido... ¿y quién es él? Yo quisiera saber quién es él... ¡Que se nos lo diga!

Coro:

—¡Sí, sí! ¡Que se nos diga! ¡Que diga quién es él!

—¡Que diga! ¡Que diga!

Pausa.

El Presidente:

—Acusado: el pueblo quiere que se responda a esta pregunta. ¿Quién es usted?

—¿Y para qué lo quiere?

—¡Que responda! ¡Que responda!

—Diga usted, acusado: ¿Quién es usted?

—¿Yo?... Pues bien: yo soy un ahorcado

—¡Ja, ja ja! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ja, ja ja!

Una voz:

—¿Lo han oído? ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Es un a-hor-ca-do!

Entonces debiéramos ahorcarlo nuevamente. Claro, ya está ahorcado, ¿y qué? ¡Que se lo ahorquen! ¡Propongo que se lo ahorque!

Coro:

—Sí, sí. ¡Que se lo ahorque!

—¡Que se lo ahorque!

El abogado defensor:

—Señor Presidente: Esto es una pantomima ¿o qué es?  
¿Quién puede entender esta audiencia ridícula?

El Presidente:

—Llamo al orden al señor defensor. Debe saber que se encuentra ante el Tribunal del Crimen en Audiencia. ¡Esta es la verdad! Por lo demás: ¿hay tal vez una objeción de parte?

El defensor:

—Pero, señores del Tribunal, ¿cómo es posible que legalmente pueda darse oído a una proposición de esa naturaleza? ¿Existe acaso la pena de la horca entre nosotros? Pido que lean las disposiciones del Código. No existe: esto es un abuso.

—¡No importa!

—¡Lo pide el pueblo!

—¡Sí, no importa! ¡El acusado está fuera de la ley!

—Esto es. Pido la palabra, señor Presidente.

—La tiene, señor Delegado de la Universidad.

—Señor Presidente: Inútilmente, el distinguido abogado de la defensa pretende tomar amparo en disposiciones legales que no pueden aplicarse al caso que molesta la atención del Tribunal. En efecto, aún los neófitos de las ciencias públicas y sociales saben ya que el mecanismo político descansa sólidamente en un sistema de mutuas contraprestaciones, en el que el ciudadano es un elemento respetuoso y afecto al organismo total y la sociedad, en cambio, un supraelemento de garantía que mantiene el correcto desenvolverse de las actividades individuales, sin rozamiento y en orden perfecto. Pero suprimamos por un momento la prestación lógica de respeto y adhesión por parte del ciudadano al organismo, coloquémoslo en un punto antagónico al fin social, y este ciudadano habrá perdido todo derecho al reclamo de garantía, se habrá colocado fuera de la ley. La sociedad sólo protege a los suyos.

En el presente caso, debemos pues concluir, sin vacilaciones, que la ley no protege al ciudadano Andrés Farinango y que en consecuencia, el Juez, interpretando la voluntad del pueblo, debe aplicar el más eficaz y ejemplarizador método de supresión y defensa.

—¡Sublime! ¡Sublime!

158 —Pocas palabras más, señor Presidente. Quiero desvirtuar en su totalidad la especie vertida por el distinguido abogado de la defensa, quien, al comenzar su exposición, que afortunadamente fue interrumpida, aseguró que no se trataba en este caso de un verdadero delito, pues, según el ilustre Carrara, para que aquel exista es necesario la concurrencia de tres elementos, uno de los cuales, el discernimiento, ha estado ausente de Farinango en el momento del hecho... ¿Pero en qué época estamos, señor Presidente? La ciencia Penal ha cambiado fundamentalmente desde los años en que el inteligentísimo abogado defensor hizo sus brillantes cursos en la Universidad. No nos guiamos ya, señor Presidente, por el criterio absurdo de la responsabilidad, a la cual el señor abogado quiere referirse; ahora existe un nuevo y maravilloso guía del penalista moderno, y este, a todos títulos infalibles, es la temibilidad. ¡Cuidado con el hombre temible, aunque nunca haya puesto sus manos en el vecino! Echadle pronto el guante. Esto es clarísimo, lógico, lo sabe todo el mundo, no necesita explicación. La sociedad debe defenderse. ¿En qué quedamos, pues, señor Presidente?

—¡Sublime! ¡Perfecto!

—¡Viva! ¡Viva!

Aplausos frenéticos.

—Muchas gracias, señores.

El abogado defensor:

—Pero, señor Presidente: en este país no hemos reformado el Código. Rigen todavía las leyes de 1875.

—¡Miente! ¡Nos acusa! ¡Abajo! ¡Hemos reformado el Código!

—¡Abajoo!

El abogado defensor cae anonadado. Suda.

La muchedumbre da alaridos. ¿Ya ha caído, por fin ha caído? ¡Era un monigote!

¿Pero qué le pasa en realidad a este monigote?

—¡Señor!... ¡Señor!

¡Un momento! Tiene la palabra el acusado.

Silencio completo. Una mosca viene a posarse en mi nariz. La echo. Regresa.

—Señor... Quería manifestar solamente al Honorable Tribunal que se trata de una lamentable equivocación. La respetable sociedad se ha dejado impresionar muy fácilmente... Eso del asesinato ha sido sólo un sueño... y, verdaderamente, no hay más Código que el de 1875.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja,ja!

—¡Qué gracioso es!

—¡Qué cínico es!

—¿Lo han oído? ¡Un sueño!

—¡Ja, ja, ja,ja!

—¡Que se lo ahorque!

—¡Que se lo ahorque!

Los representantes de los burgueses:

—¡Es un bolchevique!

Los trabajadores sin pan:

—¡Protestamos! Es un burgués, y de la peor clase. Es el último burgués. Ya va a descomponerse. Está irremisiblemente perdido. El bolchevique es un hombre alegre y sabe amar la vida porque la toma como ella es, jubilosamente. Es un burgués, ¡que se lo ahorque!

Los representantes de los burgueses:

—¡Que se lo ahorque!, pero es un bolchevique. No ha amado a su patria y ha conspirado secretamente contra el orden. Ha insultado a la Autoridad y no ha respetado sus mandatos. Ha hecho mofa de nuestro arte.

Los trabajadores:

—Están en Babia los señores burgueses.

Los amantes:

—Bueno, al fin ¿qué importa eso? Un bolchevique o un burgués, ¡psch! Ante todo ha sido un ente despreciable. Tenía un concepto errado de la vida. Más bien, no tenía un concepto de la vida.

¡Era un imbécil!

La señorita de los nopales:

Y un cobarde esencial.

Mi amigo Bernardo, Bienatendino, Bienatendina:

—Y un impostor cruel.

Coro:

—¡Que se lo ahorque!

—¡Que se lo ahorque!

160 —Basta, basta, señor —dice el hombre del centro de la mesa  
larga, dando campanillazos desesperados—. Vamos a dar por  
terminada la audiencia. El Tribunal se retirará para sentencia.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

Los cinco hombres se retiran en hilera. Les abren camino  
los ciudadanos al paso. Después todos se quedan riendo y esti-  
rando los puños hacia el centro del local.

Estoy ausente. ¡No estoy aquí! ¡No estoy aquí!

Una corta pausa y aparecen de nuevo los cinco hombres.  
Toman asiento en sus sillas.

El hombrecillo que no se ve que sea un grande hombre tiene  
un papel entre las manos.

Silencio absoluto: se oyen los alientos, se oyen las miradas  
ansiosas.

Lee con voz de lego; lee y lee...

«...en nombre de la República y por Autoridad de la Ley, se  
condena...»

¡Eh oído mío!

La muchedumbre gira, se arremolina, da alaridos de placer.  
Los gritos, grandes tapones de algodón, me llenan las orejas.

Todo se nubla y oscurece.

Una espesa muselina negra está deslizándose sobre los  
grandes tablados, como si la noche se echara a poseer este paisaje  
humano de ojos y uñas.

Yo voy a pensarlo detenidamente.

## Ahorcado, señor intendente

161

Comenzó a sabérselo en la tarde, apenas pasada la hora de la siesta.

—Se ha suicidado un hombre.

—Han asesinado a un hombre.

—Han encontrado a un hombre ahorcado.

—¿Ahorcado?

—¡Ahorcado! ¡Qué bruto!

—Ahorcado con un cordel.

—Ahorcado con una corbata.

—Ahorcado con un alambre.

—¡Un ahorcado!

—¡Un ahorcado!

Entonces llegó a saberlo también la Oficina de Seguridad y envió al Jefe de Demarcación, acompañado por detectives y hombres de armas.

—Aquí es.

—Sí, aquí es.

Las culatas de los rifles castigaron la puerta cerrada luego la descerrajaron apresuradamente.

En realidad, ahí estaba el hombre ahorcado. Ahorcado con un alambre, en el centro de su viejo cubo, colgante como una lámpara.

Y su excelencia el Jefe de Demarcación redactó para el señor Intendente, acto continuo, el siguiente comunicado:

«Señor Intendente:

De conformidad con las órdenes recibidas de usted el día de hoy, a las cuatro de la tarde, me constituí en el sitio de costumbre, con veinte hombres de mi mando, para averiguar el resultado del asunto que de algún tiempo acá ha venido preocupando a esta Dependencia. Como nadie diera respuesta a nuestras llamadas abrimos la puerta a golpes. El hombre estaba ahorcado».

162

*Ahora bien:*

*Esta historia pasa de aquí a su comienzo, en la primera mañana de mayo; sigue a través de estas mismas páginas, y cuando llega de nuevo aquí, de nuevo empieza allá...*

*Tal era su iluminado alucinamiento.*

## *Otros relatos*



## Comedia inmortal

165

Voy a hacer una comedia de enredo. No pido perdón si a alguien le robo el tiempo, porque 1º, sólo con ese objeto va a leer y 2º, en tratándose de enredos nadie se asusta, todo sale bien: el lector se entusiasma y el autor cobra fama. ¡Oh, la fama que voy a adquirir yo con esta comedia!

Los personajes de la farsa son:

LUNA, muchacha angelical de quince abriles, tierna, fina, romántica (¡qué bien le cae el nombre! ¿ah? ¡como que parece un rayo de la luna!)

ENRIQUE, joven de veinte años, sobre cuyos labios apenas apunta el fino bozo; romántico también, ¡claro!, y usted lo quiere puede ser poeta.

DON ÍÑIGO, padre de Luna, austero, escéptico, etc.

SEÑORA DE ALARCÓN, madre de Enrique.

DON CARLOS, aparentemente padre de Enrique.

NOTAS: *Se han suprimido varios personajes que intervienen en el asunto, para que este sea una transparente complicación.*

*Si alguno pretendiera reclamar, no encontrado enredo en esta comedia, está muy equivocado. Falta de comprensión, si, falta de comprensión. ¡Ah, el tal público!...*

*Este es nuestro más grande dolor de autores: pasar por el mundo entre las risas de los demás, sin conseguir que nadie reciba una sola luminaria de la Empresa de luz de nuestras almas.*

*Se han seguido fielmente, aunque usted no quiera creerlo, todas las reglas de composición de los grandes maestros. Como la comedia es en tres actos, estas son las normas: en el primero, exposición del asunto; en el segundo cumbre de la acción emotiva; en el tercero, solución del problema.*

*Se ha tenido presente, asimismo, otro gran secreto: el de dejar de entrever el misterio. Si usted es perspicaz lo adivinará pronto y al final halagaré su perspicacia; si no lo es, ¿qué voy a hacer?: falta de comprensión. Yo no trato de despistar.*

*Y con esto, a escena.*

## ACTO PRIMERO

167

*La acción se desarrolla en un paseo silencioso, bordeado de árboles. Es de noche. Arriba, la luna. Abajo, el camino enarenado. En medio, una fuente parlara. Por la izquierda aparece ENRIQUE; por la derecha, una muchacha encantadora.*

### *Escena primera*

ENRIQUE y LUNA

ENRIQUE: *(Deteniéndose en el centro.)* ¡Qué amarga mi vida, qué desilusión! Me encuentro solo, sin un amigo a mi lado. Todo me cansa. He vivido veinte años y sólo he recibido desengaños y desventuras. Lo que quisiera es poner fin a mis días para no apurar más la copa del dolor que me atosiga. Ya no anhele nada: los placeres me cansan y sólo dejan en el corazón el arrepentimiento, las heces del goce que son demasiado acibaradas; las mujeres me han engañado; el dinero no me seduce... ¡Ah, muerte, muerte, ven a mis brazos y líbrame para siempre; llévame muy lejos, al país de lo desconocido...!

LUNA: Pero, ¿quién será ese hermoso mancebo y qué querrá decir con esas palabras que yo no comprendo?

ENRIQUE: ¡Muerte, muerte, ven a mis brazos!

*Ella lanza un suspiro; él regresa a ver y se queda mirándola; ambos se estremecen. Son parecidos como dos gotas de agua*

ENRIQUE: *(Aparte.)* Pero, ¿qué es esto?... ¡Cómo empalidezco! ¡Oh, amor, amor, perdóname, yo no te conocía! Apenas la

veo y ya ardo en deseos de saber su nombre, de arrojarme a sus pies para adorarla... (*Acercándose a ella.*) Encantadora niña, ángel del cielo. ¿Qué hado bueno hizo que os encontrara en mi camino? Decídmelo, por favor, que ya sin veros y sin oír una sola palabra de vuestra boca angelical, no podría vivir, ¿qué nombre os acompaña? ¿Cómo os llaman los mortales, indignos de teneros entre ellos?

168 LUNA: (*Muy pálida y azorada.*) Luna...

ENRIQUE: —¡Ah, Luna, Luna, como la única compañera de mis noches de insomnio, como la que brilla allá, en los purísimos cielos! (*Se arroja a sus pies y tomando las manos de ella, se las cubre de besos.*) Por Dios, Luna, perdonadme que os bese, que os diga que os amo, que no podré vivir sin vos, que vos serás la salvadora de este hombre cansado de la vida, que...

LUNA (*Asustada.*): Caballero, que viene mi padre, escondeos, si no, sois muerto.

ENRIQUE: No, no, aquí permaneceré aunque la vida sea arrancada de mi pecho, al lado de vos.

*Suenan pasos en la arena y ENRIQUE se decide  
y ocúltase tras unos árboles.*

### *Escena segunda* *Dichos y DON ÍÑIGO*

DON ÍÑIGO: Perdona, hija mía; me demoré dando una limosna a ese pobre... ¿qué hacer? Yo ya sé que la limosna es inútil, no vale para nada; pero en fin...

ENRIQUE: (*De entre los árboles*) ¡Cómo palpita mi corazón, cómo se ensancha mi pecho! ¡Amada, amada mía, no me dejéis! Si os vais, yo muero, ¡Luna, Luna!

DON ÍÑIGO y su hija desaparecen a lo largo del paseo. ENRIQUE sale de su escondrijo y extiende los brazos hacia ellos.

*Cae el telón*

NOTA: Como yo no pretendo innovar nada ni menos querría irrogar un grave daño al arte escénico, los personajes siguen siendo sordos como petacas: lo que va dirigido a ellos nunca lo oyen. Así nadie se extrañe de que DON ÍÑIGO no haya oído las últimas lamentaciones de Enrique, continuando su paseo, impasible como si tal.



## ACTO SEGUNDO

171

*Noche oscura. Una larga calle embaldosada. En el frente, una enorme casa constelada de ventanas. Se oyen, a la vuelta de la esquina, relinchos y coces de caballos. DON CARLOS y ENRIQUE esperan arrebujaos en amplias capas.*

### *Escena primera*

DON CARLOS y ENRIQUE

DON CARLOS: Calma tu impaciencia, hijo mío, y no interpretes mal mis actos; yo te ayudo porque lo único que te deseo es tu felicidad. Ya que no es posible que Don Íñigo conceda la mano de su hija, la tendrás, mal que le pese.

ENRIQUE: Padre, padre mío, os debo mi felicidad; mi vida la tenéis en cambio, ya que vos mismo me la habéis dado y os encargáis aun de endulzármela.

*Se abre una ventana en lo alto de la casa y cae una escala de seda.*

ENRIQUE *sube y tras un momento de ansiosa espera baja con*

LUNA *entre sus brazos.*

### *Escena segunda*

Dichos y LUNA

ENRIQUE: Despierta, bien mío, despierta, que me tenéis a vuestro lado. (*Luna ha sufrido un desmayo*). Os defenderé hasta la muerte si es preciso; pero ábranse tus ojos y contemple yo la luz purísima que irradian; esa luz que levanta mi ánimo,

que hace llevaderas mis penas, que me ha enseñado lo que es la vida y lo que es el amor. ¡Luna, Luna!

LUNA: *(Despertando sobresaltada)* ¿Quién es? ¿Eres tú, Enrique?... ¿Eres tú? ¡Oh! Mándame Dios ya la muerte, que he podido estar a tu lado, después de tan largo tiempo; acójame en su seno el reino de las tinieblas; ciérrense mis ojos a la luz, que ya nada espero... Pero, huyamos, huyamos pronto que podría enterarse mi padre; no vaya a ser que nos persigan y pierda yo lo que más he anhelado en mi vida.

DON CARLOS: Sí, sí, pronto; ya llega la aurora por el oriente y pudiera sorprendernos y delatarnos. Huyamos, huyamos.

ENRIQUE: Huyamos, ¡amada mía! ¡Luna! Ahora te quiero más que todo. Desprecio los rayos de la noche de los poetas, de la indiscreta reina de la noche y sólo quiero la luz de tu purísimo rostro que alumbraría mejor en los espacios siderales que cuantos astros ha creado la mano de Dios.

LUNA: ¡Calla! No blasfemes, amor mío.

*En este momento suena un disparo. Todos empalidecen y corren despavoridos. Luego se imitará en las tablas el galope desenfrenado de los caballos. En lo alto de la casa se abrirá otra ventana y aparecerá el rostro adormilado de DON ÍÑIGO.*

DON ÍÑIGO: Creo que fueron ladrones; pero han huido ya. ¡Vaya que son valientes los desalmados!... Bueno, a dormir, que ya es bastante tarde y yo demoro en conciliar el sueño. ¡Venir estos pícaros a alborotar la calle!

*Cae el telón*

## ACTO TERCERO

173

*Esto sucede dos años después. A la entrada de una iglesuca apartada, una pareja de novios, ENRIQUE y LUNA, esperan algo que no se sabe bien qué es. Les acompañan DON CARLOS, la SEÑORA DE ALARCÓN y algunos sirvientes.*

### *Escena primera*

ENRIQUE, LUNA, DON CARLOS y SEÑORA DE ALARCÓN

ENRIQUE: Feliz este instante. Al fin podrás ser mía, mi bien amada. Podremos vivir tranquilos con el asentimiento de Dios y de los hombres. Ya debemos olvidarnos de tu padre. Por más que ha buscado por todos los rincones de la ciudad, por más que ha mandado emisarios por todas partes, no ha logrado descubrir nuestro asilo. Y si al fin ha olvidado sus inútiles pesquisas, será porque ya nos lo permite, aunque no se haya dignado siquiera decírnoslo. ¡Qué dichoso momento, Luna! Los segundos se me hacen horas y ya quisiera haber recibido la bendición del santo sacerdote y estar camino de nuestra casita...

LUNA: Calma tus ardores, Enrique; yo no sé qué es lo que presiento... Pero por algo, sin duda, yo he querido retrasar cada vez más el día de nuestra boda... No sé por qué, me dan corazonadas de que esto no debe ser así.

DON CARLOS: Esas inquietudes no debes abrigar, hija mía... ¿Qué es lo que piensas? ¿De qué puedes dudar?

*Sin embargo de estas palabras DON CARLOS debe estar muy nervioso, mirando a uno y otro lado. Les incitará cada momento a entrar, para que se consume el hecho.*

SEÑORA DE ALARCÓN: ¡Ay! Líbreme Dios; pero yo tampoco creo que debemos hacerlo. Estoy también inquieta...

174

*Pero al fin se deciden. Y en el preciso momento de franquear la puerta, aparece DON ÍÑIGO, pálido y demudado.*

*Escena segunda*  
*Dichos y DON ÍÑIGO*

DON ÍÑIGO (*Aparte*): Llegó a tiempo, Dios del cielo. (*Dirigiéndose a la comitiva*): ¡Alto, señores, que nadie entre!

LUNA, *al ver a su padre, cae desmayada en tierra, cuan larga es.*  
DON CARLOS, *viendo descubierta su infamia, huye.* ENRIQUE, *muy pálido, se lleva la mano al bolsillo para sacar el revólver —por previsión, ha llevado el revólver.*

DON ÍÑIGO: ¿Pretendes, acaso, ser parricida?

ENRIQUE (*Casi sin poder mantenerse de pie.*): ¿Quién?... ¿Yo?

LA SEÑORA DE ALARCÓN *cae desmayada*  
*en la misma forma que LUNA*

DON ÍÑIGO: Sí, tú, pregúntaselo a esa mujer.

*Inmediatamente, como es natural, la SEÑORA DE ALARCÓN abre los ojos.*

SEÑORA DE ALARCÓN: —Sí, eres su hijo.

ENRIQUE *sigue turulato.* LUNA *despierta y DON ÍÑIGO le manda abrazar a su hermano.*

LUNA: ¿Hermano mío?... ¡Oh, Dios, que disponen las cosas con tu sabiduría infinita! Ven, hermano mío, ven a mis brazos.

ENRIQUE: Ha triunfado el amor, ¡el amor fraternal y puro!

*Cae el telón, mientras ENRIQUE y LUNA se funden en un largo y estrecho abrazo.*

175

MÁS NOTAS: *Al terminarse la representación de esta comedia, el público quedó algo desconcertado; pero luego aplaudió hasta rabiar. Algunos amigos me llamaron gran comediógrafo.*

*Pero, a última hora, un crítico se me ha acercado desvergonzadamente para decirme que la obra es un desastre, que no hay tal enredo y que si lo hay será después del final que es para confundirlo todo y dejar en ayunas a los espectadores. Y todo esto me lo ha dicho de egoísta, de puro egoísta. ¡Ah, los críticos...!*



## Un nuevo caso de mariage en trois<sup>1</sup>

177

Habían quedado con las bocas muy juntas, acariciándose, cuando de improviso Elvira se puso en pie de un salto; hacía ascos y escupía.

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Jesús!

Don Antonio, sin preocuparse, conociendo que las mujeres hacen aspavientos por nada, preguntó entre dientes, arrebuñándose en las sábanas:

—A ver, hijita, veamos: ¿qué pasó?

Ella se horrorizaba cada vez más, acentuando su mohín asustado.

—¡La mosca, por Dios, la mosca! Se nos ha metido entre las bocas.

Entonces el Maestro se estremeció levemente: había sentido un suave cosquilleo que le avanzaba por los labios; luego le saltó a la frente y bajó de prisa por el perfil de la nariz; por último, algo voluminoso que aleteaba con furia invadió sin compasión una de las ternillas y zumbando dio con su cuerpo por todas aquellas escondidas cavidades. Recoledo se sentó bruscamente sobre el lecho y estornudó con fuerza. ¡Qué barbaridad!: entre sus brazos sudorosos estrechaba una tibia almohada y a su lado no había nadie.

Al recordar los pasajes ardientes de su sueño, tuvo vergüenza de sí mismo y si en ese momento viera a Elvira, segura-

---

1 Se publicó en la revista *América*, de Quito, año 1, n. 5, dic. de 1925, con la siguiente nota: «Un nuevo caso de mariage en trois, es el extracto de un capítulo interesante de la novela *Orejas de virgen* que Pablo Palacio publicará muy en breve» La novela no apareció jamás y sus originales están extrañados.

mente la habría pedido perdón de rodillas. ¡Era un insulto profanarla así, en sueños, cuando ni siquiera se habría atrevido a confesarla su amor al estar junto a ella!... En fin, era hombre y débil... ¿qué le iba a hacer?...

Con el dedo meñique empezó a escarbarse pensativamente las narices y con el índice de la otra mano se restregaba los ojos. ¡Que no supiera nadie que un hombre tan serio como él disparataba a oscuras de esa manera!

Antonio Recoledo era un individuo bajito, rechoncho y algo miope. Cuando salía a la calle usaba siempre sombrero hongo, lentes y ropa negra de medio uso. Tendría unos cuarenta años y ya era célebre.

Y siempre fue inteligente don Antonio: que lo digan los de su tiempo... Fundó dos periódicos: *El Faro* y *La Verdad*, en los que campeó con valentía y justicia; rindió el grado de bachiller y estudió hasta tercer año de Derecho, desde donde perseveraron sus aficiones sociológicas. Era un talento verdaderamente enciclopédico, porque en estos tiempos se estudiaba... ¡Ah, si volviéramos a esos tiempos!... Al menos él hablaba con el mismo desembarazo de Derecho Natural como de Economía y de Química y hasta de Literatura. Claro que algunas veces no decía lo que los libros; pero ya don Antonio había confiado en reserva a su sobrino Juan que los libros también se equivocan, de repente. Juan lo llamaba dulcemente «Maestro» y bien se lo merecía.

Llevado por sus inclinaciones a la Sociología, estudio que ha hecho dar un paso gigantesco a la ciencia contemporánea, el joven desertor de la Universidad se encerró en un rinconcito apartado; perdió media vida, media cabellera, media vista y se hizo sabio. ¡Laudable sacrificio en pro del adelanto humano!

El centro de sus actividades era la mujer. La conocía al dedillo: algunos opinaban que era más ducho que Balzac y más preciso que Stendhal. Pero lo que más gustaba en Recoledo era su sano optimismo; ¡claro que hay que ser optimista! No se pierde nada y se da una buena inyección de valor a la gente honrada.

«La mujer, ángel de luz», había escrito Rocodelo, «toda sentimiento y amor, así sensible y frágil como es, está llamada a fines

grandes. Comprensiva e inteligente, casi tanto como nosotros los hombres, será, sin duda alguna, la base más sólida de la vida futura. Al menos, filósofos y publicistas de nota están de acuerdo sobre este punto». ¿Quién será capaz de negarlo? ¡Bellas frases las de don Antonio!

Con tan favorables principios para el sexo bello, compuso su obra monumental *En defensa de la mitad más interesante de la especie humana*, que tanta fama le dio.

179

Tuvo frases justas, lapidarias, «desconcertantes por su laconismo incisivo, que penetra en la verdad como el bisturí en la carne de un cadáver». Así se lo dijo un comentador y, como el Maestro había subrayado la frase, creo que fue de su gusto.

Y era natural que después de la publicación de la obra, soñara maravillas por lo menos durante tres noches: un hombre que escribe un libro no es cosa vulgar. Pensó en minuciosas biografías, en algunos retratos suyos publicados en la página de honor de periódicos extranjeros, y también en numerosas felicitaciones de los Comités Feministas —aunque, dicha sea la verdad en su honor, nunca tuvo envidia de los honores. Muy por el contrario, don Antonio, siempre que podía, echaba al rostro de sus adversarios esta frase, que era un bofetón: «¡Ningún hombre superior... anda... a caza... de vanidades!». Cuando pronunciaba esta frase favorita, se extendía cuando alcanzaba su menudo cuerpo y agitaba vigorosamente el índice con ademán significativo.

...Ahora, con los ojos todavía hinchados de tanto dormir, meditaba lleno de contrición en las barbaridades que había soñado... Lo de los Comités y los periódicos... pase; pero lo de Elvira, una muchacha tan buena... Sin embargo, en vez de olvidarlo, siempre volvía a lo del sueño, y en el fondo lo habría querido de verdad.

En ese momento sintió ruido. Iba a levantarse, cuando oyó la voz de la cocinera, que con el ojo en la cerradura y la boca hecha agua, llamaba delicadamente:

—Señor... Señor...

El Maestro, metiendo de nuevo las piernas velludas bajo los cobertores, mandó:

—¡Entra!

Petrona entró con un diario en la mano. Estaban sus ojos relucientes de felicidad; con un índice gordezuelo señalaba el periódico, y afirmaba que eso era sublime. A ella se lo había dicho, cuando iba al mercado, la señora Gertrudis, quien leía los periódicos todos los días y ella lo compró para que lo viera el señor...

180

Este lo cogió apresuradamente, restregándose de nuevo los ojos, cabalgó las gafas y recorrió las líneas negras... Sí, en la sección bibliográfica estaba. Leyó en voz alta, después de toser y expectorar.

«Antonio Recoledo y su obra *En defensa de la mitad más interesante de la especie humana*. Hemos recibido la excelente obra cuyo epígrafe, encabeza estas líneas, dos tomos de menuda impresión que acabamos de leer con agrado. Antonio Recoledo, su autor, joven de singulares dotes, viene dedicando desde muchos años atrás todo su esfuerzo al estudio de la mujer...»

—Tráeme el desayuno, pronto.

Petrona salió con desgano.

«...estudios de los que tanto carecemos en estos tiempos en que los jóvenes desgastan inútilmente sus energías en chirles produccioncillas literarias, que cada vez van aumentando más el desdoro de nuestra querida Patria». Recoledo sonrió satisfecho; era así. Ah, nadie como los periódicos para decir las verdades. «Es tiempo de que la juventud despierte y siga la preciada senda de la ciencia, por donde va a la vanguardia nuestro sabio Recoledo, quien, despreciando a todo trance gangas personales y satisfacciones vanidosas, consume con paciencia benedictina sus mejores años en el silencio de su estudio. Como el espacio de que disponemos se nos viene estrecho, nos limitamos a dar sólo noticia de la aparición de la obra, reservándonos para otra ocasión ocuparnos de ella en un estudio crítico detenido. Auguramos muchos triunfos al filósofo y amigo».

La cocinera había vuelto a entrar de puntillas, con el desayuno, y don Antonio, como aplanado, se rascaba lentamente las piernas, abriendo muchos los ojos. Aquello sí que era tener la

gloria al alcance de la mano. ¿Por qué iba a ser un disparate lo que soñara? Vio de nuevo a Elvira junto a él, zalamera, risueña, brindándole su boca dulce y emborrachándole con el fulgor agresivo de sus ojos negros...; levantó las manos temblorosas, palpó dos caderas abombadas, dos muslos duros, y loco de deseo estrechó a Elvira y la besó...

Petrona dio un gemido de contento. Al oírla, el maestro, dándose cuenta de su equivocación, se separó muy serio. Aquello no era ya conveniente en un hombre como él... Pero la cocinera se había envalentonado y anudándosele al cuello con los brazos, amapolándose, le dio una palabras al oído.

181

Hubo un silencio trágico. El escritor se arrojó del lecho instantáneamente y se quedó mirándola con una rabia atroz, como queriendo despedazarla.

Hay que confesar que el pobre hacía una facha chusca, ¡pero estaba tan emocionado! No hacía más que mirarle el vientre insistentemente y pensar en el hundimiento irremediable de su única ilusión. No alcanzaría nunca a Elvira. Al fin exclamó furioso:

—¡Mentira! No es mío. A mí no me engañas, canalla; sal de aquí inmediatamente. ¡Ustedes son unas animales!

Petrona quedó muda de espanto, sin saber lo que le pasaba. Después de un instante abandonó lentamente la alcoba y se dirigió a la cocina, que tenía una pequeña ventana ahumada que daba a la calle.

¿Qué haría ella?... No era una bisoña en estas cosas: era ya la segunda vez, y tampoco su hijo tendría padre... A la verdad, no estaba segura de quién era: pero uno de los dos debía ser ¡claro! Al otro le había dicho que de él y habían convenido en que mentiría al señor; mas cuando supiera la contestación de esa mañana, se lo tenía tragado que se reiría de ella y tomaría las de Villadiego.

Salió a la ventana y se arrimó en el antepecho mugriento. Por casualidad. Emilio subía para ir a sus trabajos. Al ver la cara triste con que lo miraba y las señales negativas que hacía con la cabeza, comprendió en el acto de lo que se trataba. Se detuvo un momento, pensativo; después, tomando una resolución, se

encogió de hombros y siguió andando sin decirle una palabra. Sólo para él resumió la situación:

¡Caramba, la pobre!... Y lo que es yo, tampoco lo creo...

Entonces, al verlo alejarse, Petrona se irguió muy pálida, con las manos entrelazadas sobre el redondeado vientre; y con toda la rabia de su impotencia, frunciendo el ceño y apretando los dientes, escupió sobre la mitad menos interesante de la especie:

—¡Ah, cochinos...!

*Con guantes de operar, hago un pequeño bolo de lodo suburbano. Lo echo a rodar por esas calles: los que se tapen las narices le habrán encontrado*

*carne de su carne.*







## Índice


---

Un hombre muerto a puntapiés	9
El antropófago	19
Brujerías	26
Las mujeres miran las estrellas	33
Luz lateral	38
La doble y única mujer	43
El cuento	56
¡Señora!	58
Relato de la muy sensible desgracia acaecida en la persona del joven Z	62
<i>Débora</i>	67
<i>Vida del ahorcado</i>	105
<i>Otros relatos</i>	163
Comedia inmortal	165
Un nuevo caso de Mariage en trois	177

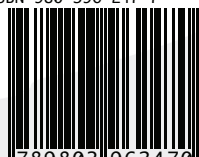






Los 1000 ejemplares de este título  
se terminaron de imprimir durante el mes de  
**ENERO DE 2007**  
en **Fundación Imprenta del Ministerio de la Cultura**  
  
**CARACAS, VENEZUELA**

ISBN 980-396-247-7



9 789803 962470 >